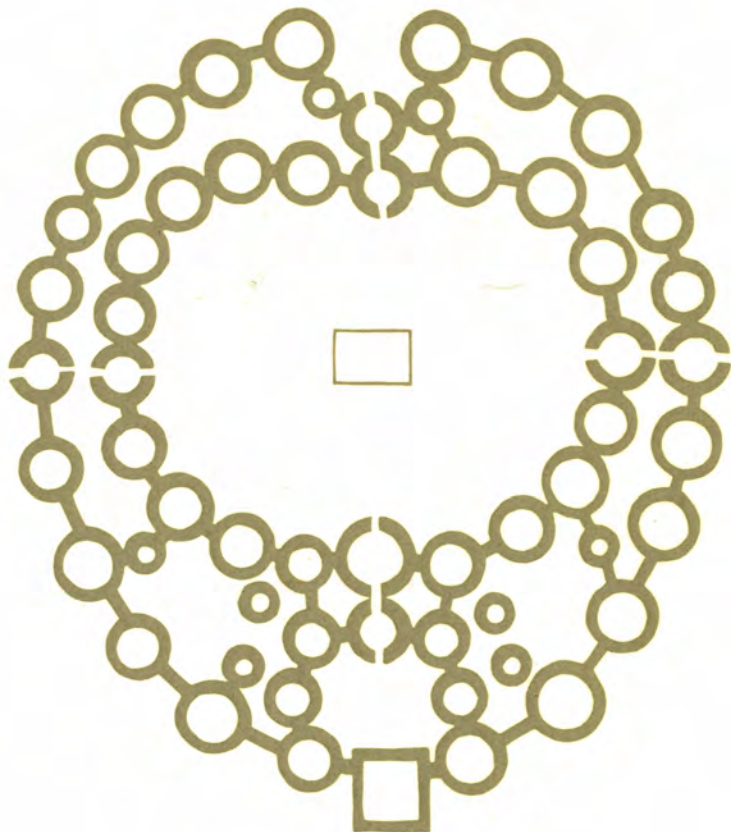


ASTRAGALO

CULTURA DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD

ESPACIO Y GENERO
ITINERARIOS AL PARAISO



NOVIEMBRE 1996



ASTRAGALO: REVISTA CUATRIMESTRAL IBEROAMERICANA

N.º 5. Noviembre 1996

ESPACIO Y GENERO

Itinerarios al paraíso

Consejo de Dirección:

Antonio Fernández-Alba, Roberto Fernández, Carmen Gavira,
Eduardo Subirats.

Consejo de Administración:

Joaquín Ibáñez, Manuel Mazo, Gerardo Mingo.

Coordinación editorial:

Angélique Trachana.

Traducciones:

Gaia Romei.

Diseño:

ASTRAGALO.

Producción Editorial:

Instituto Español de Arquitectura,
Universidades de Alcalá y Valladolid,
Celeste Ediciones.

Administración y correspondencia:

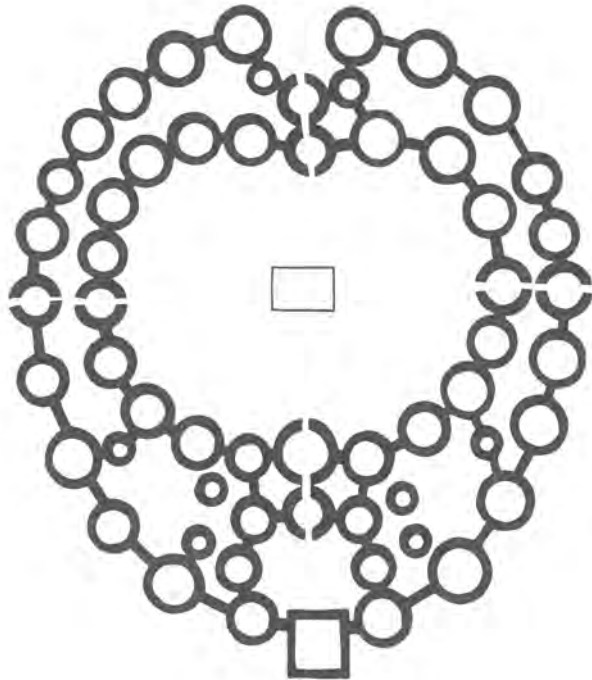
Fundación General de la Universidad de Alcalá.
Paseo de la Estación, 10. Palacete Laredo. 28807 Alcalá de Henares
(Madrid).

Precio: ESPAÑA, 1.100 Ptas. EUROPA, 1.500 Ptas. AMÉRICA, 15 \$.

Imprime: Fareso, S.A.

ISSN: 1134-3672

Depósito legal: M. 23448-1994



ASTRAGALO:

Moldura de sección semicircular convexa, cordón en forma de anillo que rodea el fuste de la columna bajo el tambor del capitel (Arquitectura).

Hueso pequeño, corto, de superficies bastante lisas excepto las laterales, que son rugosas, de excepcional importancia en los movimientos de la marcha (Anatomía).

Las plantas del género *Astrágalus*, flores algunas veces solitarias, pero casi siempre en racimos, espigas o nubelas (Botánica).

SUMARIO

ESPACIO Y GENERO

Itinerarios al paraíso



José Luis Ramírez González

El espacio del género y el género del espacio

Pág. 9

Nuria Fernández Moreno

La construcción cultural de los dominios masculino y femenino. Espacios habitados, lugares no ocupados

Pág. 21

Anna Vila i Nardi

Vicent Casals Costa

Elementos para una historia de las relaciones entre género y praxis ambiental. Itinerarios al paraíso

Pág. 31

Carmen Pena López

Esteretipos femeninos en la pintura. Pálidas y esquirolas

Pág. 53

Constanza Tobío

Zonificación y diferencias del género

Pág. 61

Carmen Gavira

Si las mujeres hicieran las casas...

Pág. 77

Angelique Trachana

El carácter femenino de la arquitectura. Poesía y seducción

Pág. 91

FORO ABIERTO

Georg Simmel

La «casa»

Pág. 102

Olivier Mongin, Benoît Chantre y Joël Roman

Debate

Pág. 106

RESEÑAS DE LO PUBLICADO

Roberto Fernández

El largo adiós

Pág. 110

RELATOS DE LO YA VISTO

Antonio Fernández-Alba

Nueva Forma o la lucidez de la agonía

Pág. 114

POSFOLIO

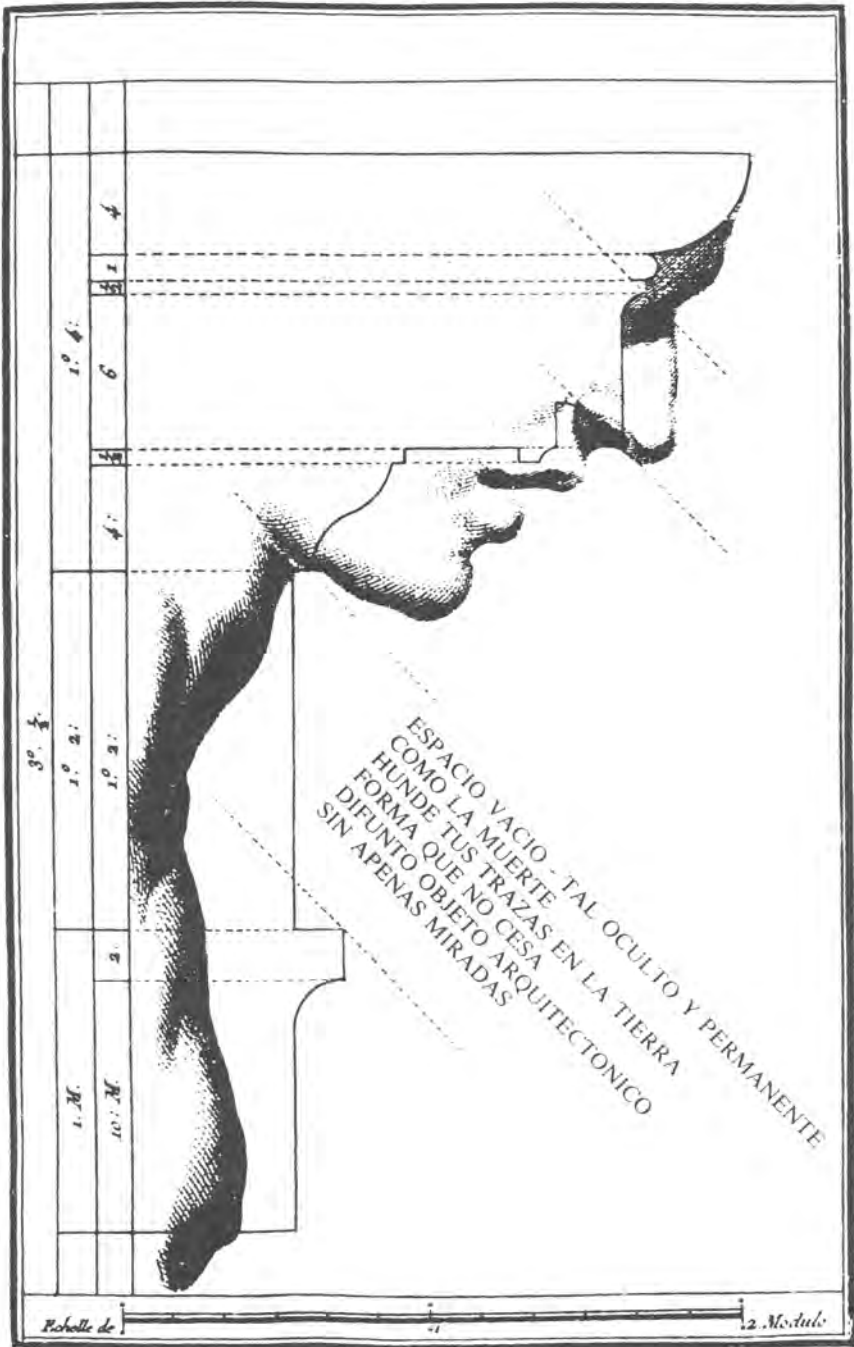
Renate Mayntz

Progreso técnico, cambio de sociedad y desarrollo de los grandes sistemas técnicos

Pág. 123

ENGLISH INDEX AND SUMMARIES

Pág. 133



ESPACIO Y GENERO

Itinerarios al paraíso

▼ No podemos hoy abstraer nuestra reflexión sobre la arquitectura y la ciudad de la globalidad «medio ambiente», donde lo construido y lo habitable se expande con gran velocidad como una mancha contaminante efectuando su modificación constante.

Se distinguía antes la ciudad como artificio humano con sus fronteras de lo natural: la muralla, el río, la topografía limitaban y determinaban las construcciones de los colectivos humanos. Las construcciones del hábitat se determinaban por la materia prima, el clima, el lugar, las actividades. La determinación del medio ambiente ha sido definitiva en el principio de toda civilización y el ingenio humano se ha ejercido en la dominación de la naturaleza a través del tiempo con el desarrollo de la técnica. Con la técnica el hombre ha llegado a dominar y subordinar la naturaleza. Llegando así al punto crítico donde el futuro y la naturaleza dependan del control de la contaminación que produce la industria, del consumo de energías contaminantes en las grandes concentraciones urbanas, del consumo y destrucción en definitiva de los recursos naturales y del control sobre las alteraciones geomórficas producidas con la intervención técnica.

Cabe interrogarse: ¿Cómo el desarrollo tecnocientífico, la progresiva conversión del medio natural en medio urbano, la separación del hombre del medio natural han modificado las conductas o roles sociales? Generalmente, cuando más avanzada la civilización de una sociedad, más tecnocrática, más diferenciada y segregada se torna. El impacto del capitalismo moderno, el consumo y sobre todo la tecnología de la información han afectado los equilibrios de la especie incidiendo directamente sobre la transformación de las conciencias y creando la situación problemática donde se enmarca un conflicto entre los géneros por el dominio del espacio identificado con el poder.

La mentalidad bélica destructiva históricamente ha sido identificada con la mentalidad masculina frente a la mentalidad femenina, identificada con la creación y la conservación. Cuando el feminismo se convierte en movimiento de lucha por el poder de la mujer, «tal vez, según Karl Kraus, se intentaba erradicar los propios manantiales de la civilización». «(...) la esencia emocional femenina no es desenfrenada o nihilista sino más bien tierna *fantasía*, que viene a ser el origen inconsciente de todo lo que tiene algún valor en la experiencia humana. En ella descansa la fuente de toda inspiración y creatividad. La razón en cuanto tal es meramente una técnica, un medio por el que los hombres obtienen lo que desean. En cuanto tal no es buena ni mala, sino efectiva o inefectiva. A la razón se le tiene que suministrar los objetivos apropiados desde fuera de ella; se le debe dar una dirección de tipo estético o moral. La fantasía femenina fecunda a la razón masculina y le señala la dirección. La fuente de la verdad moral o estética es, pues, la unidad entre sentimiento y razón».

Las reflexiones que se hacen por los distintos autores en este número de *Astrágalo* dedicado a ESPACIO Y GENERO no pretenden trazar el proceso de evolución de la civilización urbana en términos que demuestren en qué medida se ha ejercido la influencia de lo femenino y lo masculino en la configuración del espacio social o urbano, sino dar algunas de las claves de la comprensión del espacio construido a lo largo de la historia.

6 Una conclusión común señala que la identificación con el espacio ha sido siempre masculina. El dominio del espacio representa un ideal masculino. Los hombres han tenido sus espacios específicos para desarrollar sus actividades sociales y políticas. En los distintos sistemas sociales, en sus invenciones teóricas, el espacio ocupado por la mujer ha sido un espacio compartido. En el paradigma utópico de modernidad, racionalidad, libertad y justicia de la *Utopía* de Tomás Moro el prototipo del «utópico» no distingue a la mujer del hombre más que por sus aptitudes naturales para ciertos oficios. La mujer se adhiere a las virtudes del hombre y de la familia y, sobre todo, la adhesión a la tierra representa el máximo ideal para ambos sexos de la sociedad utópica. La tierra, la naturaleza hasta el Renacimiento constituyen una concepción femenina o «femenización de la naturaleza» como «la madre tierra». Es a partir del Renacimiento cuando la revolución científica y la civilización urbana legitiman el proyecto racionalista y de expoliación de la naturaleza. En ese entorno se inicia la eclipse del saber ancestral femenino y el encumbramiento del sexismo científico.

Las distintas intervenciones y testimonios que estructuran el discurso de ESPACIO Y GENERO tratan de abarcar someramente las distintas concepciones espaciales en relación con los géneros, desde lo natural a lo arquitectónico pasando por el espacio pictórico. En el análisis preliminar de José Luis Ramírez, el concepto «espacio» se identifica con «dominio» o «poder». La categoría del espacio viene a constituir un paradigma mental que marca la pauta del pensamiento y la acción en nuestra sociedad y en nuestra cultura occidental. El camino de la filosofía y

de la ciencia, es decir, el camino del progreso y del poder estaría estructurado en un modelo espacial que sería administrado por un sector dominante representativo de los valores viriles. La identificación entre espacio y civilización y entre ésta y masculinidad es una clave fundamental explicativa de nuestra cultura dominada por el *lógos* como expresión de voluntad de poder. La racionalidad científica imbuida por la idea de dominio crea una lógica inspirada por lo espacial cuya ciencia es la geometría y su práctica la medida. Nuria Fernández nos aproxima a los enfoques antropológicos sobre el modelo dicotómico entre el espacio doméstico y el espacio público en relación con la mujer y el hombre respectivamente, implantado como modelo universal por el mundo occidental. Anna Vila y Vicent Casals dedican su reflexión tratando de establecer un nexo entre las cuestiones de ecologismo y feminismo desde la historia del pasado. Carmen Pena analiza los estereotipos femenino y masculino en la pintura y la caracterización del espacio pictórico a través de esos estereotipos. Constanza Tobío trae los supuestos implícitos en la aplicación de un modelo familiar conservador y tradicionalista, basado en la división de trabajo entre los géneros, en el urbanismo moderno. Carmen Gavira trata el papel de la mujer dentro de las redes del consumo estructurado en torno a la producción del hábitat. Al final, Angélique Trachana frente a los conceptos referidos al «género» introduce el concepto de «carácter», femenino y masculino, en un análisis del espacio arquitectónico contemporáneo enfocado desde la problemática del lenguaje.

En la sección FORO ABIERTO se publican: un texto de Georg Simmel sobre la casa como aportación femenina en la cultura objetiva y «Debate» sobre democracia, ciudad y utopía entre Olivier Mongin, Benoît Chantre y Joël Roman.

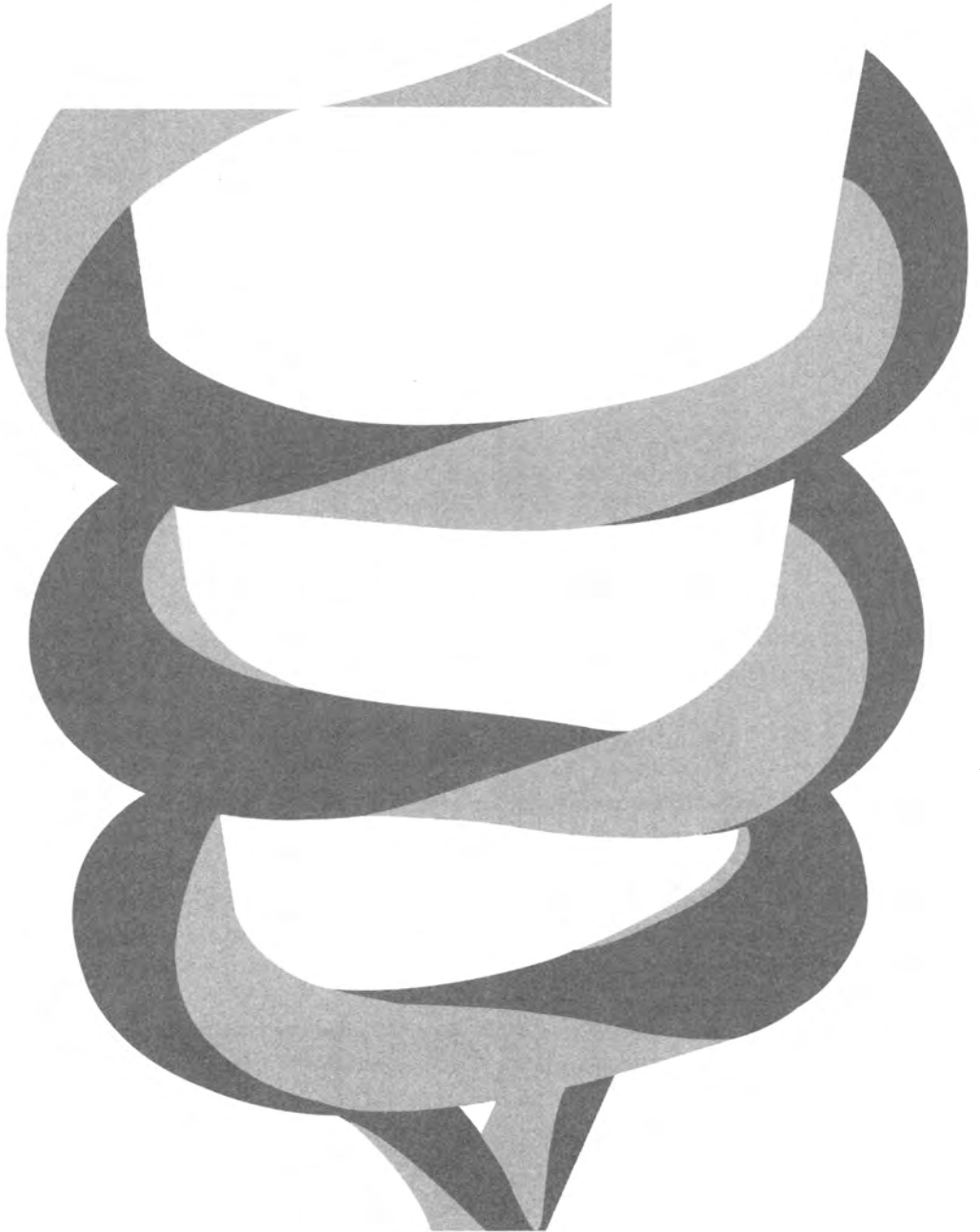
7

En RESEÑAS DE LO PUBLICADO se publica un comentario de Roberto Fernández dedicado al último libro publicado de Manfredo Tafuri *Sobre el Renacimiento. Principios, ciudades, arquitectos*. Tafuri viene a corroborar que la arquitectura en cuanto a su especificidad disciplinar se disuelve en complejas tramas de poder y representación.

RELATOS DE LO YA VISTO consiste en una dedicatoria de Antonio Fernández-Alba a la revista *Nueva Forma*, sobre la cual se ha celebrado una exposición en el Centro Cultural de la Villa de Madrid en el mes de octubre.

Como POSFOLIO, se dedica a la problemática de la ciudad contemporánea un estudio de Renate Mayntz sobre progreso técnico, cambio de sociedad y desarrollo de los grandes sistemas técnicos.

ASTRAGALO agradece al Departamento de Humanidades, Ciencia Política y Sociología de la Universidad Carlos III, al Instituto Max Planck für Gesellschaftsforschung de Colonia y a la Editorial Hachette por la colaboración prestada en la edición de este número, así como a los editores y autores de los libros recibidos en nuestra redacción. □



Cuadro sin título de T. Hamano, 1995.

EL ESPACIO DEL GENERO Y EL GENERO DEL ESPACIO

José Luis Ramírez González

La identificación del espacio con el dominio o poder establece una relación directa entre el género masculino y la concepción espacial del mundo por la civilización occidental. La racionalidad tecnocientífica se inspira en un modelo espacial regido por la geometría y la medida.

El propósito de esta intervención es desentrañar la relación existente en nuestra cultura occidental entre el género o sexo humano y la concepción espacial. Y lo haré siguiendo mi inveterada afición al quiasmo, esa figura retórica que consiste en invertir los dos términos de una expresión, en este caso el espacio y el género.

9

El quiasmo en comparación con otras contraposiciones conceptuales

El quiasmo es una figura retórica que consiste en un cruzamiento o repetición de dos conceptos en orden invertido. El quiasmo obliga a los dos conceptos relacionados por una expresión a intercambiar sus papeles, de manera que lo determinante se convierte en determinado y viceversa. Al decir «el espacio del género y el género del espacio», advertimos cómo «espacio» y «género» se determinan alternativamente creando de esa manera una especie de campo magnético semántico que nos descubre algo que cada uno de los conceptos, por sí solo, dejaba oculto.

Un quiasmo tiene así la habilidad de activar las posibilidades significativas de los conceptos relacionados al considerarlos desde dos aspectos contrapuestos. Pues lo interesante de un concepto no es su contenido —que es ficticio, pues un concepto es un instrumento que a lo sumo apunta a algo, no lo encierra— sino la perspectiva que ilumina su sentido. Bien entendía esto Machado cuando recomendaba: «Da doble luz a tu verso, para leído de frente y al sesgo».

Recuerda el quiasmo a las parejas conceptuales que dominan la lógica y el pensamiento, como la *dicotomía* y la *pareja dialéctica*. Estos juegos conceptuales están mal estudiados y a veces se

confunden las dicotomías con las parejas conceptuales de otra índole. Permítaseme dilucidar someramente esta cuestión.

Todo pensar racional parece tener su origen en una división binaria que organiza los conceptos y hace posible el razonamiento lógico. Tanto el *lógos* griego como el *tao* de los chinos hablan de las parejas de contrarios. Hay diferentes maneras de entender esta contraposición conceptual, pero a mi juicio no podríamos pensar sin una distinción primaria que establece un límite entre algo que se considera y lo que queda fuera de ello. No puedo detenerme aquí demasiado en dilucidar esta cuestión exhaustivamente. Permítaseme simplemente postular que la pareja conceptual de la IDENTIDAD y la DIFERENCIA constituye, a mi juicio, el paradigma de todas las otras oposiciones conceptuales y el origen de la lógica. Pensar racionalmente es, en su origen, identificar y distinguir.

Quiero ahora distinguir entre las llamadas *dicotomías* y las *parejas dialécticas*, por un lado, y las simples *oposiciones de conceptos* y las *oposiciones complementarias*, por otro. Son éstas formas de enfrentamiento conceptual diferentes que no obstante suelen confundirse.

10 La *dicotomía* es, estrictamente hablando, una pareja que agota la realidad considerada, de tal manera que la mera negación de uno de los conceptos enfrentados define la afirmación del otro, como en la lógica de clases o conjuntos. La expresión formal o matemática de la dicotomía es la de «A o no-A». Todo aquello que no caiga bajo un concepto cae bajo su negación. O se es español o no se es español. La dicotomía se enmascara cuando la negación adquiere un nombre positivo: «el que no es tonto, es listo». De esa manera se ha logrado en muchos países desarrollar una política para extranjeros o inmigrantes, como si la palabra extranjero o inmigrante tuviera otro contenido que la mera negación de la nacionalidad del país en cuestión. En Suecia, por ejemplo, se habla tradicionalmente del problema de los inmigrantes, problema que radica en no ser suecos. La inmigración es un problema para los suecos, pero se presenta como si fuera un problema de los inmigrantes. Por supuesto que un inmigrante tiene problemas concretos de carácter económico, social, etc., pero esos problemas son comunes a todos, incluso los propios suecos. Que un inmigrante puede acumular un mayor número de esos problemas que un ciudadano sueco con dificultades es cierto, pero eso se debe fundamentalmente a la actuación de los propios suecos hacia los extranjeros. Gran parte del problema de los inmigrantes sólo podría resolverse cambiando la actitud de los suecos. El problema específico de los inmigrantes en Suecia es que los suecos tienen problemas con los inmigrantes. Los demás problemas de los inmigrantes no son específicos de ellos, aun cuando sí lo sea el conjunto de esos problemas.

Las *parejas dialécticas*, a diferencia de las dicotomías estrictas, constan de conceptos positivos que se determinan mutuamente, sin necesidad de suponer una división dicotómica total. Así, la pareja hegeliana clásica de «el señor y el esclavo» crea una relación dialéctica en la que los dos

términos se justifican mutuamente: el señor da sentido al esclavo en la misma medida en que éste da sentido al señor.

Una pareja conceptual puede sin embargo ser dicotómica y dialéctica a la vez. La expresión «hombre y mujer» se halla en este caso. Hombre y mujer agotan la totalidad del género humano y además se dan sentido mutuo. Sin la mujer, el concepto de hombre como sexo determinado carecería de sentido y viceversa. Pero mientras la concepción dicotómica vaciaría la palabra «mujer» de significado propio, reduciéndola a la mera negación de la masculinidad («mujer» = «no-hombre»), la pareja dialéctica respeta el valor de ambos y hace a ambos conceptos participar en la creación del sentido del otro. Se me viene a mientes aquel ejercicio de dialéctica poética que Machado atribuyera a la máquina de trovar de Jorge Meneses:

*Dicen que el hombre no es hombre
hasta que no oye su nombre
de labios de una mujer.*

El problema fundamental del machismo consiste sobre todo en su manía de concebir la relación «hombre-mujer» como una dicotomía pero no como una pareja conceptual dialéctica.

Sin ser ni dicotómicas ni dialécticas, hacemos usos de otras oposiciones conceptuales complementarias o de otra índole, como por ejemplo cuando hablamos de «cielo y tierra», de «espacio y tiempo», de «cuerpo y espíritu», etc. «Espacio» y «género», que es la pareja que nos va a ocupar aquí, son dos conceptos que no establecen una dicotomía, ni siquiera un par dialéctico, sino una simple *pareja complementaria*.

El *quiasmo* puede interpretarse como un par dialéctico complejo o como una oposición, no ya entre dos términos, sino entre dos expresiones formadas por los mismos dos términos pero en orden invertido, creando una simetría que por lo general, si se la observa atentamente, no es tal simetría. Normalmente, el quiasmo establece dos relaciones alternativas e invertidas entre dos términos o elementos cualesquiera (como en la frase histórica «Más vale honra sin barcos que barcos sin honra» o la frase cotidiana «Una cosa es comer para vivir y otra vivir para comer»).

Las asimetrías reveladoras de poder en los pares conceptuales

Toda pareja de conceptos, y en especial toda dicotomía, enmascara muy a menudo, como vamos a ver, una relación asimétrica o de dominio. Y el uso del quiasmo, aplicado a una dicotomía o a una pareja conceptual, desenmascara a menudo esa relación de poder, a base de unir los dos extremos dicotómicos por una palabra conectiva (generalmente la preposición de genitivo «de», como en el título de esta disertación). Si en el caso del hombre y la mujer hacemos un juego de quiasmo, utilizando la conectiva preposicional «para», podemos decir: «El hombre no es para la

mujer lo que la mujer es para el hombre». La relación asimétrica entre «hombre» y «mujer» queda así desenmascarada.

En las parejas conceptuales de opuestos y especialmente en las dicotomías con que el pensamiento se mueve (p. ej. «espacio y tiempo», «sociedad e individuo», etc.) puede advertirse que uno de los términos es decisivo o domina sobre el otro. No basta con que los dos términos se contrapongan mentalmente uno a otro, siendo indiferente cuál figure en primer lugar, para constituir una dicotomía o una pareja de opuestos. Los dos términos de una oposición conceptual: «señor/esclavo», «hombre/mujer», «identidad/diferencia», «teoría/práctica», «vida/muerte», «esto/lo otro», etc., no mantienen, contra lo que pudiera pensarse, una estructura simétrica. Lo normal es que uno de ellos sea el término dominante, ocupando por lo general el lugar de la izquierda, siendo el término de la derecha subordinado a él. Suena raro decir «esclavo y señor», «mujer y hombre», «diferencia e identidad», «práctica y teoría», «muerte y vida», «lo otro y esto», aun cuando no deje de haber excepciones (decimos indiferentemente «día y noche» o «noche y día», «sociedad e individuo» o «individuo y sociedad», y decimos «tú y yo» en lugar de «yo y tú» e incluso, cosa extraña, «izquierda y derecha» más bien que «derecha e izquierda», que sería lo culturalmente normal).

12

También el quiasmo refleja este régimen de dominio. El título de esta conferencia es «el espacio del género y el género del espacio» y sonaría raro si dijéramos «el género del espacio y el espacio del género». Volveré sobre esto.

Hay, pues, generalmente una asimetría o desequilibrio y, diríamos, un dominio disimulado del término conceptual o de la expresión sometida a quiasmo que se coloca en el lugar de la izquierda, es decir, en el primer lugar, sobre el término o expresión invertida que se coloca a la derecha. La relación entre elemento izquierdo y derecho es una relación de dominio. Dicho breve y quiasmáticamente: el *espacio del dominio* conlleva un *dominio del espacio*.

Aplicación al espacio y al género

Al confrontar «el espacio del género» con «el género del espacio» se ponen de manifiesto dos cosas importantes para nuestro tema. De un lado que el espacio crea una división localizadora de los dos sexos humanos, de tal manera que hay un espacio para lo masculino y otro para lo femenino, al mismo tiempo que el espacio, en castellano mismo, ostenta uno de los dos géneros, el género masculino. Pues a pesar de lo adventicio del género gramatical castellano de las entidades inanimadas o abstractas, no deja de ser una significativa coincidencia el hecho de que «el espacio» en castellano sea un sustantivo de género masculino.

La experiencia de que no todos los espacios son propios de ambos géneros está tan arraigada en nuestra cultura que dirige nuestra conducta sin que siquiera lo advirtamos. Aquella frase pauli-

na que dice *mulier tacet in ecclesia* («la mujer calla en la asamblea»), no indica, como algunos interpretan, que el hombre es quien habla y la mujer calla, cosa que contradice la opinión de que las mujeres hablan mucho. Lo que dice la frase bíblica es que la mujer ha de callar en el espacio público de la asamblea o *ecclesia* (especialmente en la asamblea religiosa o iglesia), puesto que este espacio está reservado para el hombre. Que se lo digan a las mujeres suecas, que todavía siguen sin ser aceptadas por gran parte de la masculinidad eclesiástica, a pesar del hecho legislativamente consumado de su elevación al sacerdocio.

El hecho de que el género del espacio sea masculino, no ya gramaticalmente, como es el caso en castellano, sino socialmente, implica también que lo masculino ostenta el dominio de la repartición genérica del espacio. Por eso el orden normal del quiasmo es «el espacio del género y el género del espacio», y sonaría extraño, como dije antes, si invirtiéramos el orden diciendo «el género del espacio y el espacio del género».

También cuando usamos la pareja conceptual de «espacio y tiempo» advertimos que, en nuestra cultura, el espacio domina al tiempo, de tal manera que hasta para concebir el tiempo lo reducimos a la medida del espacio. Nos imaginamos el tiempo como una línea o como un círculo y hablamos de «espacios de tiempo», pero no se nos ocurriría hablar de «tiempos de espacio», pues en nuestra cultura el espacio es la medida y la comprensión de lo temporal, no al revés. Sólo cuando se logró encerrar al tiempo en un movimiento circular uniforme medible, producido mecánicamente por un aparato de relojería —cosa que Foucault ha visto claramente en su libro *Vigilar y castigar*—, se produjo el avance social que conocemos con el nombre de Modernidad. En la lengua griega existían todavía dos palabras para expresar el concepto de «tiempo»: *chrónos* y *kairós*, que representan respectivamente el tiempo abstracto y físico, espacial, y el tiempo de vida. Se podría hablar de tiempo masculino (*chrónos*) y femenino (*kairós*). Pero sólo el primero ha sobrevivido a las transformaciones mentales de la cultura tecnológica.

Siendo una categoría totalizadora de la extensión a que los cuerpos se hallan sometidos, el espacio se convierte en una categoría mental clasificadora que establece ámbitos separados para los sexos humanos: el ámbito político del *ágora*, para el hombre, y el ámbito privado de la *oikía*, para la mujer. Mas lo que a primera vista parece un reparto impenetrable de espacios, semejante a la mutua impenetrabilidad física de los cuerpos, es una impenetrabilidad meramente ficticia y unidireccional.

Sin caer en comparaciones con la penetrabilidad sexual, como hacen Julia Kristeva y otras feministas, no cabe duda de que el espacio masculino se puede a menudo permitir el lujo de invadir el espacio femenino o gineceo, pero no al revés. Hay siempre un espacio exclusivo destinado al hombre o a algunos hombres, al que no tienen acceso todos los hombres ni, genéricamente, ninguna mujer. La exclusión de hombres es individualizada y se debe a motivos de jerarquías socia-

les. Con ciertas excepciones, como la del antisemitismo o los gitanos, no existen en Occidente, por lo general, las castas que se advierten en la India. La separación de clases no es en principio insuperable para los individuos que pertenecen a ellas. En cambio la exclusión de lo femenino es genérica, absoluta e indiferenciada. Toda posible excepción en este caso tiene a menudo el carácter de *alibi*. Durante mis primeros veinte años, de los treinta que llevo en Suecia (están cambiando las cosas últimamente aunque no siempre sea para bien), he presenciado con frecuencia el hecho de que de vez en cuando se elegía a una mujer como rehén, para no dar la impresión de machismo. Pero, llegado ese momento, siempre se elegía a una mujer dócil y manejable, evitando a las que tuvieran demasiadas ideas propias y pudieran crear problemas.

Espacio y poder se presentan, pues, ligados en nuestra cultura. El dominio del espacio específicamente masculino sobre el femenino halla su correspondencia lingüística en el uso gramatical del masculino como representativo de ambos sexos. «Hombre» significa no sólo el varón, sino también el género humano común al hombre y a la mujer. Y basta que haya un solo hombre en una multitud para que el artículo «las» o el pronombre personal «nosotras» o «ellas» se convierta en «los» y en «nosotros» o «ellos». Nada más lógico en una cultura que piensa de esta manera en un sistema de representación política en el que el hombre representa a la mujer, mientras que ésta sólo se representa a sí misma.

14

Espacio e identidad en el paradigma mental de Occidente

La categoría del espacio, que originariamente se presenta como una abstracción de la experiencia corporal de la extensión, viene a constituir un paradigma mental que marca la pauta del pensamiento y la acción en nuestra sociedad y en nuestra cultura. El espacio socio-cultural es un espacio mental. Cuando encima del pórtico de la Academia de Platón aparecía aquel letrado que prohibía la entrada a quien no supiera geometría, se declaraba abiertamente que el camino de la filosofía y de la ciencia, es decir, el camino del progreso y del poder, estaba reservado a un pensamiento estructurado por el modelo espacial que sería administrado por un sector dominante representativo de los valores viriles. La identificación entre espacio y civilización y entre éstos y masculinidad es una clave fundamental explicativa del elemento griego identificador de nuestra cultura. Y digo *identificador* porque el otro elemento: lo judío y lo femenino, como elemento *diferencial*, actúa como justificador de la identidad dominante. Sin «el otro» no seríamos nada. El hombre necesita lo femenino como diferencia para confirmar su identidad, lo mismo que la España cristiana necesitaba combatir lo árabe y lo judío para poder sentirse europea.

Los sistemas de oposición conceptual no son característicos de formas específicas de pensar, de sectores parciales del pensamiento, sino que constituyen el elemento fundamental estructurante de todo pensar conceptual humano. El ser humano lo es, según la expresión de Aristóteles en su *Política*, por estar dotado de *lógos*. Y aun cuando la consciencia de este hecho constitutivo se

debe a los griegos, el *lógos* se halla presente doquiera existen seres humanos. Y la presencia del *lógos* en su forma más general y arquetípica se expresa en el hecho de concebir la oposición entre IDENTIDAD y DIFERENCIA. Sin esa encrucijada constitutiva del pensar racional no existiría un mundo concebido humanamente. La pareja de IDENTIDAD y DIFERENCIA es el paradigma de todo un inacabable sistema de oposiciones, entre las cuales el pensar y el obrar humanos se mueven como entre Escila y Caribdis. El movimiento del pensamiento al que llamamos discurso o razonamiento se hace posible gracias a esa oposición conceptual de identidad y diferencia, modelo arquetípico de todas las otras oposiciones conceptuales.

Debemos, pues, a los griegos el conocimiento del *lógos*, mas no su existencia. Pues también el pensar oriental se constituye y mueve entre parejas de opuestos, como el *Yin/Yang* de la filosofía china.

Ahora bien, en la oposición conceptual arquetípica de IDENTIDAD y DIFERENCIA lo interesante, desde el punto de vista que consideramos aquí, no es la oposición como tal, sino el carácter asimétrico que dicha oposición cobra, especialmente en el pensamiento y en la sociedad occidental. Pues hay en principio dos maneras de concebir la relación de oposición entre IDENTIDAD y DIFERENCIA, una simétrica e igualatoria y otra asimétrica y dominadora. La identidad siempre necesita de la diferencia para constituirse. Nos identificamos por relación a lo diferente. Mas cuando reina la armonía entre lo idéntico y lo diferente, mi propia identidad arranca de la consideración respetuosa de lo otro, sin destruir sus matices diferenciales, su diferenciada diferencia. Es entonces de la constatación de que los otros existen y de que yo no soy como ellos de lo que se nutre mi identificación. Me identifico en ese caso afirmando a los demás. Esta ha sido también, creo yo, la forma típica de autoidentificación femenina en nuestra cultura. La mujer se ha habituado a hallar su propia identidad partiendo de la conciencia de que no es hombre.

15

Frente a esta relación igualitaria entre los dos opuestos, la oposición dominante en la mentalidad occidental es una total dicotomización en la que la identidad no distingue más cualidad en los otros que la de ser justamente «otros». Ni siquiera advierte su pluralidad. Todo lo que no somos nosotros se mezcla confusamente en una indiferenciada diferencia. De noche todos los gatos son pardos. Todo lo que no diga sí es un no. El que no está con nosotros está automáticamente contra nosotros. Los otros se convierten en LO OTRO. Surge así una identificación narcisista en la que lo otro es solamente el espejo en que me veo y reconozco a mí mismo. Esta forma dicotómica y asimétrica de oposición es hija de la voluntad de poder de que hablara Nietzsche y originadora tanto del etnocentrismo como del falocentrismo, pero también del pensamiento abstracto, silenciador de toda pluralidad mediante la mecánica reduccionista de los conceptos universales, como trataré más adelante.

Los dos tipos de oposición, que yo llamaría *oposición excluyente o dicotómica* (que por ende es asimétrica) y *oposición integrante o dialéctica* (a lo que se debe añadir simétrica), se expresan en la diferencia entre *eros* y *filía*, entre el erotismo y la amistad. Mientras el erotismo es inva-

ador y devorador de lo otro, supone la amistad el respeto no sólo a la diferencia sino a las diferencias. La amistad une a los diferentes, el erotismo trata de destruir la diferencia. La pasión erótica es hija del poder. El erotismo no permite la competencia, la amistad en cambio se hace más perfecta cuando los amigos son muchos.

El hecho de que el *lógos* griego esté contaminado por la voluntad de poder explica cuál es la raíz de la racionalidad típica de Occidente, una racionalidad cientificista imbuida por la idea de dominio. Esa racionalidad crea una lógica inspirada por lo espacial cuya ciencia es la *geometría*. Toda lógica formal exige, decía, la creación de conceptos universales abstractos; por ejemplo el concepto de hombre, que gramaticalmente es singular pero abarca a la totalidad genérica. Ese «hombre» del que hablan la ciencia y la estadística es un hombre que no somos ni tú ni yo, sino al mismo tiempo todos y ninguno.

En la oposición clásica entre espacio y tiempo, el espacio se convierte en el elemento dominante y creador de todas las fórmulas de explicación científica. Para entender el tiempo hay que reducirlo a la categoría de espacio. Y cualquier fenómeno que busque su explicación científica se ha de someter a la medida, que es una forma espacial.

El espacio y el desarrollo del paradigma falocéntrico

16

En una mentalidad que no estuviera dominada por el poder, la categoría espacial conviviría con la temporal, constituyendo una lógica de la acción, una lógica no formal, cuya forma de conocimiento sería la interpretación y su ciencia fundamental la *historia*. De la lógica totalitaria del espacio surge una metafísica ontocéntrica o falocéntrica, en la que solamente lo dado y la presencia cuenta. El principio fundamental de esta lógica, obsesa de la cantidad, es el principio de tercero excluido. En cambio, una lógica articulada por la temporalidad vivida y cualitativa, no por la temporalidad espacial o cronológica, una lógica respetuosa de la pluralidad y de los valores y responsable de la acción, lo único que excluye es el propio principio de tercero excluido. La metafísica del *lógos* temporal es una metafísica no ontológica sino genealógica. Es significativo que la palabra «hecho», participio del verbo hacer, se haya convertido para Occidente en un sinónimo de «lo dado». Esta racionalidad supone, a la larga, una castración de la facultad creadora del ser humano, convirtiéndole en esclavo de sus propios artefactos.

En la *Odissea* y en el *Edipo* nos ha dejado la literatura griega dos alegorías de la racionalidad occidental en su época de incubación. La narración de Ulises y Polifemo es el testimonio de una visión cartográfica y tuerta de la realidad y la confusión entre la palabra y la cosa a la que pretende representar. La tragedia de Edipo es como una metáfora de la política moderna en la que las buenas intenciones acaban empedrando el camino del infierno, mientras que los llamados a dar ejemplo, vigilar y hacer justicia resultan ser los culpables del delito. Es el alguacil alguacilado de los andreatis y los roldanes.

La imposición de lo espacial como patrón de lo racional supone una forma de pensar en la que todo lo que no sea palpable, diferenciable y definible se da por no existente. Esta forma de racionalidad sólo puede imponerse cuando el dominio de lo estático y lo visual sobre lo fluyente y auditivo se hace total. El instrumento decisivo de dominio del tiempo y del oído por el espacio y el ojo es el alfabeto fonético vocálico y la escritura. La invención de la imprenta significó un paso decisivo en la implantación de la racionalidad teórica de los griegos, pero el verdadero invento transformador de la mentalidad occidental no fue la imprenta sino la lengua escrita fijadora de fonemas que Grecia adoptó allá por el siglo VII antes de Cristo. De un golpe se dieron cita la escritura vocálica (que va un paso más allá que la escritura silábica de los pueblos semitas), el pensamiento científico, la concepción abstracta de la moneda, la democracia y la planificación urbana. Con la escritura, todo lo que antes era fluyente e inapresable se hace «concebible», es decir, abaricable por los conceptos, palabra que procede del latín *capio*, que significa coger con las manos.

El espacio elevado a categoría mental, el dominio del pensamiento y de la palabra por el espacio, se extiende al orden social. Nadie como Michel Foucault ha sabido mostrar cómo esa mentalidad espacio-científica va articulando los quehaceres humanos y la distribución de la justicia. El motor de dicho quehacer y de dicho orden social es la efectividad. Y la efectividad se establece por un cálculo de medios y fines en el que la finalidad reemplaza al sentido y lo destierra. Dos vástagos de esa mentalidad eficazista son (¡quién lo diría!) el existencialismo sartriano y el esteticismo del arte por el arte.

17

La gramática del espacio: el ojo y el sustantivo

La conciencia del ojo conduce a una gramática en la que, a pesar de ostentar el verbo la denominación antonomástica de la palabra, es el sustantivo quien toma el poder. No es difícil distinguir el lenguaje masculino de la política oficial y de la burocracia del lenguaje usado por una mujer todavía no entrenada en la oratoria pública. La lengua femenina y la lengua cotidiana cultivan el verbo, mientras que la lengua del poder reduce el número de verbos a un mínimo y usa en su lugar el sustantivo, prefiriendo también la interpelación anónima a la mención personal diferenciada. Es mucho más solemne y digno de obediencia decir «Prohibido el paso» que «No deben ustedes entrar aquí». A nadie se le ocurriría grabar la segunda frase en un cartel prohibitivo.

El mundo del poder es el mundo mítico de las personificaciones abstractas. Se achacan los males al mercado, a la crisis económica, a la inflación, etc., del mismo modo en que los antiguos hablaban del Amor y la Justicia como divinidades. Y diciendo que el poder corrompe, el político corrupto queda reducido a la condición de víctima.

La obsesión substantiva en el lenguaje no es más que un reflejo de una forma de pensar en la que, siendo ciegos para las acciones, éstas se explican y se miden por las reglas *a priori* o por

los resultados obtenidos. Toda ética es o utilitarista, siguiendo el modelo de la economía política, o deontológica, confundiendo con la legislación. Y mientras proliferan esos engendros llamados «códigos éticos», lo cual es una *contradictio in terminis*, se obnubila el sentido del obrar reduciéndolo al mero hacer, mientras que la obediencia y la disciplina sustituyen a la ética.

En el terreno de la política se pone esto de manifiesto en la confusión de la democracia, que es una forma de obrar, con el parlamentarismo, que son sus reglas de juego. Hemos llegado a una forma política en la que las reglas de juego rigen la democracia, en vez de lo contrario. Traducimos la *civitas* romana, designadora de la actividad ciudadana, con la palabra «ciudad», que designa a la estructura física, y el ayuntamiento pasa a ser una casa y una institución, en lugar de ser la comunidad de los ciudadanos. Con lo cual la actividad de éstos se deja enmarcar en un escenario construido por obreros y tramoyistas profesionales y aprende su papel memorizando los libretos escritos por el poder público.

Al concebir toda una serie de cualidades adverbiales del obrar como si fueran adjetivos, el reformador social machista confunde la libertad y el igualitarismo con una meta o estado a alcanzar, creando esas entelequias de los procesos de liberación que corrompen a sus actores de tal manera que toda libertad se hace imposible, ya que la libertad no es la meta sino el propio camino y el que ha luchado por la libertad corrompiendo su carácter jamás dará paso a la libertad cuando las condiciones de ésta teóricamente estén dadas.

18

La lógica del sustantivo crea una falsa dicotomía entre teoría y práctica y coloca al análisis y a la definición al comienzo de todo proceso discursivo, como si el camino no se hiciera primero al andar.

Las secuelas del pensamiento espacial falocéntrico y los riesgos de un feminismo falocéntrico

En el terreno social, el orden machista no se limita a la segregación del sexo. El dominio mental y físico del espacio origina todo un sistema jerárquico que afecta también a los hombres. El criterio aplicado no es propiamente el género, sino la diferencia. Y la distribución de espacios sociales no se limita a la discriminación de la mujer, sino que establece un modelo masculino arquetípico (el hombre maduro, esbelto y fuerte como el dirigente de empresa de la propaganda medial) que va relegando a niveles sucesivamente inferiores no sólo a la mujer, sino al niño, al anciano, al enfermo, al homosexual, etc. El hecho de que el género sea más visible en esa jerarquía que también subyuga a otras categorías masculinas se debe al hecho de que en el caso del género se toma la diferencia de un modo indiscriminadamente colectivo, semejante a la aniquilación de los judíos por los nazis. El género se convierte en mera dicotomía, como dije antes. Y en toda dicotomía sólo se afirma lo uno mediante la negación total de lo otro.

El orden falocéntrico se deja así notar no solamente en la relación entre hombre y mujer, sino en toda relación humana, incluso en la relación entre hombre y hombre. Pues el espacio masculino engendra una mentalidad y un estilo de vida que influye en todo el entorno social y no sólo destruye al otro, sino que a la larga es autodestructivo. Por eso dice muy bien el psicoanalista alemán Horst E. Richter que la mujer representa una reserva cultural que puede suponer la salvación de nuestra civilización.

La mentalización del espacio revierte históricamente en el espacio material en forma de expansión y dominio territorial, del que tan claros ejemplos tenemos en nuestros días. La guerra no supone otra cosa sino la implementación total del espacio, en un intento de desterrar de él totalmente lo diferente. Y el trato dado en nuestros días a los exiliados es también una prueba de esa idiosincrasia masculina reacia a compartir su espacio con el extraño.

Estamos viviendo ahora unos tiempos en los que el dominio patriarcal, por primera vez en la historia moderna de Occidente, se está viendo seriamente amenazado. Una prueba de ello es el seminario en que nos encontramos. Tanto en el terreno social como en el terreno de la racionalidad, el feminismo está exigiendo un giro total de la sociedad.

El proceso emancipativo se inició durante la postguerra al comenzar la mujer a reclamar la participación de espacios hasta ahora reservados al sexo masculino. En honor a la verdad hay que decir que el orden falocéntrico contribuyó a cavar su propia fosa, al disolver el orden familiar tradicional para integrar oportunistamente a la mujer en la vida del trabajo asalariado, cosa que era exigida por el incremento indefinido de la producción, que es también una consecuencia de la racionalidad patriarcal en su etapa industrial. En principio, lo que hizo la sociedad machista del pleno empleo fue crear nuevos espacios femeninos de bajos salarios para la atención hospitalaria, el servicio de oficinas, la limpieza, etc. Hoy día reclama la mujer su parte alícuota en la universidad, en la política y en la dirección de las empresas. En Suecia las mujeres pueden hoy ser sacerdotes y ya están exigiendo que se eleve una mujer a la dignidad episcopal. Dentro de algunos partidos políticos se ha impuesto la cuota del 50 % en el parlamento y en el gobierno y el ministro de Educación propuso no hace mucho tiempo que en la promoción a cátedras se elija a un opositor femenino aun cuando su competencia sea menor que la de los candidatos masculinos. Ese planteamiento, que creó gran revuelo, es sintomático. Lejos de tratar de cambiar la mentalidad discriminatoria en sí, lo que el ministro proponía era la vuelta de la tortilla. Pues una cosa es decir que hay que elegir a aquellas mujeres que son tan competentes o más que los hombres, que las hay, y otra es establecer como principio la elección de un candidato menos competente.

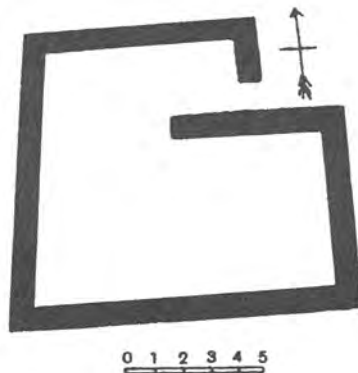
Es de prever que en el término de una o dos décadas, en los países más militantes de la igualdad de sexos, desaparezca el dominio del espacio por el hombre. Pero eso no desarraiga sin más el dominio del hombre por el espacio. El problema que se plantea al movimiento feminista no

es sólo la ruptura del dominio masculino, sino la destrucción de la mentalidad que originó ese dominio masculino. En el peor de los casos lo que puede suceder es que el espacio del dominio se reestructure sin alterar el dominio del espacio.

Que conste que no estoy tratando de moralizar ni de defender al género masculino, pues donde las dan las toman y el que siembra vientos recoge tempestades. Si hemos creado un orden social perverso, de poco cabe rasgarse hipócritamente las vestiduras al pasar a ser víctimas de un sistema que hemos venido administrando durante siglos. Pero lo que necesita la humanidad más que nunca no es que la mujer pase a ocupar el espacio y a imitar la mentalidad falocéntrica que tantos males ha originado tanto para mujeres como para hombres. Lo que está siendo necesario es una nueva pauta del pensamiento y de la acción que las mujeres están capacitadas para crear mejor que nadie. Pero seguir usando el argumento del género en la deconstrucción del orden falocéntrico es dejar las cosas como están. Junto a la alternativa del cambio de jefes tenemos la de suprimir las jefaturas.

He tratado de mostrar que el problema básico de la mentalidad occidental no es el espacio del género, sino el espacio del poder y, sobre todo, el poder del espacio. A mi juicio, es la voluntad de poder la que ha originado la asimetría y la postergación del género femenino por el masculino. La voluntad de poder es la causa, no el efecto. El poder, considerado como algo sustantivo y apetecible, es, creo yo, la raíz de los males de nuestra cultura. Mientras sigamos dando culto al poder y creyendo que el poder es un medio utilizable tanto para el bien como para el mal, no saldremos de la caverna en que nos encerró el propio Platón. □

20



LA CONSTRUCCION CULTURAL DE LOS DOMINIOS MASCULINO Y FEMENINO¹

Espacios habitados, lugares no ocupados

Nuria Fernández Moreno

La segregación espacial de los géneros masculino y femenino en los ámbitos de lo público y lo doméstico, respectivamente, se conceptualiza por la investigación antropológica como un modelo cultural impuesto.

La principal característica histórica de la mujer ha sido la de ocupar un espacio compartido, no por ello menos significativo, pero sin tener una realidad concreta. Generalmente, los hombres han tenido espacios específicamente masculinos, de difícil acceso para la mujer, en donde desarrollan sus actividades sociales y políticas. El espacio de la mujer ha sido invisible, no se ha tenido en cuenta, y la mujer ha buscado y pienso que sigue buscando la experiencia de su realidad desde otra angularidad humana. Pero precisamente lo difícil es poder distanciarse de las identificaciones con el espacio que nos ha venido dando la propia inculturación que cada individuo recibe desde que nace. Hablo del espacio como el «lugar», el entorno donde el individuo experimenta toda su vivencia personal. Para abordar y reflexionar sobre los lugares

que habitan los individuos, y en particular la mujer, debemos atender al contexto cultural y espacial en el que desarrollan sus actividades.

La división sexual del trabajo ha dado lugar a una delimitación de los ámbitos masculino y femenino sobre los que se han proyectado una serie de valores e ideologías responsables de la construcción cultural del «hombre» y de la «mujer». Estas construcciones del género² se han aplicado de forma generalizada a todas las sociedades sin tener en cuenta la diversidad cultural de las mismas. Las variaciones en el uso del espacio están muy relacionadas con los patrones culturales, y por ello una comparación intercultural puede ayudar a comprender las generalidades y particularidades de los distintos ámbitos en los que se desarrolla la vida de las mujeres. Voy a tratar de exponer,

21

en líneas generales, los enfoques que la literatura antropológica ha aportado al estudio de los espacios doméstico y público³.

Espacios segregados

El primer aspecto a considerar es el cuestionamiento del origen mismo de los espacios segregados, ¿Qué factores hay que tener en cuenta para poder analizar la construcción de los lugares, concretamente del espacio y la actividad femenina?

Cada sociedad tiene una idea bastante explícita y una concepción cultural específica de lo que debe ser el hombre y la mujer.

Si hacemos una revisión escueta de nuestra historia reciente, a finales del siglo XIX y principios del XX la asociación de la mujer con el ámbito doméstico, en oposición al ámbito público asociado con el hombre, era el modelo generalizado en el estilo de vida occidental. La aparición de dicha dicotomía ha sido uno de los principios explicativos de la subordinación de la mujer.

Esta dicotomía analítica entre lo «doméstico» y lo «político-jurídico» o lo «privado-público» subyace ya desde las teorías de Morgan y Fortes (Collier & Yanagisako, 1987), para quienes el dominio doméstico se ocupaba de los requerimientos biológicos de la sexualidad, la crianza y la socialización de los hijos; y el dominio público era el responsable de los cambios históricos, de la situación económica y política. Aunque el grado de expresión de esta asimetría sexual varía considerablemente entre las diferentes sociedades, el estatus inferior de la mujer, en la mayor parte de las

sociedades, está relacionado con la división del trabajo dentro de la familia. Pero lo que debemos tener en cuenta es que el hecho de la división sexual del trabajo debe ser explicado y no servir de explicación. Algunos autores como Linton (1979) sugerían que esta división se ha basado en la actividad reproductora de la mujer en función de supuestas aptitudes naturales para realizar todas las tareas relacionadas con lo doméstico.

En este sentido, los análisis de los «lugares» y de las funciones del hombre y de la mujer se realizan en términos de asignaciones prioritarias: el trabajo doméstico como asignación prioritaria de la mujer, pero no exclusiva, y el trabajo profesional como asignación prioritaria y exclusiva del hombre (Combes, 1992). En realidad creo que no existe una separación total entre los espacios femeninos y masculinos, algunas actividades son específicas de cada género y otras son responsabilidad de ambos, pero lo que sucede es que no hay un equilibrio, porque mientras que las mujeres asumen y ejercen muchas de las actividades consideradas masculinas, los hombres tienen mayor rechazo para realizar tareas consideradas femeninas. Por tanto, la actividad social se puede presentar como la referencia esencial para el posicionamiento de los individuos en la sociedad.

En cada momento histórico y en cada grupo social estos ámbitos opuestos (originados por la división del trabajo en la organización de la familia) están configurados por las actividades que realizan uno u otro sexo dependiendo de la categoría de género dominante y del contexto socioeconómico general.

La vinculación de la mujer a la reproducción

humana es lo que se ha venido a seleccionar, en mayor medida, para atribuir a las mujeres una mayor capacidad y disposición para cuidar de la familia (Rosaldo & Lamphere, 1974). Esto no sólo parece justificar la división del trabajo (Comas, 1993), sino que el mismo hecho de gestar y cuidar de la infancia resulta ser el centro de la distinción más simple de trabajo que tradicionalmente ha eximido al hombre del compromiso del cuidado y socialización de los hijos (Mead en Pessenti, 1986).

La percepción de los hombres y las mujeres como seres fisiológicamente diferentes, no en el sentido obvio de ser físicamente diferentes, sino en el sentido de atribuirles una serie de aptitudes específicas, asumidas como naturales para desempeñar determinadas tareas, es lo que contribuye a asignar cualidades y capacidades diferenciales para el ejercicio de las funciones (Rosaldo & Lamphere, 1974).

De lo que debemos darnos cuenta es que en esta percepción de cualidades y capacidades específicas lo que está implícito es el vínculo entre la idea de «madre» y «mujer», definiendo en muchos casos a la «mujer» en función esencialmente del concepto de «madre». Pero hay que tener en cuenta que no siempre las madres biológicas son las que crían o educan a los hijos; así, por ejemplo, la institución inglesa de la institutriz, la práctica de la adopción o la cesión y otros muchos ejemplos en diversas culturas muestran esta separación entre la maternidad biológica y el ejercicio de la maternidad. Por lo tanto, hay muchas sociedades en las que el concepto de madre no está necesariamente basado en el cuidado cotidia-

no o en la socialización de los hijos, ni tampoco se manifiesta únicamente en procesos naturales (embarazo, alumbramiento, lactancia...), se trata más bien de construcciones culturales. No sólo es una cuestión de diversidad cultural, es decir, de las diferentes formas de concebir y de ejercer la maternidad, también hay que tener en cuenta las relaciones que guarda la categoría «mujer» en cada cultura con los atributos de la maternidad. Con ello quiero decir que cada cultura interpreta y elabora las diferencias biológicas de manera arbitraria, y la determinación de qué tareas son encomendadas a cada género constituye una cuestión de definición cultural, por lo tanto cambiante y no universal, en el sentido que no viene dado de forma natural. Porque es evidente, aunque a lo largo de la historia no parece que se haya asumido, que no nacemos con las percepciones de las diferencias de género, sino que se internalizan durante el propio desarrollo del individuo a través de los procesos psíquicos y culturales. Y por poner un ejemplo evidente del carácter histórico y cultural del concepto de maternidad no tenemos más que remitirnos a la regulación de la reproducción, la cual no está determinada de forma natural sino social.

Modelo occidental

Así, pues, el énfasis en el carácter cultural frente al natural ha sido uno de los pilares en los que se ha basado la crítica a este modelo dicotómico entre el espacio doméstico y público, que por otra parte, además, se ha venido aplicando como modelo universal, sin tener en cuenta que ha sido una característica de la sociedad occidental. Este modelo im-

plantado en otras sociedades bajo las políticas coloniales dio lugar a la imposición de la noción cristiana de obediencia y sumisión de la mujer en aquellas sociedades donde la mujer disfrutaba de cierta autonomía, o bien la implantación de ese modelo vino a reforzar esta ideología en las sociedades donde ya existía.

Los dominios separados, por tanto, no son estructuras dadas, son productos específicos de la historia. En este sentido, por ejemplo, la ideología que relega a la mujer al hogar como su esfera natural es revivida en períodos de crisis económica para justificar los altos niveles de desempleo.

Señalábamos antes que este modelo dicotómico dio lugar a una serie de críticas por parte de la antropología que obligó a formular un replanteamiento teórico sobre estos conceptos.

24

En esta línea, los primeros estudios antropológicos que tratan el espacio de la mujer enfocados desde la división sexual del trabajo surgen de las aportaciones de la antropología feminista que tuvo su auge en los años setenta (Rosaldo, 1974; Ortner, 1974; Friedl, 1975; Schegel, 1972). En la década de los ochenta estas autoras junto con otros y otras antropólogos/as (Yanagisako, 1979; Collier, 1987; Burton, 1985; Rapp, 1979; Rogers, 1978; Strathern, 1984; Tilly, 1978) vieron la necesidad de cuestionarse, por un lado, la suposición de la división entre los dominios público y privado como foco universal de la división del trabajo y, por otra lado, se cuestionaban el hecho de que la esfera doméstica estuviese organizada fundamentalmente por

el afecto de la madre hacia los hijos, en la que las otras funciones (económica, política...) podían, a lo sumo, añadirse sin alterar su principal y «natural» rol de la reproducción humana (Collier & Yanagisako, 1987). Estas críticas entonces lo que pusieron de manifiesto era la necesidad de replantear: primero, la distinción en sí misma de los dominios «doméstico» y «público», y segundo, la de revisar el contenido de estos dominios y de las imágenes que la sociedad construye sobre ellas.

Dominio público y privado

A través de la comparación intercultural se ha mostrado la gran diversidad de las relaciones domésticas, en las que muchas de las funciones sociales atribuidas por ejemplo a las instituciones políticas tienen lugar, sin embargo, en el contexto doméstico.

Estos nuevos enfoques no cuestionan que tales esferas no existan, ni que las sociedades no estén diferenciadas de alguna u otra forma. Lo que plantean, en cambio, es que esa diferenciación no siempre se identifica con la desigualdad (ser diferentes no es lo mismo que ser desiguales), y al mismo tiempo sugieren también que en las relaciones entre estos dominios hay muchas variaciones en el grado de segregación o solapamiento de funciones. De ello podemos deducir que la asociación espacio «público-hombre» y espacio «doméstico-mujer» es producto de las formas culturales e históricas.

En este sentido, para algunas autoras como Martín y Voorhies (1975) y Boserup (1970) el desarrollo de la agricultura fue lo que provocó

la aparición de estas dicotomías. Para otros autores como Draper (1975) fue con el proceso de sedentarización cuando surgieron las diferenciaciones en la familia por intereses materiales, ya que este proceso de asentamiento suponía una mayor inversión en la construcción de la vivienda, más posibilidad de acumulación, etc. Esto según estos autores es lo que favoreció la disparidad en la movilidad entre hombres y mujeres, excluyendo a las mujeres de la esfera pública y confinándolas al espacio doméstico en base, como ya apuntamos, a las responsabilidades maternas, limitando así sus actividades económicas y políticas.

La cuestión que subyace en torno a los espacios masculinos y femeninos y las actividades que en ellos se realizan está en relación con el prestigio social que las diferentes tareas representan. Las actividades asociadas con la mujer, relevantes en el ámbito doméstico, no tienen el reconocimiento que se le otorga al hombre en su protagonismo en la dimensión pública (del Valle, 1988), y son universalmente simbolizadas como de menor importancia que las del varón. Tomando como ejemplo África, la mujer desempeña la mayor parte de la producción agrícola en el 45% de las sociedades africanas (Goody, 1973), pero en los censos la representación de la población activa femenina es muy baja, por lo tanto, las cifras no revelan la actividad que realmente desempeñan las mujeres. La aparente invisibilidad del trabajo de la mujer es una característica de muchas sociedades. Generalmente, el «trabajo» se entiende como «trabajo remunerado» fuera del hogar porque es la única acti-

vidad que se evalúa en términos económicos. Su contribución a la economía de subsistencia y las labores domésticas que las mujeres desempeñan están infravaloradas, son estadísticamente inexistentes. Pero también hay que señalar que este desprestigio de las labores domésticas, aunque es una noción frecuente en muchas sociedades, entre ellas la occidental, tampoco debe tomarse como una cualidad universal. En otras sociedades como los hagen de Papua Nueva Guinea que estudió Strathern (1984), aunque también establecen una asociación simbólica y social entre lo femenino y lo doméstico, no tienen ese carácter desacreditativo que encontramos en otros lugares.

Sin embargo, aun considerando la diversidad de asociaciones y caracterizaciones sobre las diferentes actividades que realizan hombres y mujeres en las distintas sociedades, no es menos cierto, aunque parezca paradójico, como dice Ortner (1974), que generalmente las actividades masculinas y especialmente, como se ha demostrado a lo largo de la historia, las que implican la destrucción de la vida reciben más prestigio que la capacidad femenina para crear la vida.

A pesar de las críticas del enfoque dicotómico masculino y femenino y retomando sus aportaciones, lo que observamos es que no todas las culturas articulan una contraposición radical entre lo público y lo doméstico, y que esta oposición puede ser más o menos notoria según el sistema social e ideológico. Pero indudablemente el ámbito doméstico y público constituye un marco para la conceptualización de las actividades de los géneros. (Moore, 1991). Se recurre a él para delimitar los espa-

cios femenino y masculino y puede tenerse en cuenta para abarcar aspectos importantes que proporcionan las bases para identificar la situación masculina y femenina en lo cultural, social y económico (Linton, 1979).

Espacio de las actividades

Como conclusiones podemos afirmar que la desigualdad entre los géneros en favor del hombre existe, con mayor o menor intensidad, en todas las sociedades. Uno de los argumentos más generalizados basaba la explicación de este hecho en la asignación del rol del cuidado de la prole como la principal causa para relegar a la mujer al espacio doméstico. Esta separación se ha justificado en supuestas aptitudes naturales, para dejar que los hombres se ocuparan del ámbito público. Pero tanto la dicotomía entre los espacios, como las desigualdades, y el hecho de conceder más importancia al ámbito público, no son algo natural sino cultural, y el pretender su universalidad es una valoración etnocéntrica.

El modelo ortodoxo, o al menos la idea implícita que está en la interpretación del papel de la mujer, tiende a asociar las tradiciones antiguas con la desigualdad de la mujer, e implica que la introducción de la moderna tecnología y modos de vida occidentales favorecen que las mujeres sean tan productivas como los hombres además de su trabajo en el ámbito familiar. Este modelo no digo que sea falso, pero sí inapropiado, ya que no se puede aplicar generalizando a otras sociedades con procesos históricos y culturas diferentes. Más bien, sugiere que el impacto del moderno capitalismo, el consumo y las instituciones

occidentales, si bien en Occidente con su trayectoria histórica particular ha favorecido en determinados aspectos la autonomía de la mujer, en otras sociedades, a la larga, puede ir en detrimento de la igualdad entre los géneros y aumentar las diferencias en el acceso a los recursos; en cualquier caso, creo que no siempre ha favorecido a la mujer desde diversas circunstancias. No quiere decir que las sociedades más elementales fueran más igualitarias y que la occidentalización llevara todos los aspectos negativos, pero hay numerosos ejemplos de sociedades en las que el espacio público y político no confinaba a las mujeres exclusivamente al hogar. Un ejemplo evidente de ello es el de la participación de la mujer africana en el comercio. Esta actividad es especialmente importante, se desarrolla en espacios públicos y ha sido y es desempeñada tradicionalmente por las mujeres. Con la llegada de los europeos a las costas del Africa occidental, fueron precisamente las mujeres las intermediarias en los intercambios entre los productos rurales africanos y los europeos.

Generalmente, cuanto más jerarquizada está una sociedad, existe mayor división sexual del trabajo y mayor segregación entre lo público y lo privado. Por ello, no está claro que la sociedad occidental o la modernización, en sí misma, aporten la mejor solución. Aunque generalmente se asume que a mayor desarrollo mayor bienestar, las nuevas oportunidades, no por nuevas, implican siempre una mejora. Tampoco quiere decir que la posición de la mujer se vea desfavorecida con el proceso de modernización, pero es importante examinar las fuerzas económicas e históricas particula-

res que afectan a la posición de la mujer en sus diferentes contextos.

El estatus de la mujer es más alto en aquellas sociedades en las que la división sexual del trabajo está más equilibrada (Sandy, 1973) y donde la contribución a la producción está más reconocida, pero esto no siempre es condición suficiente para el mejoramiento del estatus. Tanto hombres como mujeres contribuyen al trabajo y a la alimentación, pero las mujeres son frecuentemente responsables de un mayor número de tareas aunque no de las decisiones. Si bien no podemos negar que la integración de la mujer en el mundo laboral estableció las bases para una modificación de las relaciones sociales (Mena, 1987), salir del hogar no implica necesariamente la liberación de la subordinación ni de la distribución tradicional de las tareas domésticas, aunque sin duda le ha conferido independencia económica, que le permite un grado de autonomía y cierta presencia en el espacio público, lo cual le puede conducir a influir en decisiones de orden político y laboral.

Por otra parte, también es importante señalar, que en las sociedades en las que las mujeres son responsables de casi toda la socialización de la infancia, son las mismas mujeres muchas veces las que reproducen las estructuras sociales de roles y las ideas de desigualdad social. Mientras la esfera doméstica siga siendo dominio femenino, aunque las mujeres tengan poder, nunca serán políticamente equivalentes a los hombres. Si el mundo de lo público abre las puertas a las mujeres, o a una élite, como sucede en la mayoría de las sociedades, también debería cambiar la propia naturaleza del trabajo y reducir las asimetrías entre lo

doméstico y lo público, llevando también a los hombres al ámbito de lo doméstico.

Percepción y uso diferencial del espacio

Es difícil generalizar sobre las desigualdades de género y la percepción y el uso diferencial del espacio a nivel global o universal. Para poder abordarlo hay que tener en cuenta todas las variables que se cruzan: el grupo étnico, la sociedad, la edad, el sistema económico, político, las creencias religiosas, los valores culturales, etc.

Si contrastamos el uso del espacio que hacen las mujeres de diferentes culturas, la percepción del espacio es más parecida entre los hombres y las mujeres que pertenecen a una misma sociedad que entre las mujeres de distintos entornos. ¿Cómo se puede comparar, o en qué términos se debe contrastar la vida de una mujer urbana con la de una mujer rural? Aunque la ideología que subyace responda a los mismos mecanismos de poder, hay que tener en cuenta las diferencias. Porque es cierto que hay factores unificadores del género y otros elementos que son diferenciadores, y tanto unos como otros condicionan la percepción del espacio y la experiencia. Esto es así no sólo entre ámbitos muy distantes espacial, cultural o incluso temporalmente, también sucede dentro de un mismo entorno que es compartido y vivido por multitud de personas que tienen entre sí rasgos en común y otros claramente diferenciadores.

Una de las cuestiones que se pueden plantear aquí es el interrogante acerca de la existencia o no de un espacio conceptualmente femenino

o si se trata de un orden cultural hecho *a posteriori*. Podemos decir que estas dos cuestiones no son excluyentes. Precisamente si existe un espacio femenino específico es debido al orden cultural, pero no hecho *a posteriori*, sino que ambos se han ido creando simultáneamente. Ahora bien, lo difícil es desligarnos de los dominios de poder que de alguna forma imponen cómo debe ser esa experiencia. Existen espacios femeninos de la misma forma que existe una percepción particular del espacio del niño, de los ancianos, espacios que se viven y perciben de diferente manera según el estatus social, cultural, étnico, etc. Es decir, que existen unos límites en la especificidad de la percepción del espacio, «del entorno», y cada individuo lo experimenta con todas las circunstancias que lo caracterizan; sin duda, la construcción y percepción del espacio están mediatizadas por la cultura, y son susceptibles de modificaciones, en la medida que los patrones culturales también cambian.

La mayoría de las teorías y los estudios han sido realizados por hombres, la antropología clásica, por ejemplo, fue elaborada esencialmente por hombres y los sesgos androcéntricos han ido acompañados también de otros etnocéntricos; incluso cuando las mujeres han

empezado a hacer estudios, quienes los han hecho fueron también mujeres occidentales cuyas generalizaciones son válidas para Occidente. En esta búsqueda de una explicación universal acerca de la subordinación de la mujer, el intento de elaborar un discurso sobre la mujer con pretensiones de universalidad ha caído inevitablemente en la exclusión. La propia crítica que elaboró la antropología de la mujer fue examinando esos principios etnocéntricos y subrayando la existencia de diferencias basadas en los criterios que ya hemos apuntado, de cultura, etnia, clase, etc.

La antropología puede tener respuesta desde el lugar que le es propio: desde la observación y la reflexión sobre la diversidad humana, teniendo en cuenta que el tener respuesta no equivale a tener *la respuesta*, pero contribuye a desvelar las similitudes y diferencias de la posición de la mujer en las distintas partes del mundo.

A lo largo de este texto he tratado de expresar la complejidad que supone englobar la diversidad de mujeres con la intención de dar explicaciones absolutas sobre la condición de la mujer, sin tener en cuenta la enorme variedad de circunstancias y la diversidad cultural.

NOTAS

¹ Este trabajo forma parte de un estudio sobre los espacios segregados, con referencia a la cultura bubi de Guinea Ecuatorial, presentado dentro del curso «Urbanismo y mujer. Nuevas visiones sobre el espacio público y privado», celebrado en Toledo (febrero-mayo 1994). Organizado por la Comunidad Europea, el Instituto de la mujer y el Consejo Superior de Colegios de Arquitectos.

² La noción «género» tiende a sustituir en Ciencias Sociales a la de «sexo» porque el término sexo se restringe exclusivamente al ámbito biológico. El concepto de género tiene un tratamiento más social de las diferencias sexuales en el orden cultural (Combes, D., 1992).

³ No podemos extendernos por razones obvias en una exhaustiva revisión de las diferentes teorías al respecto, pero trataremos de exponer las principales teorías y críticas en torno a la dicotomía espacio público-espacio doméstico.

BIBLIOGRAFIA

- Bouserup, E., *Women's role in economic development*, Ed. George Allen & Unwin, Londres, 1970.
- Burton, *Clare subordination: feminism social theory*, Ed. George Allen & Unwin, Sidney, 1985.
- Combes, D.; Devreux, A.-M., «Travail des femmes et rapports sociaux de sexe», en F. Pinton y M. Lecarme (eds.), *Relations de genre et développement*, Ed. ORSTOM.
- Coller, F.F.; Yanagisako, S., *Gender and Kinship: essay toward an unified analysis*, Stanford University Press, 1987.
- Comas, D., «Sobre el apoyo y el cuidado. División del trabajo, género y parentesco», en X. Roigé (ed.), *Perspectivas en el estudio del parentesco y la familia*, Actas del VI Congreso de Antropología, Tenerife, 1993.
- Commaroff, J., «Sui generis: feminism, kinship theory and social structural domains», en J.F. Collier y S. Yanagisako (eds.), *Gender and kinship*, Stanford University Press, 1987.
- Del Valle, T., *Korríca. Rituales de la lengua en el espacio*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1988.
- Dessen, L., «Women in modernizing societies», *American Ethnologist*, 2(4):587-600.
- Draper, P., «Ikung women: contrast in sexual egalitarianism in foraging and sedentary contexts», *Monthly Review Press*, 1975.
- Fernández Moreno, N., «Espacio doméstico y ritual en los poblados de la isla de Bioko, Guinea Ecuatorial», *Revista Estudios Territoriales*, vol. I, tercera época, n.º 98, MOPTA (Ministerio de Obras Públicas, Transportes y Medio Ambiente), 1993.
- Friede, *Women and men: an anthropologist view*, Ed. Reinhart & Winston, Stanford University Press, Nueva York, 1975.
- Goody, J., «Inheritance and women's labour in Africa», *Africa*, XLIII: 2(108-121), 1993.
- Lecarme, M., «Territoires du féminin, territoires du masculin», en F. Pinton y M. Lecarme (eds.), *Relations de genre et développement*, Ed. ORSTOM, 1992.
- Linton, S., «La mujer recolectora: sesgos machistas en antropología», en O. Harris y K. Young (eds.), *Antropología y feminismo*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1979.
- Martin, M.K.; Voorhies, B., *Female of species*, Columbia Press, Nueva York, 1975.
- Martin, M.K.; Voorhies, B., *La mujer, un enfoque antropológico*, Ed. Anagrama, Barcelona, 1978.
- Mena, J., *El orden femenino*, Ed. Anthropos, Barcelona, 1987.
- Moore, H., *Antropología y feminismo*, Ed. Cátedra, Madrid, 1991.
- Ortner, «Is female to male as nature to culture?», en Rosaldo y Lamphere, *Women, culture and society*, Stanford University Press, 1974.
- Pessenti, M., «Teoría antropológica y la perspectiva de género», en *II Congreso Argentino de Antropología Social*, Humanitas, 1986.
- Quinn, N., «Anthropological studies of womens status», *Annual Review of Anthropology*, 6:181-225, 1977.
- Rapp, A., «Anthropology: a review essay», *Sings*, 4 (3):497-513, 1979.
- Reeves, P., *Poder femenino y dominio masculino*, Ed. Mitre, Barcelona, 1986.
- Rogers, S., «Womens place: a critical review of anthropological theory», *Comparative studies in society and history*, 20:123-162, 1978.
- Rosaldo, Z., «The use and abuse of anthropology: reflexion of feminism and cross cultural understanding», *Sings*, 5:389-417, 1980.
- Rosaldo, Z.; Lamphere, *Women, culture and society*, Stanford University Press, 1974.
- Sandy, P., «Towards a theory of the status of women», *American Anthropologist*, 75:1682-1700, 1973.
- Schegel, «Male dominance and female autonomy. Domestic authority in matrilineal societies», *Human Relations Press*, New Haven, 1972.
- Strathern, «Domesticity and the denigration of women», en D. O'Brien y L. Tiffany (eds.), *Rethinking women's roles: perspective from the Pacific*, Berkeley University of California, 1984.
- Tilly, L.; Scott, J., *Women, work and family*, Ed. Reinhart & Winston, Nueva York, 1978.
- Yanagisako, S., «Family and house hold: the analysis of domestic groups», *Annual Review of Anthropology*, 8:161-205, 1979.



Visión del monte St. Michel (Francia).

ELEMENTOS PARA UNA HISTORIA DE LAS RELACIONES ENTRE GENERO Y PRAXIS AMBIENTAL

Itinerarios al paraíso

Anna Vila i Nardi
Vicent Casals Costa

Los antecedentes históricos de los planteamientos actuales en torno al feminismo y la ecología se encuentran en ciertos paradigmas femeninos, en su relación y actitud respecto a la naturaleza y la cultura, los recursos naturales y la sociedad.

Durante la década de 1980 una serie de planteamientos emergieron con fuerza en los ámbitos de lo que en un determinado momento se denominó «nuevos movimientos sociales». En su entorno, una serie de conceptos han hecho fortuna, entre ellos el de «sostenibilidad», «género» y, más recientemente, «ecofeminismo», este último un intento de síntesis de los más característicos de estos movimientos, el feminismo y el ecologismo.

Aunque las problemáticas asociadas a estos nuevos movimientos se consideran, en general, como características de las sociedades avanzadas, existe actualmente una serie de trabajos que retrotraen su génesis e incluso algunas manifestaciones privilegiadas a siglos anteriores. De hecho, a medida que se ha pro-

fundizado en ellos se ha podido constatar la gran importancia de las formulaciones que en torno a estas cuestiones se gestaron durante la Ilustración¹ y que luego tuvieron un no desdeñable desarrollo durante el siglo XIX. Algunos autores, como Glacken² en relación a los recursos naturales, rastrearon incluso su génesis a bastante siglos antes. Igualmente, en el terreno común de feminismo y ecología, se ha puesto en evidencia la existencia de una relación mucho más íntima y añeja que la relaciona estrechamente con el asentamiento de las bases de las sociedades modernas durante el periodo ilustrado³.

Sobre todo en relación a este último aspecto, la aparición de estos trabajos debe verse en una doble perspectiva. Por una parte, como una exploración de un campo intelectual poco

estudiado y, en tal sentido, como una contribución al necesario desarrollo del conocimiento científico, pero también, por otra, como la necesidad de legitimar a partir del conocimiento histórico la emergencia de planteamientos actuales en torno a la cuestión del feminismo y la ecología. En este sentido, diversos autores han puesto de relieve cómo los programas de investigación histórica tienen que ver no sólo con el conocimiento en abstracto sino sobre todo con lecturas actualistas de determinados fenómenos y con el predominio de determinadas corrientes de pensamiento. Por ejemplo, el movimiento pendular entre enfoques positivistas e historicistas en el estudio de los procesos culturales explicaría no sólo la predilección por determinados temas sino también, y quizás sobre todo, el énfasis puesto en determinadas características de los mismos.

La lectura en clave feminista de las relaciones entre naturaleza y cultura o, si se quiere, entre recursos naturales y sociedad, creemos que tiene que ver con esto. La crisis de determinadas formas de racionalidad, muy evidentes y explícitas a lo largo de las décadas de 1970 y 1980, ha conducido entre determinados autores al descrédito de la tradición ilustrada y de los paradigmas a ella asociados y a un considerable auge de nuevos enfoques de raíz historicista y neo-romántica, en torno a los cuales se están gestando lo que R. Flek⁴ denominó nuevos estilos de pensamiento. La cuestión en la que está centrado este artículo, la relación entre la problemática del género y la del medio ambiente creemos que es una muestra de ello.

La lectura actualista de determinadas cuestiones tiene, sin embargo, el frecuente inconveniente de presentar como novedosos u originales planteamientos que a la postre quizás no lo son tanto. Este inconveniente, no siempre inocente, suele traducirse en una cierta selección de las fuentes y antecedentes, obviando aquello que no encaja en el esquema teórico al que se quiere dotar de contenido. Algo de eso queremos mostrar en las páginas que siguen.

Para ello, hemos escogido, en primer lugar, el estudio de dos mujeres cuya contribución al tema que debatimos creemos que fue significativa. Entre ambas, cubren el periodo comprendido entre mediados del siglo XIX y la segunda década de 1900, y reflejan diversos paradigmas en relación al estudio de la relación entre la cuestión de la mujer y su relación con la naturaleza y con los recursos naturales. Personajes muy importantes en su momento y cuya obra tanto escrita como militante ha tenido repercusiones indudables, es difícil en cambio encontrar referencias a las mismas tanto en la literatura ecologista y feminista de pasadas décadas, como en las más recientes formulaciones sobre el género y el ecofeminismo, a pesar de que esbozaron no pocas de las ideas que en torno a estas cuestiones se están presentando como de la más rigurosa novedad.

Clémence Royer, la «expresión femenina de la ciencia» y los recursos naturales

La aparición en 1859 de *El origen de las especies* es un ejemplo destacado de la aparición

de un nuevo paradigma científico, no sólo en relación a la biología sino también respecto a muchas disciplinas, entre ellas las ciencias sociales, que pronto adoptaron algunos de los planteamientos de Darwin, y que en su vertiente más decididamente determinista dieron lugar a lo que se ha denominado el darwinismo social.

Habitualmente se considera el más destacado representante de esta corriente a Herbert Spencer, que en realidad ya había aplicado las teorías evolucionistas a la sociedad con anterioridad a la aparición de *El origen de las especies*, y a quien al parecer se debe la expresión de «supervivencia del más apto», uno de los conceptos claves del darwinismo.

En Francia, las primeras manifestaciones del darwinismo social van asociadas a una personalidad excepcional, Clémence Royer, traductora de la obra de Darwin al francés en 1862 y a quien éste calificó de «una de las mujeres más inteligentes y extrañas de Europa»⁵, a cuya traducción incorporó un extenso prólogo donde expone sus reflexiones sobre las consecuencias sociales de la teoría de la evolución y desarrolla una serie de planteamientos radicalmente liberales y furibundamente anticlericales. Aunque la traducción no fue del agrado de Darwin, que cortó sus relaciones con Royer, la traducción y sus sucesivas reediciones fueron el principal vehículo mediante el que se conoció *El origen...* en Francia durante bastantes años, puesto que la obra no volvió a ser traducida al francés hasta 1873. En tal fecha, sin embargo, Royer ya había publicado la que fue sin duda su principal obra, *Origine de l'homme et des sociétés*

(1870), unos meses antes de que el propio Darwin lo hiciera con *The descent of man*, una extensa y erudita exposición de los fundamentos naturales de la sociedad en clave darwinista.

Sólo este hecho sería ya suficiente motivo para que Clémence Royer ocupara un lugar en la historia de la ciencia. Sin embargo, en realidad no representa más que una pequeña parte de su extensísima, erudita y variada obra, que le confiere a todas luces un carácter de excepción, sobre todo si tenemos en cuenta que estamos hablando de una mujer autodidacta que desarrolló el conjunto de su actividad a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX.

Clémence Royer (1830-1902) nació en Nantes en el seno de una familia católica, educándose en Francia e Inglaterra. La revolución parisina de 1848 hizo de ella una republicana; a los diecinueve años rompe con su familia, de filiación política legitimista, e inicia su formación autodidacta con una atenta lectura de los Enciclopedistas, lo que le lleva a abandonar las creencias religiosas y ligar su destino al conocimiento de las ciencias. En 1858 se trasladó a Suiza, donde entró en contacto con republicanos exiliados, uniéndose libremente a uno de ellos, Pascal Duprat, con el que tuvo un hijo. El año siguiente creó en Lausana un curso público de lógica para mujeres seguido de un curso de filosofía de la naturaleza, a la búsqueda de lo que llama una «expresión femenina de la ciencia», en lo que fue el primer esbozo de un ambicioso programa de investigación que desarrollará a lo largo de toda su vida.

En su extensísima obra abordó los temas más variados, entre ellos la antropología, la sociología, la demografía, la geografía, la biología, la economía, la criminología, la física, etc., siendo, pues, a un tiempo, como han señalado sus biógrafos, economista, socióloga, matemática, lingüista, filósofa de la ciencia y antropóloga⁶. Estas variadas aportaciones se manifiestan, además de en sus diversos libros, en sus numerosas publicaciones en revistas del mayor prestigio de la época, como en *Le journal des économistes*, en el *Bulletin de la Société d'anthropologie de Paris* o en *La philosophie positive*. Esta última publicación ya da idea de su filiación positivista, en cuyo contexto debe entenderse la heterogeneidad de su obra: la voluntad de crear una ciencia de la sociedad holística y globalizadora, que las profundas mutaciones del conocimiento científico de la segunda mitad del siglo XIX parecían hacer posible, voluntad que desde otras orientaciones fue compartida por diversos pensadores de este periodo, como Karl Marx, por poner un ejemplo bien conocido.

Desde la perspectiva socialdarwinista es como C. Royer abordará el problema de la emancipación de la mujer, un enfoque poco corriente que sin duda hay que relacionar con su condición de mujer y con sus propias vivencias personales. Los fundamentos de este enfoque, que tradujo, además, en actividad práctica cuando tuvo oportunidad para ello, los podemos encontrar en la mencionada obra de 1870 *Origine de l'homme et des sociétés*, que, a pesar de la deuda evidente con las teorías darwinistas, cabe atribuir en una parte no desdeñable a un proceso de elaboración indepen-

diente por parte de su autora. Al menos así lo manifestará explícitamente C. Royer, al señalar, años después, que

«J'ai devancé Darwin en affirmant la théorie d'évolution, d'après Lamarck, dans mon cours de 1859-1860 à Lausanne; c'est ce même hiver que paraissait en Angleterre l'*Origine des Espèces* dont je n'ai entrepris la traduction que parce que j'y trouvais une confirmation de mon enseignement. Dans ma préface et mes notes, j'ai devancé les conclusions plus tardives de Darwin. Dans mon *Origine de l'homme et des sociétés* (1890), j'ai devancé *Descent of Man*. Dans ce même ouvrage et dans mes notes, j'ai devancé Haeckel, et dans un dernier mémoire (*Revue d'Anthropologie*, 1880), j'ai présenté une solution nouvelle du problème de l'espèce»⁷.

El marco general de la obra de Royer se caracteriza por su crítica de los planteamientos igualitarios (en especial de Rousseau y de Proudhon), por su malthusianismo⁸ y por su eurocentrismo racista, bastante explícito como después veremos, a los que creyó encontrar una justificación científica en las teorías de Darwin⁹. Estas características, bastante generales en el pensamiento liberal y progresista de aquel momento¹⁰, son el telón de fondo de sus reflexiones sobre la condición femenina.

Para Royer las diferentes formas adoptadas por la institución familiar no reflejan —«contrairement à l'opinion dominante», dice— estadios moralmente superiores, sino que son el resultado de mejores adaptaciones «aux convenances de lieux, de temps, de climat, de race, de sociabilité, de développement intellectuel de chaque nation»¹¹. En otras palabras, son el resultado de una adaptación al

medio natural y social, idea que desarrollará en su estudio de las formas familiares en las diferentes sociedades de tipo cazador-recolector, pastoriles, agrícolas y urbano-industriales.

El surgimiento de la división sexual del trabajo y la cristalización del papel subordinado de la mujer es, para nuestra autora, el resultado inevitable de las fuerzas triunfantes de la naturaleza a las que debían enfrentarse las sociedades primitivas, en especial a partir del momento de la primera aparición «des instincts de prévoyance, de propriété, d'industrie», lo que dio lugar al surgimiento de una nueva necesidad social «ainsi de nouveaux instincts chez les deux sexes»:

«Ainsi la femme, dès lors condamnée à une vie plus sédentaire que l'homme, devait perdre de sa force et de son agilité, et acquérir plus d'adresse dans les travaux manuels commis exclusivement à ses soins. Dans une vie plus calme, plus retirée, plus craintive, passée tout entière sur la défensive, vis-à-vis des autres espèces ou tribus, et dans la subordination passive vis-à-vis de l'homme dont elle devait seconder les plans ou les projets, puisque de leur réussite dépendaient sa vie et celle de ses enfants, elle perdait toute initiative, voyait diminuer son courage et s'effacer ses instincts nomades et guerriers; mais elle acquérait, par contre, des instincts plus doux et plus affectueux dans la société exclusive de ses enfants ou des jeunes animaux qu'elle s'apprenait à apprivoiser par une transformation de ses instincts chasseurs en instincts pasteurs, et sous l'impulsion du besoin qui le faisait voir en eux, soit une ressource por les jours de famine, soit une distraction dans les longs ennuis de sa solitude forcée et souvent périlleuse»¹².

Este determinismo biológico debe entenderse, en el caso de Royer, en clave evolutiva y, por tanto, relativista, ya que lo que en un determinado momento fue una ventaja, resultado de la necesidad de la adaptación al medio, en épocas posteriores se convierte en un factor retardatario del progreso de la humanidad, «en soumetant d'une façon despotique et brutale les jeunes générations à la tradition des ancêtres, et en mettant ainsi obstacle aux progrès rapides qu'auraient amenés toutes les variations heureses qui, dans la série des temps, ont pu se produire et se sont certainement produites»¹³.

En efecto, en las sociedades urbanas modernas el papel subordinado de la mujer se ha transformado, según nuestra autora, en un elemento contrario al progreso social, convirtiéndose en una exigencia la necesidad de establecer una relación entre los dos sexos fundada en unas nuevas bases:

«Dans la cité –señala Royer–, l'unité sociale, ce n'est plus la tribu, ce n'est plus le couple, c'est l'individu, homme ou femme, qui sent son droit à l'indépendence. C'est la personne humaine qui s'affirme dans sa liberté, sous la sauvegarde du pacte social; l'homme des champs, agriculteur, pasteur ou chasseur, est l'esclave des forces triomphantes de la nature. Pour le citoyen, la famille c'est plus une chaîne fatale des intérêts, c'est un lien libre du coeur. Elle n'a plus ses racines dans le sol, mais dans l'être humain. Le mariage tend donc à devenir temporaire. L'autorité paternelle et conjugale diminue, s'efface; la femme tend à n'être plus une propriété, mais une associée libre de l'homme, une compagne»¹⁴.

Para Royer las costumbres urbanas tienden inevitablemente a la unión conyugal disoluble y temporal, a la igualdad de derechos de la pareja y, «en vertu d'une loi de la nature», al predominio de la influencia maternal en la educación de los hijos y en la gestión de los intereses privados de la familia¹⁵. El progreso exige un reequilibrio de los respectivos valores de la psicología masculina y femenina forjados a lo largo de milenios:

«Il faudrait –señala– demander a la femme une part de ce qu'on n'a jusqu'ici demandé qu'à l'homme, c'est-à-dire de la force unie à la beauté, de l'intelligence unie à la douceur, et à l'homme un peu d'idéal uni à la puissance d'esprit et à la vigueur de corps»¹⁶.

36 Si las formulaciones feministas de Royer son claramente explícitas a pesar del tamiz socialdarwinista que impregna su obra (a pesar, pero también en parte como consecuencia), lo mismo sucede con sus reflexiones sobre la cuestión de los recursos naturales, una contribución que, aunque breve, es de una asombrosa modernidad.

La tradición liberal en economía, en especial la de orientación más radical como era la de Clémence Royer, no ha sido históricamente la más fecunda en el estudio del problema de los recursos naturales, sino más bien lo contrario. Sin embargo, Royer abordó una cuestión desde un punto de vista que la alejaba de forma muy importante en esta cuestión de la escuela del liberalismo económico, a la que, en relación a este tema criticaba abiertamente. La cuestión, creemos, tiene que ver también en este caso con la peculiar forma de entender el

evolucionismo y la influencia de la corriente darwinista.

Antes hemos señalado cómo defendía la emancipación de la mujer en términos evolucionistas por el hecho de haber pasado a desempeñar un papel progresivo en las sociedades modernas, cuestión esta que en general no se ha defendido desde el darwinismo social. Algo por el estilo sucede en su razonar respecto a los recursos naturales: liberal convencida, no sólo desde el punto de vista económico y social, sino también respecto a las teorías económicas que defendía, entenderá que la cuestión de los recursos naturales es una importante excepción al dogma del *laisser faire*, *laisser passer*, precisamente porque, en relación a esta cuestión, esta orientación económica ponía gravemente en cuestión las posibilidades de progreso futuro. Mas de un siglo antes del *Informe Brundtland*, Royer defendió en inequívocos términos la necesidad de una política económica en relación a los recursos naturales basada en criterios de lo que hoy se conoce como «desarrollo sostenible».

El trabajo en el que Clémence Royer desarrolló estas ideas está formado por dos artículos publicados en septiembre y diciembre de 1869 en el *Journal des Economistes*, prestigiosa revista económica francesa de orientación liberal radical. En ellos aborda la cuestión del agotamiento de los recursos naturales, estudiando esta cuestión en relación a lo que hace referencia sucesivamente a la riqueza mineral, las riquezas orgánicas (flora y fauna) y lo que denomina «la fuerza productora del suelo»¹⁷, es decir, los recursos edáficos. El trabajo debió de llamar poderosamente la atención,

puesto que unos meses después fue traducido al español de la mano de un destacado ingeniero forestal, Francisco de Paula Arrillaga, autor que más tarde desarrollaría una importante labor en el terreno de la metrología y la geodesia y que desempeñó durante años el cargo de director del Instituto Geográfico Español. De ideas notablemente conservacionistas, Arrillaga, además de traducir los textos de Royer les añadió un artículo en forma de epílogo en el que glosa la importancia del enfoque de la científica francesa, señalando algunas matizaciones a sus planteamientos pero valorando altamente su contribución al estudio del problema de la conservación de los recursos naturales, que ya entonces comenzaba a plantearse con fuerza¹⁸.

En estos artículos, Royer plantea que si bien es partidaria de la libertad más en la producción, explotación y circulación de la riqueza mobiliaria, la cuestión cambia cuando se trata de ciertas riquezas «dadas directamente por la naturaleza en cantidades limitadas, y que el hombre no puede volver a crear una vez consumidas o arruinadas»¹⁹, en una palabra, y en términos actuales, el problema de la limitación de los recursos no renovables, entre los que considera los minerales (incluidos los energéticos), la flora (en especial los bosques), la fauna y la capa fértil del suelo, como ya se ha indicado. En relación a ello indicaba que si bien desde el punto de la administración del Estado era una cuestión que atañía a la economía política, «desde el punto de vista humano, el problema es social, es cuestión de vida o muerte para la humanidad, es quizá en el porvenir el término fatal de su progreso y de su existencia»²⁰.

Esta clarividente forma de razonar la extenderá desde los materiales destinados a la construcción hasta los energéticos, mostrando una extraordinaria capacidad de anticipar algunas de las problemáticas que un siglo más tarde sacudirían la economía mundial y darían paso al nacimiento del movimiento ecologista. Así, en relación al agotamiento de los recursos naturales podemos leer lo siguiente:

«Otro tanto puede decirse del petróleo americano: sus fuentes son inmensas pero no inagotables. Recientemente descubierto se ha difundido ya por todas partes y ha dado origen a enormes fortunas. El petróleo parece que dentro de poco podrá suplir a la hulla, como ha reemplazado al gas y al aceite hasta en Italia, país clásico del olivo; pero un día se acabará y entonces, aunque la ciencia haya dado su sustituto, mucho habrán perdido la América y la Inglaterra»²¹.

Se mostrará partidaria de proteger por ley tanto la fauna como la flora nacional, cuya diversidad es un valor al que no se debe bajo ningún concepto renunciar: el empobrecimiento general de la flora y la fauna, indica, «es un aviso serio, de que merece preocuparse todo el que filosóficamente se remonta a las causas de aquellos hechos, a fin de examinar sus consecuencias y buscar los oportunos remedios»²². Incluso anticipará la necesidad de lo que hoy día se denomina «jardinería urbana ecológica», al señalar que en lugar de utilizar plantas nacidas «en un meridiano opuesto o bajo una latitud diferente» se recurre a las plantas del lugar permitiendo así el desarrollo de la «libre exuberancia de la naturaleza». Nada perdería, dice, el paseante de la

ciudad si en lugar de vegetales exóticos pudiera «pasar revista en una hora a una gran parte de la riqueza botánica de Francia»²³.

Junto al intervencionismo estatal en materia de recursos naturales —una verdadera herejía para los partidarios de la escuela radical liberal— Royer recurre otra vez al socialdarwinismo y al determinismo biológico para esbozar una propuesta alternativa. Para nuestra autora,

«La regla que la sociedad debe adoptar en estas cuestiones es la imitación más fiel que sea posible de la naturaleza, para aumentar sin cesar la vida humana. En lugar de disminuir el número de formas vitales, debe multiplicarlas y diversificarlas de mil maneras.

[...]

Este porvenir es lejano; pero no importa. Si nuestras previsiones son exactas, servirán de brújula al hombre en las evoluciones de su progreso y contribuirán a la verdadera felicidad de la humanidad»²⁴.

Ignoramos la repercusión que estos artículos de Royer tuvieron en Francia, pero en España sin duda no fue nada desdeñable, entre otras razones por el prestigio y carácter doctrinal que tuvo la *Revista forestal, económica y agrícola*, en la que fue publicada la traducción, y en la propia personalidad de Arrillaga. No será la única vez que los forestales españoles se refieran a Royer y utilicen sus argumentos para defender la causa forestal. Muchos años después, el mismo Arrillaga recurrirá a argumentos que recuerdan a los de Royer en el prólogo a una famosa obra de propaganda forestal debida a otro importante ingeniero, Andrés Avelino de Armenteras²⁵, que aunque seguramente por casualidad, años des-

pués escribió un artículo de título significativo para el trabajo que estamos desarrollando, titulado «Influencia de la mujer en la solución del problema forestal»²⁶.

Annie Besant: malthusiana, teósofa y líder independentista de la India

El socialdarwinismo de Clémence Royer obviamente tenía otras consecuencias que se derivaban de sus postulados y de su enfoque. Por ejemplo, para ella la sociedad no debía poner trabas al desarrollo en su seno de la selección natural, evidentemente en la «imitación más fiel que sea posible de la naturaleza», considerando todo lo que se le opusiera como un freno al progreso: la religión o la democracia universal, por ejemplo, que con su insistencia en la igualdad y la protección al débil traen como consecuencia «d'aggraver et de multiplier dans la race humaine les maux auxquels elle prétend porter remède»²⁷.

No solamente se opone al igualitarismo social (la única igualdad que acepta es la de oportunidades, la igualdad en la libertad), sino que es abiertamente racista. En el prólogo a la edición francesa de *L'Origine des Espèces*, no deja dudas al respecto. Darwin, dice, nos suministra las nociones científicas que permiten cuestionar una supuesta igualdad entre los individuos y las razas:

«Rien n'est plus évident que les inégalités des diverses races humaines; rien encore de mieux marqué que ces inégalités entre les divers individus de la même race. Les données de la théorie de sélection naturelle ne peuvent plus nous laisser douter que les races supérieures ne se soient produites successivement; et que, par

conséquent, en vertu de la loi du progrès, elles ne soient destinées à supplanter les races inférieures en progressant encore, et non à se mélanger et à se confondre avec elles au risque de s'absorber en elles par des croisements qui feraient baisser le niveau moyen de l'espèce. En un mot, les races humaines ne sont pas des espèces distinctes, mais ce sont des variétés bien tranchées et fort inégales; et il faudrait y réfléchir à deux fois avant de proclamer l'égalité politique et civile chez un peuple composé d'une minorité d'Indo-Européens et d'une majorité de Mongols ou de Nègres»²⁸.

Estas ideas, que recuerdan mucho a las desarrolladas por Haeckel en diferentes trabajos²⁹, fueron luego desarrolladas por otro discípulo y pariente de Darwin, Francis Galton, levantando todo el edificio conceptual con pretensiones de disciplina científica que se conocerá con el nombre de eugenesia. Y aunque las preocupaciones ambientales y feministas de Galton parece ser que fueron bien escasas, lo cierto es que tales líneas de pensamiento —la eugenésica, ambientalista y feminista— tienen en común las formulaciones de corte evolucionista, relación que nunca se romperá del todo. El caso de otra mujer extraordinaria, Annie Besant, nos aporta nuevas perspectivas al respecto.

Nacida Annie Wood (Londres, 1847) en el seno de una familia irlandesa acomodada, tras la muerte de su padre y dada la precaria situación económica de la familia, Annie se trasladó a vivir con Miss Marryat, recibiendo una educación característica de la conservadora sociedad victoriana. En 1868 se casó con el pastor anglicano Frank Besant, al que abandonaría cinco años más tarde.

Según ella misma cuenta en su autobiografía, la primera etapa de su vida estuvo dominada por la felicidad y el misticismo religioso, valores que pronto, a raíz de su desafortunado matrimonio, serán cuestionados. De este modo la profunda infelicidad conyugal y la progresiva pérdida de su fe culminarán tanto con el abandono de su vida conyugal como en la adopción del ateísmo en las filas del cual se convertirá pronto en una de sus más destacadas militantes³⁰.

Al iniciar este nuevo período de su vida resulta trascendental su encuentro con el político radical inglés Charles Bradlaugh, que la introdujo en los círculos del librepensamiento y ateísmo londinenses. Ambos y desde las páginas del *National Reformer*, como editor y coeditora respectivamente, se consagraron a una intensa labor de reforma social. Asimismo, y como miembro integrante de la National Secular Society, desarrolló una intensa labor de conferenciante en la defensa de la libertad y el desarrollo humano³¹. Significativamente su primera conferencia llevaba por título: «La condición política de la mujer».

En su ideal de reforma social y mejora de las condiciones de vida de las clases trabajadoras, Besant abrazó la causa de la liberación de la mujer. La toma de posiciones tan radicales y de vanguardia en una sociedad tan ortodoxa le acarreó diversos problemas legales. En este sentido, el escándalo que provocó la publicación, en 1877, del folleto neomalthusiano del norteamericano Dr. Charles Knowlton *The Fruits of Philosophy. The private companion of young married people* (1832), por parte del *National Reformer*, es sólo un ejemplo. Así,

como consecuencia de la defensa de los postulados neomalthusianos a través de la obra de Knowlton y la publicación de su escrito *Ley de la población*, en donde defendía la necesidad de los matrimonios jóvenes y la limitación de los hijos como remedio a la prostitución y el pauperismo, respectivamente, le fueron anulados sus derechos de legítima madre sobre sus hijos.

Entre las numerosas relaciones de Besant durante este período se encuentra Karl Pearson, que luego sería uno de los principales colaboradores de Francis Galton y que suministró buena parte del arsenal matemático y estadístico a las teorías eugenésicas al crear una nueva disciplina, la biometría. Pearson estaba convencido de la importancia trascendental de la cuestión de la mujer, lo que le llevó a crear, en 1885, el Men and Women's Club, con el fin de debatir el problema. Relacionados con el Club estuvieron entre otros Eleanor Marx, George Bernard Shaw, Havelock y otros. Annie Besant fue una de las conferenciantes que participaron en los debates³². Posteriormente, con la entrada en el movimiento teosófico, abandonará el neomalthusianismo militante, puesto que considera que éste «es justificable sólo cuando se considera al hombre como perfecto fruto de la evolución física, siendo en cambio completamente incompatible con la teoría que lo juzga como espiritual»³³.

Su posición militante y su implicación en la mejora de las condiciones de los hombres, y sobre todo de las mujeres, derivó hacia un progresivo acercamiento al movimiento socialista, en cuyas filas desarrolló posteriormente un

papel significativo. En esta etapa de intensa actividad militante participó en la creación y dirección de diversas revistas de difusión de los ideales socialistas y laboristas, tales como *Our Corner* y *Link*, así como también en la creación de organizaciones como la Unión de Operarias y, sobre todo, junto con Thomas Davidson, George Bernard Shaw y otros destacados socialistas, en la fundación de la Fabian Society. En el seno de la Unión de Operarias luchó activamente en la defensa de los derechos laborales de las mujeres, reclamando la reducción de la jornada laboral, la creación de guarderías, etc., lo que la sitúa como claro precedente del feminismo militante.

Pero a pesar de esta intensa labor de lucha por la regeneración social y la igualdad entre los sexos, nuevas preocupaciones fueron abriéndose paso en su inquieto intelecto, entre ellas las de las fuentes del mal y los caminos para combatirlo:

«La comprensión intelectual de las fuentes del mal y del método para extinguirlo fue la segunda piedra angular de mi sistema ético. El estudio de Darwin y de Herbert Spencer, de Huxley, Buchner y Haeckel no sólo me había convencido de la verdad de la teoría evolutiva, sino que con la ayuda de W. H. Clifford, Lubbocks, Buckle, Lecky y muchos otros pude ver en la evolución del instinto social la explicación del explaye de la conciencia y del fortalecimiento de la naturaleza mental y moral del hombre. Si estudiando las condiciones ambientales y aplicando la inteligencia al dominio de la naturaleza externa, el hombre había hecho tantos adelantos, ¿por qué no persistir en esta misma dirección hasta su completa emancipación? Todo lo que la naturaleza tiene de malo, de

antisocial, es la herencia legada por el bruto, su antecesor, y puede eliminarse poco a poco»³⁴.

Aunque esta reflexión corresponde al punto de vista de su época de ateísmo militante, en ella ya se deja traslucir elementos de lo que será su evolución posterior, caracterizada por un verdadero cambio de paradigma en el que la actitud según la cual «la racional cooperación con la Naturaleza distingue al científico del religioso» (una actitud idéntica a la mantenida por Clémence Royer), invierte sus términos para pasar a dominar una concepción mística y panteísta.

La crisis de racionalidad de Annie Besant culminó en 1889, tras la lectura del libro *The Secret Doctrine* de Helena Blavatsky, fundadora de la Sociedad Teosófica, a la que Besant se incorporó poco después. Esta conversión significó su vuelta al misticismo conllevando una ruptura total con el materialismo científico del secularismo que durante años tan fervorosamente había defendido³⁵.

En la carta al *National Reformer*, en la que Annie Besant hizo pública su conversión a la nueva doctrina, explica los tres objetivos fundamentales de la Sociedad Teosófica, que sintéticamente son:

«Fundar una fraternidad universal sin distinción de raza o credo; promover el estudio de la literatura y filosofía ariá; investigar las inexplicables leyes de la naturaleza y los poderes físicos latentes en el hombre. [...] No he de ocultar que este panteísmo es para mí la promesa de solución de algunos problemas, especialmente psicológicos, que el ateísmo deja insolubles»³⁶.

Fundada en 1875, la Sociedad Teosófica reunía un conjunto de influencias que iban desde las científico-religiosas hasta el más puro esoterismo, incluyendo importantes aportaciones de la mitología egipcia, el espiritismo y, de la cultura oriental, el hinduismo. Básicamente sincrética y panteísta, estaba abierta a todo tipo de religiones, si bien no al ateísmo y al monismo, dado su carácter eminentemente dualista.

La gran expansión de la Sociedad Teosófica hacia principios de siglo, después de la muerte de Helena P. Blavatsky y al pasar su dirección a manos de Annie Besant, tiene que ver con el clima cultural y social del período, en el que las sectas esotéricas (las espiritistas, por ejemplo) y las asociaciones de tipo masónico tuvieron un considerable auge. Fue un momento de grandes cambios, en el que las profundas transformaciones en el terreno científico fueron acompañadas de fuertes convulsiones sociales y transformaciones económicas, (el desarrollo del imperialismo, por ejemplo) que confluirán en algunos de los acontecimientos claves de la historia del siglo XX, como la Primera Guerra Mundial y la Revolución de Octubre en Rusia.

Era, pues, un terreno propicio para el desarrollo de corrientes irracionistas, en lo que no es ajena la crisis de algunos de los paradigmas más sólidos que se habían forjado a lo largo del siglo anterior, como por ejemplo el darwinismo, ampliamente cuestionado en este período. La creciente especialización de la ciencia y el creciente desarrollo del conocimiento en campos científicos muy concretos tuvieron el efecto, en aparente paradoja, de socavar el

prestigio de aquellas doctrinas que, como la teoría de la evolución, formulaban propuestas holísticas. Por otra parte, y en lo que al darvinismo se refiere, el carácter dogmático y rígido con que había sido popularizado por algunos de sus más importantes propagandistas como E. Haeckel había mostrado claramente su endeblez y contribuido a su descrédito³⁷. En este contexto, el nuevo auge de las doctrinas historicistas y las filosofías vitalistas configuraban un panorama cultural que recuerda bastante la emergencia de lo que en la actualidad se denomina «pensamiento débil».

La expansión del teosofismo en este período puede ilustrarse con algunos datos. En 1913 contaba con unos 100.000 miembros agrupados en varias categorías y distribuidos en unas cuarenta secciones que incluía Asia, América, Australia, Oceanía y Europa, que dependían de un centro internacional situado en Adyar, India. Disponía de abundantes medios de propaganda entre ellos, en el año mencionado, 54 revistas distribuidas por todo el mundo, siendo su órgano central *The Theosophist*. Contaba asimismo con multitud de asociaciones auxiliares, fundadas directamente por la Sociedad Teosófica (La elevación de las clases deprimidas, Desarrollo de la pureza social, Abolición de la vivisección, de la vacunación e inoculación, Liga para proteger a las jóvenes y señoras, etc.) o afines a la Sociedad (Sociedad deportiva de Boys Scouts fundada en Inglaterra por el masón Baden-Powell, la Sociedad vegetariana de Francia, Asociación de veraneo femenino, etc.). Como puede verse, las finalidades de estas asociaciones estaban orientadas sobre todo a las tareas educativas, a

los jóvenes, adolescentes y mujeres, a los sectores sociales desvalidos, predominando en su actividad los temas relacionados con el pacifismo, el vegetarianismo, el antialcoholismo y otros parecidos³⁸.

El papel hegemónico jugado por dos mujeres, Helena Blavatsky y Annie Besant, en la fundación y desarrollo de la Sociedad Teosófica ya puede hacer intuir que la cuestión femenina desempeñaba un importante papel, tanto en su ideario como en su actividad práctica. En realidad, durante un largo período puede considerarse que este tema desempeñó un papel central. Helena Blavatsky estableció los fundamentos teóricos del movimiento en dos obras, la *Doctrina secreta e Isis sin velo*, traducidas todas ellas a numerosos idiomas, entre ellos el español. En esta última, inspirada en la mitología egipcia, es donde mejor quedan reflejadas estas ideas sobre el papel de la mujer.

Algunos estudiosos del teosofismo han puesto en evidencia la concepción de Blavatsky y Besant al respecto³⁹. La idea básica de estas autoras era no sólo la búsqueda de la liberación de la mujer sino la creación de un verdadero poder femenino. Blavatsky estimaba que la emancipación de la mujer y la instauración de un poder femenino no podría conseguirse si no se originaba de una manera natural, como resultado de la evolución de la opinión pública occidental en materia religiosa. Según ella, la vuelta al arcaísmo religioso, las tentativas de sincretismo y ecumenismo precisaban la restauración de las antiguas creencias del poder divino de la mujer. Blavatsky estimaba que la mujer no podría emanciparse si no se

conseguía minar el poder del dios masculino de Israel y de los dioses del mismo sexo con los que podía identificarse, es decir, el dios de los cristianos y el de los musulmanes. En tal sentido, las ideas básicas que debían guiar a los teosofistas eran, aunque no claramente explícitas, las siguientes:

«1. El culto a la diosa madre y la práctica de las virtudes femeninas existía casi exclusivamente en la India y en el Tibet, y era necesario poner de moda la religión hindú, restituyéndole sus valores arcaicos.

2. Como el movimiento teosófico por sí solo era demasiado débil para atacar eficazmente las religiones cristianas, musulmana y judía, era necesario utilizar un poderoso aparato oculto, la masonería, para luchar contra el dios masculino, los sacerdotes y la iglesia.

3. Resultaba indispensable abrir a Occidente a las doctrinas budistas, introducir la práctica del yoga, interesar al público en los misterios de Oriente.

4. Para luchar contra la supremacía masculina era necesario difundir, de palabra y por escrito, las ideas opuestas al principio masculino, defender la paz universal, condenar la guerra, predicar la igualdad de los sexos, liberar a la mujer de su cuerpo, conseguir que el amor triunfe sobre la violencia»⁴⁰.

El interés despertado en las autoras teosofistas por la India, las tradiciones orientales y el budismo sin duda tiene que ver con esta cuestión, aunque también con otras. La mitología hindú, en efecto, proveía de todo un arsenal de argumentos que relacionaban mujer y naturaleza. Ya se ha señalado que una de las características del pensamiento teosófico era su panteísmo naturalista: «Dios es todo, y todo es Dios», decía Helena Blavatsky, y por tanto

la naturaleza en su conjunto es sagrada. Por otra parte, en la interpretación que los teósofos hicieron del budismo ocupaba un papel central su concepción de la materia, que identificaban con el *Prakriti*, la materia dispuesta para formar el Universo. Pues bien, el *Prakriti* se identifica a su vez con el principio femenino, como la que hoy en día puede ser considerada como principal representante del ecofeminismo, Vandana Shiva, explícitamente nos recuerda:

«La manifestación de esta fuerza, de esta energía, recibe el nombre de naturaleza (*Prakriti*). La naturaleza, animada e inanimada, es así una expresión de Shakti, el principio femenino y creador del cosmos»⁴¹.

Esta línea de pensamiento se explicitará con toda claridad en los escritos de otra dirigente teosófica, de origen hispano-inglés, la Duquesa de Pomar, que a través de su interpretación esotérica del budismo defendía la consecución de la primacía del «cerebro femenino» concebido como el instrumento fundamental de la mutación de la humanidad hacia una nueva raza capaz de asegurar la paz universal⁴².

En 1893 Annie Besant se trasladó a la India, estableciéndose en Benarés, donde desarrolló una incesante actividad, en especial en el terreno educativo: fundación en 1898 del Central Hindu College (Benarés), la Central Hindu Girl School en 1904 y la University of India en Adyar (1907), entre otras importantes iniciativas. Al mismo tiempo difundía la doctrina teosófica a través de publicaciones y numerosas conferencias. Entre estas actividades, obviamente tuvo un importante papel el de la educación de la mujer india, pero desde un

punto de vista alejado del de su período de atea y militante socialista. Ahora Besant enfocaba el problema de la emancipación femenina en estrecha vinculación con las tradiciones indias, poniendo especial énfasis en aquellos aspectos relacionados con su independencia individual a través de un desenvolvimiento de las cualidades que caracterizaban a la mujer india del pasado⁴³. Además, daba a esta tarea un carácter de movimiento nacional que pronto la llevó a intervenir decididamente en el terreno de la política hasta llegar a convertirse en el principal dirigente del Congreso Nacional Indio.

Primera expresión de ello fue la fundación en 1913 del semanario *Commonwealth*, en el que defendió para la India posiciones autonomistas dentro del marco del Imperio Británico. Poco después, adquirió el más antiguo periódico de la India, *The Madras Standard*, al que cambió el nombre por el de *New India*, que pronto se convirtió en el principal propagador del ideal autonomista que defendía. Al acabar la Guerra Mundial, sus denuncias del incumplimiento de las promesas del Gobierno británico al pueblo indio fueron motivo de que la arrestaran, aunque poco después fue puesta en libertad. Su liberación se convirtió en una inmensa movilización del fervor popular y en diciembre de 1917 fue nombrada presidenta del Congreso Nacional Indio.

En este período Besant tuvo como activo colaborador a Mohandas Gandhi, el líder de la independencia india, que había entrado en contacto con Blavatsky y Besant en Inglaterra a finales del siglo XIX. Aunque no parece que Gandhi compartiera con Besant los ideales

autonomistas⁴⁴. Posteriormente, sin embargo, ambos personajes se distanciaron, a partir del momento en el que Gandhi radicalizó sus posiciones y lanzó el movimiento de desobediencia civil, con el que Besant no estuvo de acuerdo por el derramamiento de sangre a que dio lugar.

Este distanciamiento no modificó la alta consideración de Gandhi por la teósofa. Con motivo del jubileo de Annie Besant en julio de 1924, Mohandas Gandhi le dirigió el siguiente mensaje:

«Todos sabéis que por desgracia disiento de la doctora Annie Besant en algunos puntos de vista políticos y de principios, pero esto no ha rebajado en ningún sentido la opinión que de ella he formado: es una mujer de carácter superior, noble propósito, incesante energía e indomable voluntad. Ama la India con la devoción de una hija. Su actividad y esmero causan nuestra envidia. Su valor nunca brilló más intensamente como cuando, a riesgo de perder su popularidad, se opuso a la no-cooperación. ¡Que viva muchos años para servir a la India y a la Humanidad!»⁴⁵.

La emergencia de la problemática ambiental y el movimiento de liberación de la mujer

Si bien las sociedades proteccionistas tienen su origen en el siglo XIX, fue solamente a partir de la Segunda Guerra Mundial cuando empezaron a articularse medidas globales, más allá de los límites nacionales, en un cierto espíritu de lo que se ha denominado una «ética de la conservación del paisaje»⁴⁶. En cierta forma tiene razón el italiano Dario Paccino

cuando señala que el alba del sol ecológico puede ser datada a partir de Hiroshima y Nagasaki ⁴⁷. En 1948, por iniciativa de la Unesco, se constituyó en Fontainebleau la Unión Internacional para la Protección de la Naturaleza, cuyos fines declaraban garantizar la «perpetuación de la naturaleza salvaje y de los recursos naturales sobre una base mundial» ⁴⁸. El impulsor de la iniciativa fue Julian Huxley, un ilustre darvinista y eugenista, que en los años 30 escribía:

«Cuando la eugenesia se haya convertido en práctica corriente, su acción [...] estará enteramente dedicada, al principio, a elevar el nivel medio, modificando la proporción entre los buenos y los malos linajes, y eliminando en lo posible las capas más bajas, en una población genéticamente mezclada» ⁴⁹.

Huxley formaba parte del grupo de biólogos de orientación más o menos izquierdista (Huxley, Jennings, Haldane, Muller...) que a partir de los años treinta se habían distanciado de la corriente eugenésica y malthusiana principal, cuyos presupuestos consideraban que no eran conciliables con los nuevos aportes de la ciencia en relación a la herencia y que, además, había sido demonizada por el uso de las mismas en la Alemania hitleriana. Las observaciones de que individuos pertenecientes a la misma clase económico-social presentaban disparidades en cuanto a la inteligencia les llevó al rechazo de la noción de «raza», paulatinamente sustituido por la de «población»:

«Según la reforma eugenésica, la sociedad solicitaba la contribución reproductiva de todos los componentes. La preocupación de la corriente principal por «la raza» daba paso al interés por

«la población». La terminología denotaba algo más que un simple cambio de palabras, reflejaba la creencia de los reformadores de que los atributos más valiosos se daban en la mayor parte de las clases sociales, y que debía estimularse lo mejor que ofrecía la variedad humana» ⁵⁰.

La introducción de la noción de «población» en el pensamiento eugenésico representa en cierta forma una mundialización de la problemática, paralelamente a como se había mundializado la problemática ambiental, y sintonizaba claramente con los nuevos planteamientos neomalthusianos que se estaban desarrollando en relación con la problemática del medio ambiente. Sin embargo, no es demasiado difícil encontrar un hilo conductor entre estas nuevas formulaciones y las ideas de los primeros socialdarwinistas y malthusianos (Royer y la primera Besant, por ejemplo) y eugenistas (Galton, Pearson): de la degeneración de la «raza» por causa de la multiplicación de los débiles se ha pasado a los problemas medioambientales causados por la explosión demográfica que amenazaban a la Humanidad. De los problemas de la «raza» se ha pasado a los problemas de la población del globo; de la «degeneración racial», a la «degradación del medio ambiente». Podría decirse que entre los eugenistas la variable independiente era la «raza», mientras que entre los ambientalistas neomalthusianos es la «población». En otro sentido podría decirse también que mientras los socialdarwinistas y eugenistas asignaban a la idea de «raza» un cierto contenido clasista en el seno de los respectivos marcos nacionales, los ambientalistas sitúan el análisis de los problemas poblacionales en el marco global de las relaciones Norte/Sur, países ricos/países po-

bres. Es la adecuación de un cierto esquema mental a las nuevas condiciones de la «nave espacial Tierra», como la denominó el economista Boulding.

A principios de 1970 toda la problemática asociada al medio ambiente saltó a un lugar protagonista en las preocupaciones públicas con motivo de varios acontecimientos, de los que sólo cabe recordar la gran difusión del primer informe del Club de Roma (*Los límites del crecimiento*, 1971), la Conferencia de Estocolmo (1972) y la irrupción de la crisis energética también en estos años. La explosión de estas temáticas y preocupaciones, gestadas desde años atrás, ha continuado con posterioridad su imparable expansión. La emergencia de este fenómeno, que pronto ha ido tomando la forma de lo que se ha denominado una «crisis de civilización», ha ido generando en su seno y en su entorno una serie de manifestaciones que, aunque presentadas frecuentemente como problemáticas propias de los tiempos más recientes, en realidad presentan una estrecha relación con las formulaciones que a lo largo de este texto hemos ido exponiendo a través de las figuras de Clémence Royer y Annie Besant.

Con la explosión ecologista de los años 70 no se produjo una convergencia de intereses con el movimiento feminista que se había desarrollado después de la Segunda Guerra Mundial. Muy vinculado a la tradición socialista y marxista, este feminismo tuvo uno de sus hitos más significativos en la obra de Simone de Beauvoir *El segundo sexo*, y se caracterizaba por su reivindicación de los derechos de la mujer en términos de igualdad con el hombre, siendo en tal sentido heredero del sufra-

gismo decimonónico y de las mujeres que desarrollaron su actividad en los movimientos revolucionarios de la primera mitad de siglo. Será en esta misma tradición en la que se producirán los primeros intentos de aproximación de ambas problemáticas, siendo quizás el primer de tales escritos el último capítulo del libro titulado *La dialéctica del sexo*, escrito en 1973 por la destacada feminista norteamericana Shulamith Firestone, titulado precisamente «Feminismo y ecología»⁵¹. En Francia y por esos mismos años Françoise d'Eaubonne publicó un par de libros sobre la misma cuestión titulados *Ecologie-Féminisme. Révolution ou mutation?* y *Féminisme ou la mort*, que sirvieron de base teórica del denominado «Mouvement Ecologie-Féminisme Révolutionnaire». Herbert Marcuse, por su parte, abordó también someramente la cuestión en *El hombre unidimensional*, al igual que el filósofo germano W. Harich. Dentro de la literatura militante ecologista pueden encontrarse unos pocos artículos dedicados a establecer puentes entre ambos movimientos.

Dado su carácter pionero, vale la pena señalar algunos de los elementos del trabajo de Firestone. La radical norteamericana parte de la existencia de una coincidencia de objetivos entre los dos movimientos, que sintetiza en la necesidad de control de las nuevas tecnologías con fines humanos, estableciendo así un equilibrio beneficioso para el hombre y el medio. Esta coincidencia de objetivos la concreta, además, en dos aspectos: primero, el control de la fecundidad, como consecuencia de la necesidad de poner bajo control la explosión demográfica, el uso de anticonceptivos y el control

de la natalidad/reproducción artificial y, segundo, lo que denomina *cybernation*, palabra con la que expresa la conveniencia de la adopción por parte de máquinas de determinadas funciones laborales. Termina señalando que «el movimiento feminista tiene la misión esencial de crear la aceptación cultural del nuevo equilibrio ecológico necesario para la supervivencia de la raza humana en el siglo XX»⁵².

Es obvio que el planteamiento de Firestone no hace, conscientemente o no, otra cosa que retomar viejos esquemas del malthusianismo y el movimiento eugenésico, en un marco aun de confianza en las posibilidades del progreso asociado al conocimiento científico. Sin embargo, la futura relación entre movimiento feminista y ecologismo no irán, al menos de forma general, en esta dirección.

En los años 80 van surgiendo una serie de formulaciones que pretenden orientar la reflexión feminista por caminos bastante diferentes. En primer lugar, aparecen una serie de trabajos de tipo histórico en los que se reformula la relación entre naturaleza y cultura en clave feminista. Entre ellos se pueden citar los de Carolyn Merchant (1980)⁵³ y Brian Easlea (1981)⁵⁴. Común en ellos es su reivindicación de la «feminización de la Naturaleza», concepción que habría estado vigente hasta el Renacimiento, momento en que, con la revolución científica, se legitima el proyecto racionalista de expoliación de la Naturaleza y, paralelamente, la marginación del saber ancestral femenino y el encumbramiento del sexismo científico.

Durante este período comienzan a hacer fortuna una serie de nuevos conceptos, entre ellos

el de «género» y «diferencia», cuya emergencia hay que relacionarla no sólo con el tipo de trabajos antes señalados sino también con una serie de transformaciones en el ambiente cultural de los países más desarrollados, entre ellos el descrédito creciente de las teorías marxistas y, en general, del pensamiento de izquierdas, al que tan vinculado había estado el feminismo.

El nuevo feminismo que se desarrolla en la década de 1980, al que algunos autores han calificado de feminismo cultural, presenta notables diferencias respecto al del período anterior, puesto que equipara la liberación de la mujer al desarrollo de una contracultura femenina que debe remplazar a la cultura dominante (en estos grupos se encuentra el movimiento anti-pornografía, el ecofeminismo y el movimiento pacifista-feminista, aunque desde luego con posiciones ideológicas muy diversas). Abogan por el mantenimiento de las diferencias de género. En su versión más radical, hay quienes afirman que los hombres son mutantes y que pueden eliminarse a sí mismos con el tiempo, y una de ellas, Sally Gearhart, insiste en que la conservación del planeta exige «que se reduzca la proporción de hombres y se mantenga aproximadamente en el 10% de la raza humana»⁵⁵.

Mientras que tradicionalmente el feminismo, aunque destacando la dimensión psicológica de la opresión de las mujeres, comprendía la importancia de analizar y cuestionar la base material del patriarcado, el feminismo cultural se ha interesado sobre todo por alimentar una conciencia femenina alternativa más que por un cambio de estructuras. En este sentido, tal

como señala Alice Echols, mientras las primeras consideraban la necesidad de una revolución sexual más amplia que la revolución socialista que permitiría erradicar todo el sistema de clases, las segundas ven al capitalismo y al socialismo igualmente perjudiciales para las mujeres: existe una total incompatibilidad entre izquierda y feminismo y sólo éste erradicará la opresión de clase y racial, dada la total superioridad y comunidad de las mujeres⁵⁶.

La formulación más completa que conocemos de estas ideas integradoras de la problemática ecológica y de la mujer se debe a la física y filósofa de la ciencia Vandana Shiva, militante feminista y ecologista india, en su libro *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*⁵⁷, publicado en 1988. Aunque bastante más matizada en sus propuestas, la obra es un serio intento de integrar el análisis de ambas cuestiones bajo un punto de vista común.

Basándose desde un punto de vista histórico en gran medida en la obra de Carolyn Merchant ya comentada, desde un punto de vista metodológico está claramente inspirada en las corrientes anti-método, tan bien representadas por la obra de Paul Feyerabend, al que incorpora numerosos elementos de la tradición hindú. Su feroz crítica al pensamiento ilustrado y a la tradición científica occidental tiene su complemento en la reivindicación de las formas de conocimiento tradicionales, lo que «obliga a echar abajo la distinción entre lo sobrenatural y lo natural, lo racional y lo irracional, lo social y lo científico»⁵⁸.

Es inevitable, al leer tales formulaciones, pensar en Annie Besant. Al igual que la teósofa,

pone en el centro de su argumentación la idea de *Prakriti*, el principio femenino, cuya reivindicación es del todo imprescindible para la supervivencia:

«La recuperación del principio femenino —dice— es un desafío intelectual y político al mal desarrollo como proyecto patriarcal de dominar y destruir, de violentar, subyugar y desposeer a la mujer y a la naturaleza y prescindir de ambas. La política de la vida centrada en el principio femenino pone en tela de juicio los principales postulados no sólo de la economía política sino también de la ciencia de los procesos que amenazan la vida»⁵⁹.

La obra de Shiva, valiosa en diversos aspectos, no llega a pronunciarse explícitamente por una vuelta a la irracionalidad, limitándose a defender la existencia de varias racionalidades. Un matiz también presente en Feyerabend, que no ha impedido que uno de sus textos de mediados de 1980 tuviera el muy explícito título, que hay que interpretar en el más literal de los sentidos, de *Adiós a la razón*⁶⁰.

Conclusión: el futuro y la Dra. Bárbara

No hace mucho el escritor J. G. Ballard ha publicado una novela titulada *Fuga al Paraíso*⁶¹, en el que se aborda en clave novelada diversos tópicos de la acción de los militantes ambientales. Situada en el marco de un atolón francés en el Pacífico amenazado por unas pruebas nucleares, tiene por protagonista a la Dra. Bárbara, que llevará hasta sus extremos su radicalismo ecofeminista en el mencionado atolón, al que intenta convertir en el Paraíso en el que forjar su utopía.

Aunque la novela no merezca un excesivo interés, su construcción a base de lugares comunes y noticias que en los últimos tiempos han ocupado con frecuencia los titulares de los periódicos le confiere un carácter no del todo irreal. El catastrofismo que impregna la parte final de la obra y la presentación extremadamente cruel de las consecuencias últimas, pero no ilógicas, de ciertas líneas de pensamiento y acción, que transmuta la defensa de los animales en la caza y exterminio del varón, seguramente habrá provocado las iras de los colectivos más directamente aludidos, es decir, las feministas y los ecologistas, en lo que, desde luego, razón no les faltará.

Sin embargo, en momentos en que ciertas formulaciones, ya sean inspiradas en tradiciones más o menos exóticas, irracionalismos o determinismos de diverso cuño, están teniendo

un amplio predicamento, seguramente no está de más reflexionar sobre las consecuencias últimas de determinadas formas de mal razonar. El rechazo de la tradición ilustrada o el cuestionamiento de la ciencia y de la razón, hechas frecuentemente de forma frívola y banal, no contribuirán sin duda a la revisión crítica de una determinada tradición de pensamiento, a la que se deben muchos de los males que aquejan a nuestro medio y nuestra sociedad pero a la que debemos también la mayor parte de sus beneficios. Difícilmente podrán encontrarse salidas a la compleja y delicada situación de nuestro tiempo recurriendo al irracionalismo y a la confusión. Aunque la tradición clásica griega señala que el orden nace del caos, nada nos dice sobre si siempre será así o de si el emergente nuevo orden tendrá alguna dimensión realmente humana.

49

NOTAS

¹ Urteaga, L., «Explotación y conservación de la naturaleza en el pensamiento ilustrado», *GeoCrítica*, n.º 50, págs. 3-49, 1984, y Urteaga, L., *La tierra esquilada. Las ideas sobre la conservación de la naturaleza en la cultura española del siglo XVIII*, Serbal/CSIC, Barcelona, 1987.

² Glacken, C. L., *Traces on the Rhodian Shore. Nature and Culture in Western Thought from ancient times to the end of the Eighteenth Century*, Berkeley, University of California Press, 1973 (trad. esp.: *Huellas sobre la arena de la playa de Rodas*, Serbal, Barcelona), 1995.

³ Merchant, C., *The death of nature: women, ecology and the scientific revolution*, Harper and Row; Easlea, B., *Science and sexual oppression. Patriarchy's confrontation with woman and nature*, Weidenfeld and Nicolson, 1981.

⁴ Fleck, L., *La génesis y el desarrollo de un hecho científico*, Alianza Universidad, Madrid, 1980.

⁵ Citado por Clark, L., «El darwinismo social en Francia», *Mundo Científico*, Barcelona, n.º 79, pág. 408, 1988.

⁶ Lenclud, G. 1990. «L'empire de la synthèse», Prefacio a la edición facsímil de Royer, C., *Origine de l'homme et des sociétés*, París, Guillaumin et Cie, Victor Masson et Fils, pág. VI, 1870. Además del trabajo citado, el estudio de la personalidad de C. Royer puede encontrarse en Fraisse, G., *Clémence Royer, philosophe et femme de sciences*, La Découverte, París, 1985; Fraisse, G., «Clémence Royer (1830-1902): lecture de Darwin et regard féministe», *Raison présente*, n.º 67, págs. 87-103, 1983. Informaciones complementarias pueden igualmente hallarse en Clark, L., «El darwinismo social en Francia», *Mundo Científico*, Barcelona, n.º 79, págs. 406-414, 1988, y en Conry, Y., *L'introduction du darwinisme en France au XIX e siècle*, Librairie Philosophique J.Vrin, París, 1974.

⁷ Royer, C., «Lettre de Cl. Royer à A. de Quatrefages», reproducida en Conry, 1974, pág. 437, 1891.

* Hablando de la lucha por la supervivencia y la selección natural, Royer señalaba: «Nous touchons ici à la loi de Malthus, c'est-à-dire qu'une certaine quantité limitée de vie étant possible à surface du monde, il résulte fatalement de la multiplication en raison progressive des représentants de chaque espèce, que dans toute espèce un certain nombre d'individus sont fatalement voués à la mort» (Royer, pág. 13, 1870).

⁹ Lo que Darwin no compartía y que, junto con el anticlericalismo feroz de Royer, muy explícito en el prólogo y notas de la traducción francesa de *L'Origine*, llevó al naturalista inglés a suspender sus relaciones con su traductora francesa.

¹⁰ Como muy bien señala G. Lenclud (págs. I-IV, 1990). Estas mismas características, formuladas, además, en términos muy parecidos, pueden encontrarse, por poner un ejemplo significativo, en E. Haeckel.

¹¹ Royer, pág. 501, 1870.

¹² Royer, pág. 548-549, 1870.

¹³ Royer, págs. 549, 1870.

¹⁴ Royer, págs. 515, 1870.

¹⁵ Royer, págs. 516, 1870.

¹⁶ Royer, C., «Préface» a Darwin, Ch., *De l'origine des espèces par sélection naturelle*, París, págs. XXXIV-XL, 1862.

¹⁷ Royer, C., «De la protección de las riquezas naturales», *Revista forestal, económica y agrícola*, Madrid, págs. 61-73, 307-321, 1870.

¹⁸ Arrillaga, F. de P., «De la protección de las riquezas naturales (Conclusión)», *Revista forestal, económica y agrícola*, Madrid, págs. 466-477, 1870.

¹⁹ Royer, pág. 61, 1870.

²⁰ Royer, pág. 64, 1870.

²¹ Royer, pág. 70, 1870.

²² Royer, pág. 308, 1870.

²³ Royer, pág. 314, 1870.

²⁴ Royer, pág. 321, 1870.

²⁵ Armenteras, A. A. de, *Árboles y montes*, Imprenta de Ricardo Rojas, Madrid, 1903. Prólogo de Francisco de Paula Arrillaga, 1903.

²⁶ Armenteras, A. A. de, «Influencia de la mujer en la solución del problema forestal», *Revista de Montes*, Madrid, págs. 599-605, 650-656, 676-682, 1913.

²⁷ Royer, C., «Prólogo» a la quinta edición francesa (1872) de *L'origine des espèces*, reproducido en Thuillier, P., *Les biologistes vont-ils prendre le pouvoir?*, Editions Complexe, Bruselas, 1981, págs. 309-312. La cita corresponde a la página 309.

²⁸ *Op. cit.*, pág. 311.

²⁹ Entre ellos la muy difundida *Historia natural de la Creación*, que verá sucesivas ediciones a partir de la primera alemana de 1868 y que fue traducida a diversos idiomas.

³⁰ Besant, A., *Autobiografía*, pág. 79: «Me sentía ultrajada, desesperada, sin hallar puerta de escape de una vida que, perdida la fe en Dios, no me había enseñado a vivir confiando en el hombre», Editorial Eyra, Madrid, 1980.

³¹ Besant, pág. 123: «Bueno será para la humanidad que se trasciendan los credos y dogmas, que se desvanezca la superstición y que la clara luz de libertad y de la ciencia alborce sobre la tierra regenerada; pero será bueno tan sólo si los hombres estrechan los vínculos de la rectitud, del honor y de la verdad», 1980.

³² Kevles, D. J., *In the name of eugenics. Genetics and the use of human heredity*, Nueva York, 1985. Traducción española: *La eugenesia: ¿Ciencia o utopía? Una polémica que dura cien años*, pág. 28, Planeta, Madrid, 1985.

³³ Besant, pág. 81, 1980.

³⁴ Besant, pág. 129, 1980.

³⁵ Annie Besant explicó su conversión al teosofismo en una carta publicada en el *National Reformer* el 30 de junio de 1889. También se publicó en la misma fecha otro escrito de Charles Braudlaug, que supuso el distanciamiento público de ambos personajes.

- ³⁶ Besant, pág. 266, 1980.
- ³⁷ En relación a la teoría de la evolución, este proceso ha sido estudiado por Bowler, P. J., *El eclipse del darwinismo. Teorías evolucionistas antidarwinistas en las décadas entorno a 1900*, Labor, Barcelona, 1985.
- ³⁸ Una excelente exposición de los fundamentos y características del movimiento teosófico puede encontrarse en la entrada «Teosofismo» de la Enciclopedia Espasa Calpe, que además suministra numerosas y detalladas informaciones. Fue escrita a mediados de los años 1920, y la propia extensión del artículo da una ajustada idea de la importancia de esta corriente en aquellos momentos.
- ³⁹ Lantier, J., *La Théosophie*, Culture, Art, Loisir, 1970. Existe una traducción española con el título *La Teosofía*, Martínez Roca, Barcelona, 1978.
- ⁴⁰ Lantier, págs. 89-90, 1978.
- ⁴¹ Shiva, V., *Staying Alive. Woman, ecology and Survival*, Zed Books, Londres, 1988. Traducción española: *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*, Horas y Horas, Madrid, pág. 77, 1995.
- ⁴² Lantier, pág. 81, 1978.
- ⁴³ Sala de Sellares, M., «Apéndices» a Besant, pág. 280, 1980.
- ⁴⁴ Woodcock, G., *Gandhi*, Grijalbo, pág. 71, Barcelona, 1983.
- ⁴⁵ Citado por Sellares, M., «Apéndices» a Besant, pág. 289, 1980.
- ⁴⁶ Terán, M. de, «Una ética de conservación del paisaje», en *Pensamiento geográfico y espacio regional en España*, págs. 105-120, Universidad Complutense de Madrid, 1982.
- ⁴⁷ Paccino, D., *El embrollo ecológico. La ideología de la Naturaleza*, Avance, pág. 75, Barcelona, 1975.
- ⁴⁸ *Op. cit.*, pág. 76.
- ⁴⁹ Huxley, J., *Essais d'un biologiste*. La cita está tomada de Thuillier, P., «La tentación de la eugenesia», *Mundo Científico*, 38, pág. 778, Barcelona, 1984.
- ⁵⁰ Kevles, D. J., *La eugenesia, ¿ciencia o ideología?*, pág. 149, Planeta, Barcelona, 1986.
- ⁵¹ Firestone, S., *The Dialect of Sex*, William Morrow & Co, Nueva York, 1973. Traducción española: *La dialéctica del sexo*, Ed. Kairós, págs. 241-253, Barcelona, 1976.
- ⁵² Firestone, pág. 253, 1976.
- ⁵³ Merchant, C., *The death of nature: women, ecology and the scientific revolution*, Harper and Row, Londres, 1980.
- ⁵⁴ Easlea, B., *Science and sexual oppression. Patriarchy's confrontation with woman and nature*, Weidenfeld and Nicolson, 1981.
- ⁵⁵ Gearhart, S., «The Future-If There Is One-Is Female», 1982, en Mcallister, P. (ed.), «El ello domado: la política sexual feminista entre 1968-83», 1984, en Vance, C. S., *Pleasure and Danger: Exploring Female Sexuality*, Routledge & Kegan Paul, 1984. Traducción española: *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*, Editorial Revolución, pág. 83, 1989.
- ⁵⁶ Echols, págs. 86-88, 1989.
- ⁵⁷ Shiva, V., *Staying Alive. Woman, ecology and Survival*, Zed Books, Londres, 1988. Traducción española: *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*, Horas y Horas, pág. 1995.
- ⁵⁸ Shiva, pág. 68, 1995.
- ⁵⁹ Shiva, pág. 45, 1995.
- ⁶⁰ Feyerabend, P., *Adiós a la razón*. Por si no fuera suficiente con el título general del libro, la conclusión de la primera parte lo tiene idéntico, terminando de la siguiente manera: «Sus denominadas filosofías (racionalistas) han envenenado nuestras vidas y torcido nuestras almas. Ya es hora de eliminar esta enfermedad de entre nosotros y retornar a ideas más modestas pero también más abiertas. Ya es hora de volver a apreciar la más amplia perspectiva de las visiones religiosas del mundo», pág. 101, Tecnos, Barcelona, 1984.
- ⁶¹ Ballard, J. G., *Fuga al Paraíso*. El original inglés es de 1994, Emecé Editores, Barcelona, 1995.



Botticelli. Ilustración de la historia de *Nastagio degli Honesti* del *Decamerón* de Boccaccio. Museo del Prado.

ESTEREOTIPOS FEMENINOS EN LA PINTURA

Pálidas y esquirolas

Carmen Pena López

La dicotomía entre dos principios, lo femenino y lo masculino, fomentado por la estética del siglo XIX, hace eco de los cambios estructurales de la sociedad industrial. El estereotipo femenino, débil y frágil, que tanto la pintura como la literatura representan, viene a significar la pérdida del poder de la mujer a través de su contribución en la economía familiar dentro del nuevo sistema económico que se estructura exclusivamente en la actividad laboral del hombre.

Pálidas...

Fue en el siglo XIX cuando se puso de moda el estereotipo de la mujer pálida, desvalida y enferma. Aquel modelo era la consecuencia del proceso de avance de la industrialización, que había trastocado los roles masculinos y femeninos, desplazando a la mujer como valor económico y como contribuyente al sustento familiar: recaída la responsabilidad y el poder económico en el hombre, privada la mujer de los medios para dedicarse con éxito a sus intereses, el matrimonio se convertiría en su objetivo imprescindible.

Como la moral decimonónica, y especialmente la victoriana, era puritana, uno de los pocos medios para no ofenderla por parte de la mujer y captar la atención de hombres y posibles maridos fue el de mostrarse frágil¹.

El desmayo y el frasco de las sales se convirtieron en el reclamo para el varón, que fuerte y seguro de sí acudía protector a impedir aquel derrumbamiento con su brazo firme en torno a la delicada cintura. Así prosperó una peculiar enfermedad llamada «consunción», especie de «forma de suicidio por autosugestión aguda», con base real o irreal. Esa fragilidad supuesta de las mujeres, esa naturaleza enfermiza, era un gancho para adular la fortaleza de los hombres, para confirmarlos en su patriarcal papel dominante. Sin duda potenciaba también el rol paternalista de los patriarcas, que caían como moscas en la trampa psicológica tendida desde la fragilidad como envoltura de un erotismo morboso, que vería su culminación tanática en la amante tísica –*La dama de las camelias*– o en las cerúleas sifilíticas abismalmente tentadoras, uno de

53

cuyos ejemplares se representa en *Sífilis*, de Ramón Casas.

Simultáneamente, con el asentamiento del patriarcado en la sociedad occidental de fin de siglo arraigó la idea ya adquirida de que la vida –la naturaleza– se presenta siempre bajo un doble aspecto, el masculino y el femenino. Con el carácter masculino se identificaron el sentido de transcendencia, el espíritu, la voluntad, la conciencia y la fuerza de la acción; mientras que lo femenino se identificaría con lo intrínsecamente pasivo, inmanente y carnal. Esta idea la recogió y desarrolló especialmente Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*².

La idea y la imagen de lo femenino fundía así dependencia física y económica: fragilidad, enfermedad, etc., iban ligadas a pasividad y falta de iniciativa, al menos aparente. La mujer matrimoniable debía aparentar sumisión y no mostrar sus iniciativas –ni amorosas, ni intelectuales–, todo ello manteniendo la gracia, el encanto y el atractivo de su sexo. Así se puso de moda la mujer que espera –o que irremediamente tenía que simular que esperaba– tejiendo una sutil enredadera para atraer y cazar al hombre desde esa postura impuesta por la moral y por la sociedad patriarcal.

Este estereotipo se plasmó en la literatura y en las artes plásticas, a lo largo de un abanico de diferentes modelos, unos explícitos, otros emboscados en metáforas de color o formales identificados con ese ideal femenino. Así el estereotipo de la mujer pálida y frágil dominó la pintura de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos de éste, calando de manera firme en los modelos del Simbolismo y del Moder-

nismo. Por transferencia los modelos de paisajes finiseculares –realistas o idealistas–, considerados por la crítica y teoría del arte como «femeninos»– integrarían lógicamente el encanto de la palidez.

En efecto, la teoría del arte y la crítica interpretaron a su vez aquellos modelos identificándolos con la esencia de lo femenino, en los términos que había impuesto el pensamiento de la época: es decir, el nivel estético y el nivel creativo introyectaron el constructo ideológico de lo femenino y lo masculino y lo proyectaron en imágenes diversas. Además el pensamiento religioso reforzaría todo ello: la maldad –inherente a la inductora al pecado original y a la perdición de la sociedad cristiana– sería exorcizada con una serie de imágenes estereotipadas de la mujer, que sólo funcionarían positivamente si la mujer como sierva dependiente renunciaba a cualquier iniciativa y acción en el nivel superior del espíritu, de la voluntad o de la historia.

Lo femenino así «controlado» se situaba en un segundo plano respecto a lo masculino, lo cual entrañaba un radical machismo, que estéticamente se emboscaba tras la concesión de encantos privativos de la identidad femenina a aquellos elementos del mujerío que se sometían al estereotipo sin visos de rebelión.

Las transposiciones plásticas de este modelo de feminidad han aparecido una y otra vez a lo largo de la historia de la pintura, en especial a partir del fin de siglo, y en concreto en la pintura y la ilustración modernista y simbolista: la modernista *Isolda* de Beardsley, por ejemplo (1890), se identifica con lo pálido, muchas

veces representado en el color blanco, simbólicamente ligado a lo lunar y a la luna misma, que recibe y refleja la luz³. La fragilidad sutil representada por la pulsión nerviosa de la línea expresa el modelo de enferma por «con-sunción», elegante y estilizada; los desnudos pálidos, lunares y enfermizos del simbolista Maurice Denis en *Atardecer trinitario* (1891) tienen tanto de referencias al primitivismo flamenco, como de identificación con esos modelos femeninos de época que hemos comentado, fundiendo la fragilidad a la magia encantadora y misteriosa de lo nocturno.

Siempre que el color adquiere un papel esencialmente simbólico, lo femenino se representa en un color y lo masculino en otro desde los orígenes de la pintura: recordemos, por ejemplo, las pinturas o las esculturas pintadas egipcias. Ese hecho se replanteó en la pintura modernista y simbolista finisecular, la cual recogió esa tradición simbólica y la cruzó con los modos femeninos y masculinos de época arriba comentados: un maravilloso ejemplo de ello es la pareja de Klimt en *El beso* (1908): ella desmayada, lívida y frágil, con su pelo de fuego rojo, es besada sensual y protectoramente por el hombre representado en oscuro frente a la palidez femenina.

Naturalmente, no actúa sistemáticamente la proyección de ese estereotipo, sobre todo cuando el carácter simbólico y decorativo de la pintura no era el objetivo: es decir, cuando la carga literaria desciende en pro de la pintura ambiental, de los efectos realistas interpretados en procesos sintéticos o analíticos, disminuye la proyección del estereotipo, si bien reflota con cadencia regular, incluso en el

vanguardismo del siglo xx. Así esa dicotomía esencial entre lo masculino y lo femenino se muestra por ejemplo en los maniqués de Chirico representando a *Héctor y Andrómaca* (1917).

... y esquirolas

La actitud de la que espera fue la proyección de una mentalidad patriarcal y conservadora, que idealizó y sublimó la falta de iniciativa femenina, tanto en el terreno sexual como en el social e histórico. Hasta tal punto ha sido esto así, que con frecuencia se enfrentó comparativamente este modelo al de la mujer rebelde, activa o revolucionaria, incluso en los textos de crítica artística.

Trabajando en torno a la pintura española de fines de siglo encontramos un texto del crítico José Francés, que no tiene desperdicio al respecto. El texto trata sobre el pintor Juan Llimona y aparece en la revista *El año artístico* de 1915; en él se refiere al cuadro *Soledad* del pintor mencionado, que destacó en la exposición nacional de aquel año; en él se representaba a una mujer tendida en las arenas de la playa, esperando que la otra naturaleza hostil le devolviese a los hombres por ella devorados (el cuadro está hoy en paradero desconocido). De nuevo la pasividad y la espera identificada con lo femenino de bien, y en aquel caso con lo catalán. Tan pasiva y «bondadosa» era esta *Soledad* como lo eran sus hermanas urbanas —continúa el texto—, «las que en la ciudad llenan los talleres, las fábricas y que en los días de algarada no lanzan piedras ni blasfemias como los hombres sublevados, sino que ruegan por ellos en la paz sentimental de la estancia...»⁴.

Con esta imagen femenina se identifica el más celoso patriarcalismo: la de la guardadora de las esencias, la que reproduce la fuerza de trabajo mientras espera, la que sugiere sin intervenir activamente en la historia, la que no se debe jamás identificar con las actividades revolucionarias a riesgo de perder la identidad femenina ortodoxa.

El patriarcado dictaminó que cualquier mujer que se preciase dentro de la sociedad decimonónica debía esperar: esperar al amor, esperar ante la historia, esperar al marido infiel... al menos aparentemente. Esa conveniente actitud de la mujer espectante se proyectaría en el arte y la pintura contemporánea con frecuencia.

Todavía no se ha hecho un estudio definitivo sobre el retrato femenino y sus actitudes a lo largo de la historia, pero sin duda una de ellas e importante es la de la mujer que espera: desde la tranquila y elegante *Mme. Recamier* de Jacques-Louis David a las más descocadas Majas de Goya —remedos de las antiguas «Venus»— o a las sugerentes y sensuales damas finiseculares de la *chaise longue*, de la que fue heredera a principios del siglo xx la *Condesa de Noailles* de Zuloaga, buena parte de las imágenes de mujer esperaban, unas recatadas y modestas, otras provocadoras o sugerentes, pero todas esperando: que las eligiera el honesto caballero, o que las comiera el lobo feroz.

Nada más divertido y tiernamente erótico que aquellas fotografías de niñas lánguidas, tendidas sobre sillas o divanes modernistas, iniciándose en el aprendizaje de la espectante atrapadora: un brazo caído, el otro con la ma-

no sobre la desnuda rodilla, la pierna gordezuela y aún semicubierta por el oscuro calcetín.

La crítica de arte y las imágenes artísticas recogen la idea generalmente extendida de que lo femenino es por esencia troquel de lo inmanente. En el campo de la pintura, desde los pintores vanguardistas a los conservadores han recogido esta imagen: *La señora de Cézanne en el sillón amarillo* representa una actitud común en los modelos femeninos; estática y con la mirada ausente cruza sus manos sobre el regazo y espera.

El Picasso de la época azul funde frecuentemente los estereotipos de mujeres pálidas y a la espera con modernos retratos inmersos en la estética simbolista y modernista todavía, como en el caso de *La melancolía* (1902), figura de mujer ensimismada que responde al concepto moral y social de la época.

Rompería Picasso con ese concepto introyectado de lo femenino, tanto en cuanto a la actitud, como en lo que se refiere a las identificaciones simbólicas de color, cuando se iniciase en la revolución cubista, especialmente en *Las señoritas de Avignon*: en él, tomando el desnudo femenino como referencia clásica en el que confluyen humanismo occidental y primitivismo, no sólo experimenta formal y espacialmente con la descomposición de los volúmenes, sino que los modelos —las damas de un burdel, las mujeres de la calle que repudiaba Francés— explotan de vida y de acción desplegando los brazos, desperezándose e integrando todos los colores —símbolos de lo femenino y de lo masculino—, acabando con la dicotomía ab-

solita entre los dos principios, pues ambos están en la naturaleza y en la vida.

Contaminaciones paisajísticas

Un paisaje es el resultado de la mirada humana sobre determinado medio ambiental: la naturaleza existe sin el hombre, pero el paisaje no, y está determinado por la psicología y la sociología de quienes lo describen. De aquí que en ellos, en los métodos de descripción de la naturaleza y de la valoración de la misma se delaten los ideales de los que los suscriben y corroboran. La mujer —como naturaleza— sería considerada en muchas ocasiones como extensión del paisaje y viceversa, intercambiándose los adjetivos de uno a otro con cierta frecuencia. Las cualidades de gran parte de los paisajes suelen coincidir con las de esa mujer remanso del guerrero, así como esos paisajes suelen ser madre que nos protegen en su seno, y excepcionalmente son iluminados en su supuesto aspecto masculino⁵.

Los paisajes sobre los cuales se han proyectado supuestas cualidades masculinas se consideraron superiores teórica y estéticamente a aquellos femeninos encantadores: los prejuicios machistas harían inconscientemente este tipo de transferencia. Los paisajes encantadores, suaves y «aquietados» serían femeninos y por tanto supuestamente periféricos, mientras que los considerados estéticamente varoniles eran «activos», dominantes y dentro del territorio cultural y político de referencia representaban el centro.

Es en el seno de la estética de la diferencia donde han surgido proyecciones de este carác-

ter; la necesidad de defender una identidad ligada a un territorio y a una imagen sublimada del mismo llevó a transponer valores dominantes a éste y a relegar a otros: este fenómeno se repitió constantemente a partir del surgimiento del romanticismo y especialmente como proyección de los pensamientos regionalistas y nacionalistas. A partir de ahí todos los movimientos situados en la estela romántica —los llamados postromanticismos— incluido el postmoderno se cargaron de estos prejuicios estéticos.

Dentro del arte español contemporáneo la reciedumbre de lo masculino habría de identificarse con la imagen de Castilla y lo femenino con los otros paisajes regionales periféricos. La razón principal fue que en los tiempos de fines del siglo XIX y principios del XX España vio ascender las teorías y la problemática regionalista y nacionalista: las tensiones entre centro y periferia crearon una distorsión y una fragmentación de la imagen de España, que se proyectó en su representación plástica y en sus emblemas artísticos. Entre todos aquellos pensamientos diferenciales surgió fuerte el nacionalismo español «crítico», que redefinió la quebrada España a través de la idea y la imagen de Castilla⁶.

El ideario de aquel renovado liberalismo veía en Castilla y en el paisaje castellano —hasta entonces estéticamente denostado— la esencia de la razón hispana, veía en su cordillera central el «eje dorsal» de la nación, en sus llanuras desoladas el escenario de la gran historia imperial del país, en sus cerros milenarios los «testigos» mudos del paso del tiempo y de los acontecimientos geológicos, geográfi-

cos e históricos. Y después de esto –¿cómo no?– este paisaje fue identificado con valores y cualidades masculinos, mientras que los periféricos –salvo ciertas excepciones– recibieron halagos y piropos propios de sus supuestos atractivos femeninos: el castellano representaba la historia, la voluntad, el espíritu, la lucha activa; los periféricos el encanto pasivo, sin lucha, sin voluntad, la palidez, la espera.

Este sentido estético y mítico del paisaje castellano se montaría con terminología de la corriente positivista lastrada de cargas idealistas muy notables, entre los términos del krausismo y los del positivismo científico y metodológico. El núcleo de este pensamiento estaba representado por la Institución Libre de Enseñanza y aquella estética cristalizaría en el cambio de los modelos de paisaje literarios y pictóricos que difundió la Generación del 98. En cuanto a los pintores que representaron estas identificaciones estéticas, uno de los más destacados fue Aureliano de Beruete, totalmente identificado con la estética de Giner de los Ríos expresada en un texto sobre «Paisaje», que enarbolaba el paisaje de la estepa como símbolo de la reciedumbre española, como la imagen masculina de España, mientras que los paisajes del norte de la península eran encantadores, pasivos, sin voluntad y femeninos:

«[...] todo es gracia, armonía, proporción, encanto; los valles son cerrados y pequeños, los cerros bajos, pálidos el azul del celaje; el verdor de los árboles transparente; fresco y brillante el de los prados; la naturaleza entera sonrío en una media tinta que lo envuelve

todo y hace imposible la ruda acentuación de contrastes. Es la belleza femenina, expresión de una actitud desplegada sin lucha en un ritmo tranquilo. Aquí por el contrario (se refiere al paisaje serrano de Castilla, en concreto al Guadarrama) asoma por doquier el esfuerzo indomable que intenta abrirse paso a través de obstáculos sin cuento, y así como en un mismo día y lugar se suceden con rapidez vertiginosa el hielo y el ardor de los trópicos, así el sol deslumbra con un fulgor casi agrio en el fondo de un cielo de puro azul casi negro. Es la nota varonil, masculina que pudiera llamarse»⁷.

Este paisaje «varonil», hasta entonces inédito estéticamente, se convertiría en una imagen constante en la emblemática española, en un centro de referencia, plasmándose en las pinturas de Beruete con delicadeza extraordinaria, en las de Zuloaga, en las de las vanguardias españolas –Benjamín Palencia, Alberto Sánchez, Caneja, etc.– hasta llegar a la abstracción lírica del grupo El Paso, manteniendo siempre los atributos de la hombría y del poderío, cada vez que la crítica de arte y la historia del arte español se refieren a él. Una vez más las metáforas referidas al paisaje proyectaban las construcciones teóricas referidas a la dualidad masculino-femenino, y por enésima vez en la proyección de las mismas –en este caso– sobre los paisajes de la patria se da un papel dominante por supuesto al masculino, mientras que lo presunto femenino se relega transfiriéndole el papel de la frágil mujer que espera pasivamente a que la naturaleza y la historia la hagan los demás.

Coda final

La intensa palidez de Paloma Picasso la inventó su esposo para contrastarla con los ojos carbónicos e inmensos de su ibérico padre, y cuenta la protagonista que el *look* se le impuso definitivamente cuando un verano, morena

como un tizón mediterráneo, sus amigos la rechazaron horrorizados.

Así nos sometemos las mujeres a la voluntad de los hombres, que finalmente quedan atrapados por nuestra naturaleza, cumpliendo nuestro santo capricho.



59

NOTAS

¹ Klein, V., *El carácter femenino*, Ediciones Paidós Ibérica, 1990.

² Beauvoir, S., *El segundo sexo*, «Los mitos».

³ Portal, I., *El simbolismo de los colores. La antigüedad, la Edad Media y los tiempos modernos*, Ed. de la Tradición Unánime, 1989.

⁴ Francés, J., *Revista Año artístico*, 1915.

⁵ Pena López, C., «El concepto de lo femenino y lo masculino en la teoría del paisaje español», en *La imagen de la mujer en el arte español*, Ed. Universidad Autónoma de Madrid, 1984.

⁶ Pena López, C., «Centro y periferia en la modernización de la pintura española, 1876-1918», Introducción al catálogo de la Exposición *Centro y Periferia...*

⁷ Giner de los Ríos: «Paisaje», *La lectura*, 1915, vol. I.



Alexander Deineka, «Sobre la máquina», 1925.

ZONIFICACION Y DIFERENCIAS DE GENERO

Constanza Tobío

El urbanismo moderno basado en el principio de la zonificación implica también una división del espacio según el género. El espacio del trabajo es masculino y el espacio de habitar femenino. La coherencia de dicho modelo tradicionalista, aplicado hasta hoy, está en cuestión cuando los nuevos modelos económicos familiares están basados en la doble ocupación e ingresos.

El espacio y el tiempo se nos presentan como categorías básicas de configuración de la realidad; quizá por eso sea tan difícil asumir que su organización —igual que la de la economía, las instituciones sociales o los valores y las creencias— también es una construcción social¹. La gran aportación de la sociología urbana de los años sesenta fue concebir el espacio de la ciudad como resultante de las contradicciones de clase, escenario de conflictos sociales con su propia especificidad y no simplemente reflejo de los del mundo de la producción². Ello suponía situar claramente lo urbano en el ámbito de lo social (por tanto transformable), frente a la perspectiva anterior de la Ecología Humana de la Escuela de Chicago que concibe los procesos urbanos en analogía con los mecanismos darwinistas del mundo natural³.

Sin embargo, la planificación urbanística sigue fuertemente impregnada del espíritu del urbanismo moderno y racionalista de los años veinte y treinta, cuyos principios básicos se contienen en la Carta de Atenas⁴. La ciudad zonificada y racional se opone a la ciudad abigarrada e insalubre que caracteriza la industrialización del XIX, cuando en los ya densos espacios urbanos se localizan fábricas y talleres junto a viviendas obreras crecientemente hacinadas. Frente a eso, el urbanismo moderno propugna la segregación en espacios diferentes de fábricas y viviendas, así como niveles mínimos de soleamiento y ventilación para todos los espacios habitables. Pero había otros aspectos de la ciudad premoderna que también habían sido objeto de preocupación, como el temor a la posible insurrección de las «clases peligrosas», la promiscuidad ligada al hacinamiento, y la prostitución⁵, que quizá,

como señala Elizabeth Wilson, era en realidad un rechazo a la presencia de las mujeres en las calles, representada como una metáfora del horror de las masas descontroladas, como una ruptura del orden⁶.

62 Para el urbanismo moderno, el usuario de la ciudad se concibe como un *homo urbanisticus* racionalmente determinado en sus funciones principales –habitar, trabajar y circular–, que son extrapolables a cualquier contexto espacial o temporal⁷. Pero subyacen implícitamente algunos supuestos, como que la actividad económica principal es la industria o que el modelo familiar es el basado en la división de roles de género. Así, el principio de zonificación, según el cual a cada función y a cada individuo⁸ debe corresponder un espacio diferenciado, implica también una división del espacio según el género: el espacio del trabajo es masculino y el espacio del habitar es femenino. Ahora bien, la dicotomía trabajar-habitar refleja el punto de vista del hombre, para quien al trabajo (esfuerzo y desgaste) se opone la casa (descanso y reposición). Desde el punto de vista de las mujeres el habitar no es meramente un espacio etiquetado de residencial, sino una actividad cotidiana que es la que le confiere el carácter de habitable; el espacio del habitar es para las mujeres el espacio del trabajo. Aunque hay que reconocer que el modelo femenino de Le Corbusier, tal como lo expone en *La ciudad radiante*⁹, no es el de la trabajadora doméstica, sino que concibe toda una serie de elementos de simplificación y racionalización de las tareas del hogar para que la mujer pueda dedicarse intensamente a la vida familiar, en el sentido más elevado del concepto, pero no para trabajar como los

hombres¹⁰. El modelo implícito parece ser el de la mujer burguesa que, a través de la organización racional de la sociedad y el espacio, puede dejar de ser exclusivo de las clases altas y extenderse a toda la población. Utopía masculina que, según una investigación realizada recientemente en España, sólo comparten las mujeres que trabajan en los niveles más bajos de cualificación. Las fantasías femeninas fluctúan entre el deseo de ser en el mundo del trabajo como los hombres –es decir, alcanzar poder y responsabilidad–, sin abandonar el papel central tradicional de la mujer en el hogar, y el discurso igualitario: trabajo y familia deberían ser igualmente compatibles para hombres y mujeres¹¹.

Cabe plantear asimismo que en realidad el sujeto del urbanismo moderno no es un individuo, sino una familia, la familia nuclear y patriarcal¹² elevada a la categoría de dato inmutable, una unidad social mínima diferenciable en funciones complementarias realizadas por individuos con diferentes roles que no son más que partes de un conjunto. Se trata de una concepción coherente con la hegemonía del pensamiento funcionalista en los años que se configuran los principios del urbanismo.

En efecto, la lógica de funcionamiento de la ciudad zonificada y segregada exige un modelo de familia en el que una estricta división funcional separa hombres y mujeres. A la función habitar corresponde un espacio en el entorno de la vivienda, de radio limitado a los trayectos de corto alcance, generalmente andando, y en el que se localizan los equipamientos de uso cotidiano (escuela, comercio, parque...). A la función trabajar corresponden

desplazamientos a un único destino, el trabajo, que pueden llegar a ser muy largos y requieren, generalmente, transporte motorizado. Para que el habitar sea tal alguien, la mujer, asume la responsabilidad de ese espacio, desarrollando una actividad que es funcionalmente distinta y prácticamente no compatible con el trabajo y el largo desplazamiento que éste exige.

Hay, por tanto, una intención en el urbanismo moderno de separar los espacios de los hombres y los espacios de las mujeres, probablemente muy vinculada a los discursos decimonónicos acerca de los males de la ciudad, entre los que ocupa lugar destacado la imagen de las mujeres ocupando espacios que no son los suyos, las fábricas y las calles. El modelo burgués de repliegue de las mujeres al espacio privado del hogar, cada vez más diferenciado del espacio público, se va extendiendo progresivamente, al menos en el plano del deber ser, a las restantes clases sociales.

Daphne Spain¹³ ha estudiado en diferentes sociedades y diferentes momentos históricos la relación entre la segregación espacial entre sexos y la posición social de las mujeres, llegando a la conclusión de que las sociedades en que se establece una separación más estricta entre los espacios de las mujeres y los espacios de los hombres son aquellas en las que el *status*, el poder y la capacidad económica de las mujeres es menor. Por el contrario, el proceso de incorporación de las mujeres a la sociedad como miembros de pleno derecho está ligado a la desaparición de espacios diferenciados para uno y otro sexo, que generalmente consisten más bien en la prohibición

del acceso de las mujeres a ciertos tipos de espacios, en especial a aquellos en los que se produce la transmisión de conocimientos técnicos o simbólicos, así como en los que se prepara a los individuos para desempeñar tareas en el ámbito de lo público, aspectos todos ellos que constituyen la base del prestigio y el reconocimiento social.

En resumen, hay una coherencia, no sólo ideológica sino también funcional, entre el modelo de la ciudad zonificada y la familia basada en la diferenciación de roles de género. En este sentido, la configuración del espacio no sólo refleja sino que refuerza las desigualdades de género.

Cómo usan las mujeres la ciudad

El gran problema de la ciudad moderna es la función «circular», es decir, cómo asegurar que los espacios de habitación y trabajo estén comunicados. Desde el punto de vista del usuario individual, el medio más flexible para asegurar el desplazamiento cotidiano casa-trabajo es el automóvil privado, pero se basa en potentes inversiones públicas de infraestructura. El transporte basado en el automóvil hace posible la zonificación, y las diversas mejoras tecnológicas que ha ido incorporando han permitido un aumento creciente de la escala de la ciudad zonificada. El transporte público generalmente llega más tarde, sólo cuando el espacio urbano está ya claramente consolidado, y no alcanza nunca a tener la capacidad de penetración intersticial del automóvil. En Europa Occidental hoy el 80% de los desplazamientos de pasajeros en transporte mecanizado se realiza en automóvil, al

tiempo que la movilidad de las personas, en términos de distancia recorrida, se ha multiplicado por dos entre 1960 y 1990¹⁴. El automóvil es el principal protagonista de la ciudad moderna, y a su lógica de funcionamiento se somete el conjunto del espacio urbano. Las otras formas de usar la ciudad son residuales, se adaptan a lo que queda una vez que el automóvil ha definido y ocupado su espacio. Sin embargo, sólo representa un grupo minoritario de usuarios de la ciudad: son los hombres que trabajan quienes utilizan mayoritariamente el automóvil privado¹⁵.

Las mujeres usan la ciudad de forma diferente, como han puesto de manifiesto numerosos estudios realizados en los últimos años¹⁶. Las mujeres se desplazan a pie mucho más que los hombres, aunque también para ellos éste es el modo principal de desplazamiento (según datos para Madrid, el 59% de los recorridos urbanos de las mujeres se realizan andando, frente a un 42% de los de los hombres). En cambio, utilizan mucho menos el automóvil (11,5% de los desplazamientos de las mujeres, frente al 27% de los desplazamientos de los hombres¹⁷). Ello es coherente con la función femenina del modelo de familia tradicional, cuya pauta de uso del espacio se caracteriza por un radio reducido en torno a la vivienda.

Sucede, sin embargo, que las mujeres que trabajan reproducen la misma pauta de menor utilización del automóvil y ámbito espacial más reducido. Siguiendo con el caso de Madrid, para las mujeres que trabajan, el transporte público es el modo más utilizado para ir al trabajo (51,5% de los desplazamientos), el cual se reduce en el caso de los hombres a sólo

un 32%¹⁸. Otras investigaciones en Europa y en Estados Unidos han puesto de relieve diferencias de género similares en la movilidad y el acceso a los medios de transporte¹⁹. Según datos de la Encuesta Metropolitana de Barcelona de 1986, el 35% de las mujeres ocupadas trabajaban en el mismo barrio en el que residían, cifra que se reducía al 20% en el caso de los hombres²⁰. Cuatro años después se amplía para todos la escala espacial del empleo, pero se mantienen las diferencias según el sexo: el 32% de las mujeres ocupadas trabajaban en el barrio de residencia, frente a un 18,5% en el caso de los hombres²¹.

Hanson y Pratt en una investigación sobre la relación entre género, empleo y espacio se preguntan acerca de las razones por las que el tiempo de desplazamiento de las mujeres norteamericanas al trabajo ha sido tradicionalmente, y sigue siendo, menor que el de los hombres, lo cual tiene como consecuencia que su capacidad para elegir un empleo es más limitada, siendo más dependientes que los hombres del mercado de trabajo local próximo a la vivienda. Las variables más explicativas en términos de aproximar las pautas de desplazamiento casa-trabajo de hombres y mujeres eran el nivel ocupacional y los ingresos individuales del trabajo. Es decir, las mujeres de altos niveles de ocupación y altos ingresos tienen desplazamientos largos al trabajo, similares a los de los hombres en término medio. En cambio, variables como el estado civil o el número de hijos eran escasamente relevantes. La cuestión que se plantea, a partir de ahí, es si las mujeres tienen una mayor tendencia a trabajar cerca de la casa

porque generalmente tienen empleos de baja cualificación y remuneración y, por tanto, sólo compensa un empleo próximo a la vivienda, o si lo que sucede es que la localización próxima a la vivienda es una condición previa para muchas mujeres por sus responsabilidades familiares que restringe sus posibilidades de acceso al empleo. Es decir, si el más reducido ámbito espacial del mercado laboral de las mujeres es un efecto o una causa de sus bajos niveles ocupacionales o salariales²².

Hay un dato interesante que puede resultar de interés para responder a la pregunta anterior. En términos globales, la movilidad de los hombres en Madrid 1988 es algo más elevada que la de las mujeres: 2,38 desplazamientos diarios para las mujeres y 2,49 para los hombres. Sin embargo, las mujeres que trabajan tienen una movilidad más alta que los hombres que trabajan: 2,81 frente a 2,67 desplazamientos urbanos diarios²³. Ello no es más que el reflejo de la superposición que se da en las mujeres ocupadas entre actividad laboral y actividad doméstica, que seguramente explica, en buena parte, la proximidad al hogar como condición para el empleo.

Hay otros aspectos en los que la relación de las mujeres con la ciudad es también diferente. Por ejemplo, la inseguridad o el miedo que ciertas situaciones, muy relacionadas con el diseño urbano, provocan cotidianamente en muchas mujeres. Espacios como aparcamientos, túneles, pasadizos o callejones, especialmente si la visibilidad o la iluminación es escasa, constituyen una fuente de inquietud habitual, mayor para las mujeres que para los hombres, por el temor añadido a la agresión

sexual. Por otro lado, en ciertas ciudades o en ciertos barrios especialmente afectados por la violencia, el temor interiorizado actúa como un poderoso inhibidor de la presencia de las mujeres en los espacios públicos. En Canadá, una encuesta de ámbito nacional sobre este tema ha mostrado que, a pesar de que la mayor parte de los casos de violencia contra las mujeres se producen en el espacio doméstico, muchas mujeres temen por su seguridad personal en los lugares públicos, y ese miedo está en muchos casos ligado a características urbanísticas y arquitectónicas del entorno construido. A partir de las conclusiones de este estudio se puso en marcha en Canadá un proyecto a escala federal y local para hacer las ciudades más seguras, en especial para las mujeres, que son quienes más afectadas están por el temor y la realidad de la violencia. Incluye, entre otros aspectos, la incorporación de objetivos de seguridad urbana en la planificación urbanística con recomendaciones específicas sobre visibilidad, iluminación, tratamiento de las zonas aisladas, etc.²⁴.

65

La ciudad es un espacio real y es, también, un espacio simbólico que refleja la organización social y el sistema de posiciones de los grupos sociales. El estudio de la percepción de la ciudad se inició con los trabajos de Lynch sobre el significado de la forma urbana para sus habitantes²⁵ y se desarrolló más ampliamente por Rapaport como reflexión acerca de la interacción entre espacio y sociedad desde el punto de vista de las representaciones mentales²⁶. María Angeles Durán²⁷ ha señalado que los nombres de la ciudad constituyen sus lugares, al singularizar los espacios diferenciados,

al tiempo que el lugar se funde con el nombre dándole sus propias características. Lo que se percibe de la ciudad no son sólo elementos materiales como torres, plazas o elementos singulares; también los nombres de sus calles forman parte de la estructura e identidad de la ciudad. La toponimia se puede estudiar a través de lo que está presente y, también, a través de lo excluido, la «ectoponimia», los lugares sin nombre y los nombres sin lugares. En la ciudad de Madrid, aproximadamente, un tercio de los nombres de las calles corresponden a personajes humanos dimorfizados, y de ellos la proporción es de seis a uno para hombres y mujeres. Además, la mayor parte de los nombres femeninos de calles corresponden a advocaciones de la Virgen, santas, reinas o aristócratas, órdenes religiosas o nombres femeninos anónimos. En cambio, los nombres masculinos recuerdan a políticos, escritores, artistas, militares, reyes o científicos²⁸. La ciudad transmite una memoria que es la del orden masculino.

El punto de vista de las mujeres en la planificación urbanística

A partir de la constatación de que el uso y la percepción de la ciudad es para las mujeres diferente, y de que esa especificidad es escasamente considerada en la planificación urbanística, se plantea la reivindicación del punto de vista de las mujeres en el diseño del espacio urbano. Este es el enfoque de la *Carta Europea de la Mujer en la Ciudad*, propuesta de investigación-acción planteada en el marco del Programa para la Igualdad de Oportunidades de las Mujeres de la Unión Europea y apoyada por un amplio número de grupos de

trabajo y centros de investigación²⁹. Se propone incorporar a la planificación de los espacios urbanos la experiencia que las mujeres tienen de la ciudad, que es diferente porque su vida y sus necesidades cotidianas en cuanto a la movilidad, la relación con el barrio o la seguridad son también diferentes de las de los hombres. Se plantea, además, que reivindicar la diferencia en el uso de la ciudad por las mujeres abre la consideración a otras formas de uso de la ciudad también diferentes, como las de los niños o los minusválidos. Señala, asimismo, la *Carta* el hecho de que la planificación urbana sigue considerando la familia nuclear con el hombre trabajando fuera y la mujer en el hogar como modelo de referencia, cuando éste ya no es el mayoritario y hay otras formas familiares distintas con necesidades específicas. También se constata la escasa presencia de las mujeres en las instancias relacionadas con el ordenamiento del territorio, el espacio urbano, la vivienda, el transporte y el medio ambiente, tanto a nivel de decisiones como de realización técnica. La ciudadanía incluye una participación activa en los mecanismos de creación y gestión de las ciudades, en los que la presencia de las mujeres es escasa. En diversos puntos de la *Carta* se abordan estas cuestiones, proponiéndose que la democracia paritaria se extienda a los campos del ordenamiento territorial, la planificación de la ciudad y el entorno de vida, así como medidas conducentes a favorecer la igualdad de oportunidades en el acceso a las profesiones que intervienen en la producción de lo urbano.

Otras iniciativas similares se han realizado últimamente, como, por ejemplo, la conferencia organizada por la OCDE sobre «Les femmes et

la ville. Logements, services et environnement urbain»³⁰ en París en 1994, que ha tenido el gran interés de recoger información de una multiplicidad de casos y experiencias urbanas planteadas desde la perspectiva de las necesidades específicas de las mujeres³¹, así como de plantear nuevos temas como el papel positivo de último reducto de «normalidad» que desempeñan las mujeres en barrios afectados por procesos de exclusión social, paralelo, en cierto sentido, al papel de las mujeres en los países del Tercer Mundo más afectados por el subdesarrollo. Las conclusiones principales son, en gran parte, coincidentes con la *Carta Europea de la Mujer en la Ciudad*, reivindicándose una mayor presencia de las mujeres en la planificación urbana, así como una mayor consideración de sus necesidades específicas y las de otros grupos excluidos como los niños, los minusválidos o los ancianos. Se reclama, también, una mayor atención a las situaciones y casos más desfavorecidos como las mujeres solas con hijos a cargo o los barrios en declive. En la Conferencia Mundial Hábitat II sobre los Asentamientos Humanos, uno de los temas destacados es también el de la mujer en la ciudad, especialmente en lo que se refiere al derecho de acceso de las mujeres a la vivienda.

Los objetos tienen múltiples formas de uso, más allá de las concebidas por sus creadores; y la ciudad es, también, un objeto. Las diversas iniciativas de investigación y acción desarrolladas recientemente sobre las mujeres y el espacio urbano ponen en cuestión que el hombre sea la medida de la ciudad; hay otras medidas de la ciudad que exigen ser consideradas. Sin embargo, una vez explicitada y rei-

vindicada una perspectiva hasta ahora oculta surgen algunos interrogantes. Esa diferencia constatada, ¿aumenta o disminuye?, ¿debe ser reivindicada? ¿cuál es su origen? No se trata de una cuestión nueva; es, por ejemplo, lo que subyace a los planteamientos de aquellas arquitectas norteamericanas feministas radicales de los años treinta que proyectaban casas sin cocina para que las mujeres no tuvieran que cocinar³². En efecto, las mujeres tienen necesidades propias en relación al espacio urbano que se derivan, fundamentalmente, de su dedicación a las tareas de mantenimiento del hogar, del cuidado de niños, incapacitados o ancianos, o de la doble jornada laboral y doméstica. Ahora bien, esas diferencias han sido socialmente construidas, son roles de género, no diferencias de sexo; por tanto son modificables, de hecho se están transformando rápidamente por la voluntad de las mujeres, que es coincidente con una lógica de transformación estructural. Contemplar la cuestión desde el punto de vista del cambio de la posición social de las mujeres (y de los hombres) introduce una mayor complejidad, ya que no se trata de reivindicar una adaptación de la ciudad a roles estáticos sino una planificación urbana flexible y coherente con nuevos modelos sociales y familiares.

Nuevos modelos familiares, viejos modelos urbanos

Hasta los años setenta la actividad laboral de las mujeres estaba fuertemente asociada a coyunturas económicas o bélicas que determinaban salidas al mercado de trabajo y repliegues posteriores al hogar. La fuerza de trabajo

femenina tenía el carácter de reserva para el mercado de trabajo. Sin embargo, durante los últimos veinte años se produce en todos los países desarrollados, y en algunos menos desarrollados, un crecimiento sostenido de la actividad laboral femenina tanto en coyunturas de crisis como de recuperación. En la Unión Europea de doce países había en 1994 dos mujeres activas por cada tres hombres, proporción que en Dinamarca o en Suecia se eleva a más de cuatro mujeres activas³³ por cada cinco hombres. Quizá más significativo sea el hecho de que los países con tasas de actividad femenina más bajas, como España, están experimentando un fuerte aumento en los últimos años al incrementarse la actividad laboral de las mujeres más jóvenes. Por ejemplo, el grupo de edad de 25-29 años aumentó su actividad entre 1975 y 1995 de un 34% a un 67,5%, y el grupo de 30-34 de un 27% a un 63%³⁴. El incremento de la actividad laboral produce al tiempo un aumento de los hogares de dos ocupados, que constituye ya en Europa Occidental el modelo familiar mayoritario.

La familia basada en una pareja conyugal en la que ambos miembros tienen una actividad laboral (o perciben unos ingresos derivados de una actividad laboral anterior) se origina no sólo por la fuerte orientación de las mujeres al trabajo, asociado a un deseo de autonomía e independencia económica, así como a la inversión educativa realizada, sino también porque las estrategias familiares encaminadas a mantener o adquirir el nivel estándar de consumo así lo exigen³⁵. Diversas investigaciones muestran, especialmente en el caso español, que la situación económica más favorable, en

términos de ingresos per cápita, corresponde al caso de las familias con dos ocupados³⁶.

La lógica del urbanismo moderno de los años veinte, básicamente vigente en la planificación urbana actual, se basa implícitamente en un modelo familiar en el que la división del trabajo atribuye al hombre el trabajo remunerado y a la mujer el cuidado del hogar. Esta lógica se quiebra cuando se generaliza la doble ocupación familiar. La diferenciación en dos formas de uso del espacio, una basada en los trayectos diversificados de corto alcance en torno a la vivienda y otra en los desplazamientos de largo alcance al trabajo, se convierte ahora en superposición; el mismo individuo, que hoy es generalmente femenino, realiza funciones laborales extradomésticas y funciones de mantenimiento del hogar, desplazándose cotidianamente en el espacio según ambos tipos de funciones. La incorporación de las mujeres a la actividad laboral como nuevo modelo de normalidad —no como situación extraordinaria para mujeres o situaciones excepcionales, ni siquiera como modelo alternativo— afecta al conjunto de la organización social, uno de cuyos aspectos es la organización del espacio. Sin embargo, sigue plenamente vigente el concepto de zonificación como elemento central de la planificación urbanística, tanto en la conceptualización como en su realización práctica. Las ciudades y los barrios se siguen planificando como si la familia tradicional siguiera siendo el modelo dominante, quizá por la fuerte inercia del espacio construido. A partir de ahí, se plantea la reflexión acerca de los efectos de los nuevos modelos familiares sobre el uso del espa-

cio y acerca de la congruencia entre modelos urbanos y familiares.

Entre otros, se pueden señalar tres aspectos contradictorios entre la ciudad funcionalmente segregada y el tipo familiar emergente, basado en la doble ocupación de la pareja conyugal. En primer lugar, la secuencia diaria de vaciado-llenado de los espacios, cada vez más numerosos, en que la zonificación es más extrema: los centros terciarios de negocios, los polígonos industriales o las ciudades dormitorio. Son espacios que permanecen durante largas horas del día vacíos, con lo que ello supone de empobrecimiento de la densidad y calidad de los espacios urbanos, así como de despilfarro. Ello se manifiesta de forma diferentes según el contenido funcional de los espacios. En los centros terciarizados de las ciudades, donde predominan la oficinas y los comercios, los espacios públicos (calles, plazas, jardines) pertenecen, durante las horas de inactividad laboral, a los que no tienen otro espacio propio, como los sin techo, o a los que buscan espacios solitarios para actividades ilegales o delictivas. Se produce una polarización entre los espacios protegidos por fuerzas de seguridad, generalmente privadas, y la calle, que se abandona a la diaria secuencia de peligro. Este fenómeno, el vaciamiento diario de los espacios de la actividad económica, es una resultante de la ciudad zonificada, con independencia de los modelos familiares. En cambio, el proceso de vaciamiento diario de los espacios residenciales es una consecuencia de la generalización de la doble ocupación familiar en espacios urbanos funcionalmente segregados. Las periferias residenciales de las

clases populares se quedan vacías durante las horas de trabajo y desprovistas de un tejido social que desarrolle una función latente de integración y control social. La soledad recurrente abandona estos espacios a las tendencias de deterioro social que los procesos de crisis y reestructuración económica generan³⁷. En el caso de los barrios residenciales para clases medias y altas se produce una creciente segregación y aislamiento, a través de la cada vez más elevada inversión privada en seguridad para proteger los barrios y viviendas, vacíos la mayor parte del día.

Los modelos espaciales plurifuncionales no aseguran, sin embargo, por sí mismos, la coherencia entre la doble ocupación familiar y el uso efectivo del espacio: hay otros planos diferentes como el de los mecanismos de ocupación de viviendas y acceso a empleos o el de los medios de transporte que conectan vivienda y trabajo. Si, como ocurre en España, la estructura de usos urbanos está fuertemente segregada según los principios de la zonificación, y ésta aumenta de escala, al tiempo que los mecanismos de ocupación de las viviendas son muy rígidos por la reducida proporción del alquiler³⁸, el protagonismo en la gestión del modelo resultante se desplaza a los medios de transporte.

El segundo elemento de contradicción entre la ciudad zonificada y el nuevo modelo económico familiar está relacionado con el fuerte aumento de la demanda de transporte que genera. Aumentan los desplazamientos al trabajo en transporte motorizado, especialmente en automóvil privado, al tiempo que disminu-

70
yen los desplazamientos a pie y con destino compras³⁹. La generalización de la doble ocupación familiar tiene como efecto un fuerte aumento de la movilidad urbana que entra en contradicción con la zonificación como concepto central del urbanismo y con el transporte privado como respuesta principal a la demanda de desplazamientos. Ello explica, por ejemplo, por qué la movilidad de las mujeres que trabajan es mayor que la de los hombres que trabajan, a pesar de que la movilidad global de los hombres es mayor. Se añade el hecho de que las transformaciones en las formas de mantenimiento de los hogares características de la doble ocupación apuntan también a una segregación creciente en algunos aspectos como los hábitos de consumo, al generalizarse la gran compra quincenal o mensual en grandes espacios comerciales.

El tercer elemento a señalar se refiere a los obstáculos que genera la ciudad basada en la zonificación para la incorporación de las mujeres a la actividad laboral. Como señalan Pratt y Hanson⁴⁰, las mujeres dependen mucho más que los hombres de la oferta de empleo en un entorno cercano a la vivienda y generalmente el acceso a la vivienda es anterior al acceso al empleo, bien porque la localización de ésta está vinculada al empleo del marido, bien porque la localización residencial no se puede cambiar. Ello implica que el acceso a la ocupación depende fuertemente de las características del empleo existente en la zona de residencia, que son muy variables, según los modelos urbanos y la segregación ocupacional del empleo. Sólo para las mujeres de más elevados niveles ocupacionales y más eleva-

dos ingresos derivados de la ocupación la distancia espacial no es un obstáculo mayor que para los hombres. La distancia es un obstáculo para las mujeres en el acceso al trabajo asociado a sus responsabilidades familiares, en especial los hijos, pero también los mayores, enfermos o incapacitados, como revela el hecho de que las mujeres solas tienden a decidir acerca de la localización de la vivienda después de haber accedido a un empleo y tienden, también, a elegir vivir en el centro urbano, donde la cantidad y variedad de empleos es mayor.

El principal medio para superar la zonificación como obstáculo en el acceso al empleo es el automóvil privado. Como se ha visto anteriormente, es un medio de transporte utilizado más por los hombres que por las mujeres. Datos de la Encuesta Origen-Destino de Barcelona muestran que el 50% de los hombres tiene vehículo propio y lo conduce habitualmente, frente a sólo un 18% de las mujeres⁴¹. La escala espacial de los mercados de trabajo se incrementa porque la creciente movilidad de los trabajadores lo hace posible. El automóvil privado confiere la mayor movilidad con el menor coste para el conductor-trabajador en términos de tiempo-dinero. Dado que la motorización de las mujeres es considerablemente menor, se puede afirmar que los empleos (o los espacios en general) a los que sólo se puede acceder en automóvil son discriminantes según el género. Pero, al mismo tiempo, las mujeres motorizadas superan el obstáculo que las formas establecidas de movilidad suponen para la integración laboral y para el control del espacio en general.

Se produce, así, una contradicción entre una lógica social, el automóvil es discriminante desde una perspectiva de género, y una lógica individual, la mujer motorizada supera la menor movilidad característica de las mujeres en su conjunto, contradicción que no es sino una forma particular, quizá más aguda, de la contradicción general entre transporte público-transporte privado.

Conclusión

Los suburbios residenciales monofuncionales se basan en una gran cantidad de trabajo doméstico no pagado. El contrapunto está representado por los centros urbanos, en los que el incremento de profesionales y técnicos de alto nivel de cualificación viviendo en hogares unipersonales o de dos ocupados, con poco tiempo disponible para el trabajo doméstico pero elevados ingresos, permite externalizar muchos de los trabajos que antes se realizaban en el hogar. El modelo residencial suburbial se desarrolló principalmente en los años cincuenta y sesenta, constituyéndose en los países anglosajones en la opción residencial principal para las crecientes clases medias y desarrollándose de forma importante en otros países. Eran años de repliegue de las mujeres al hogar, después de la Segunda Guerra Mundial, así como de desarrollo de la sociedad de consumo, de los electrodomésticos y de la gestión del hogar según los modelos empresariales. Las amas de casa se habían profesionalizado, pero el modelo tradicional de familia seguía vigente. Había una coherencia entre el modelo familiar y el modelo urbanístico; a la división del trabajo correspondían formas

diferentes de uso del espacio que tenían un carácter complementario. Cuando la familia basada en la división de roles se transforma y se sustituye por la familia de dos ocupados y doble ingreso, el modelo suburbial entra en contradicción con los nuevos modelos económicos familiares. Sin embargo, la inercia del espacio construido es tan fuerte, que no por ello se ha modificado la idea de la zonificación como principio básico del urbanismo. El caso español, y más concretamente la ciudad de Madrid, es especialmente destacable en este sentido, ya que los suburbios residenciales para clases medias aparecen muy tardíamente, en los años ochenta, que son precisamente años de fuerte aumento de la incorporación de las mujeres a la actividad laboral, ya opción generalizada entre las de menos de cincuenta años. Los suburbios residenciales constituyen en España un modelo urbanístico tardío, contradictorio desde su nacimiento con los nuevos modelos familiares emergentes.

Como conclusión se puede plantear la conveniencia de poner en cuestión el concepto de zonificación como base para la ordenación del espacio, así como discutir otras formas de combinación de usos basadas en la diversificación, una vez que los problemas de salubridad, que principalmente están en el origen del modelo urbano basado en la zonificación, se limitan hoy en día a un reducido número de industrias que es conveniente separar de los espacios residenciales. Ello resulta menos utópico si se considera que las propias viviendas están experimentando transformaciones, a través de las múltiples conexiones que las nuevas tecnologías de

comunicación hacen posible, que pueden restituir algunas de las funciones laborales, formativas o asistenciales que el hogar perdió en el proceso de modernización, así como desarrollar nuevas funciones vinculadas a la relación social, al ocio y el esparcimiento.

NOTAS

¹ En el sentido que Berger y Luckman dan al concepto de «construcción social de la realidad», es decir, como un conjunto de procesos a través de los cuales un cuerpo de conocimientos llega a quedar establecido socialmente como realidad, *vid. La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1989, 13-15.

² El texto básico de esa corriente es *La cuestión urbana* de Manuel Castells, Siglo XXI, Madrid, 1976. Las investigaciones empíricas más interesantes en esa línea de investigación: Castells, M., *Sociología del espacio industrial*, Ayuso, Madrid, 1976; Castells, M., *Crisis urbana y cambio social*. Siglo XXI, Madrid, 1981; Pinçon-Charlot, M. *et al.*, *Ségrégation urbaine. Classes sociales et équipements collectifs en Région Parisienne*, Anthropos, París, 1986.

72 ³ Una interesante recopilación de algunos textos básicos de Park, Burgess, McKenzie y Wirth, así como una clarificadora introducción acerca del contexto teórico en el que se inscribe la escuela de Chicago, en Grafmeyer, Y. y Joseph, Y., *L'école de Chicago*, Aubier, París, 1990.

⁴ Le Corbusier, *Principios de urbanismo*, Ariel, Barcelona, 1979.

⁵ Hall, P., *Cities of tomorrow*, Blackwell, Oxford UK y Cambridge USA, 1988.

⁶ Wilson, E., «L'aménagement de l'espace: considérations culturelles et rôle des femmes», en OCDE, *Les femmes et la ville. Logements, services et environnement urbain*, París, 1995, 43-50.

⁷ El carácter etnocéntrico de la teoría urbanística de Le Corbusier queda palpablemente puesto de manifiesto en las dos realizaciones más fieles a sus principios, ambas, paradójicamente, muy alejadas del mundo occidental desarrollado, Chandigarh y Brasilia. En ambas la ciudad planificada ha sido sobrepasada por poblados satélite de infraviviendas desarrollados según las lógicas del crecimiento urbano en el tercer mundo. La ciudad espontánea manifiesta, en su miseria, una vitalidad de la que carecen los espacios diseñados según la ortodoxia racionalista; *vid. Sachs, I.*, «Vulnerability of Giant Cities and the Life Lottery», en Dogan, M. y Kasarda, J. D., *The Metropolis Era. A World of Giant Cities*, vol. 1, Sage Publications, California, 1988.

⁸ En la Carta de Atenas se dice que «La zonificación es la operación que se realiza sobre el plano urbano con el fin de asignar a cada función y a cada individuo su lugar adecuado»; *vid. Le Corbusier, op. cit.*, 45.

⁹ Le Corbusier, *La ville radieuse*, Vincent, Freal y Cie, París, 1963.

¹⁰ En las propuestas utópicas de Owen, Fourier o Godin se plantea la socialización de las tareas domésticas y se propone un modelo comunitario en oposición al modelo familiar, pero en el que las mujeres siguen ocupadas básicamente en actividades femeninas tradicionales. Por ejemplo, Owen proponía que las mujeres antes que nada se ocuparan del cuidado de sus hijos y de tener sus casas en orden; en segundo lugar, del cultivo de los huertos para la alimentación común; en tercer lugar, del trabajo en los sectores de la industria que se adaptan a sus características, pero no más de cuatro o cinco horas diarias; en cuarto lugar, de la preparación de la ropa para los habitantes de la comunidad, y en quinto lugar, trabajando por turno en la cocina común», *vid. Benévono, L.*, *Los orígenes del urbanismo moderno*, Blume, Madrid, 1979, 68.

¹¹ Tobío, C.; Arteta, Q. y Fernández Córdón, J.A., *Estrategias de compatibilización familia-empleo. España años noventa*, Universidad Carlos III de Madrid/Instituto de la Mujer, Madrid, 1996.

¹² La familia que Louis Roussel denomina moderna tiene tres subtipos: la familia cerrada (replegada en sí misma), la familia abierta (centrada en la promoción a través de los hijos) y la familia hospital (concebida como lugar de reposo para el hombre trabajador), *vid.* Roussel, L., *La famille incertaine*, Odile Jacob, París, 1989, 53-78, y Lawrence Stone, *Familia nuclear doméstica cerrada*, *vid.* Stone, L., *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1977.

¹³ Spain, D. *Gendered Spaces*, The University of North Carolina Press, 1992.

¹⁴ Kunzmann, K. R. y Wegener, M., «*The Pattern of Urbanization in Western Europe*», Institut für Raumplanung, Dortmund, 1990, 9-10.

¹⁵ Según datos de la Encuesta Origen-Destino realizada en Madrid en 1988, el 51% de los hombres ocupados utilizan el automóvil en los desplazamientos al trabajo, frente al 31,5 en transporte público y el 15% andando; *vid.* Tobío, C., «Movilidad y género en el espacio urbano», en Tobío, C. y Denche, C. (eds.), *El espacio según el género, ¿un uso diferencial?*, Universidad Carlos III de Madrid/Dirección General de la Mujer de la Comunidad de Madrid, 1995, 55-72.

¹⁶ Entre otros, Altman, Y. y Churchman, A. (eds.), *Women and the environment*, Plenum Press, Nueva York, 1994; Massey, D., *Space, Place and Gender*, Polity Press, Cambridge y Oxford, 1994; Katz, C. y Monk, J. (eds.) *Full Circles: Geographies of Women Over the Life Course*, Routledge, Nueva York, 1993; Wilson, E., *The Sphinx in the City: Urban Life, the Control of Disorder and Women*, Virago, University of California Press, Londres y Berkeley, 1991. En España, Tobío, C. y Denche, C., *op. cit.*; Sabaté, A., *et al.*, *Mujeres, Espacio y Sociedad. Hacia una Geografía del Género*, Síntesis, Madrid, 1995; Federación Española de Municipios y Provincias, *Mujer y Urbanismo. Una recreación del espacio*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1996; Bisquert, A. y Navarro, I., «*Ciudad y mujer*», *Actas del Curso de Urbanismo y Mujer. Nuevas visiones del espacio público y privado*, Málaga, 1993, y Toledo, 1994; Prats Ferret, M. *et al.*, *Las mujeres y el uso del tiempo*, Institut d'Estudis Metropolitans/Instituto de la Mujer, 1995.

¹⁷ Tobío, C., *op. cit.*, 62.

¹⁸ *Ibid.*, 67.

¹⁹ Stein, U., «Viviendas, ciudades y regiones desde el punto de vista de las mujeres. Experiencias de planificación en Alemania Occidental», en Tobío, C. y Denche, C., *op. cit.*, 87-104; Giuliano, G., «Public transportation and the travel needs of women», en *Traffic Quarterly*, 33, 1979, 607-16; Hanson, S. y Johnston, Y., «Gender differences in work-trip length: explanations and implications», en *Urban Geography*, 6, 1985, 193-219.

²⁰ Institut d'Estudis Metropolitans de Barcelona, *Enquesta Metropolitana 1986. Condiçions de vida i hàbits de la població de l'area metropolitana de Barcelona. La desigualtat social de les dones*, volum 18, Barcelona, 1988.

²¹ Institut d'Estudis Metropolitans de Barcelona, *Enquesta de la Regió Metropolitana de Barcelona 1990. Condiçions de vida y hàbits de la població. L'espai de vida dels habitants de la Regió Metropolitana de Barcelona*, volum 8, Barcelona, 1993.

²² Hanson, S. y Pratt, G., *Gender, work and space*, Routledge, USA y Canadá, 1995, 93-119.

²³ Tobío, C., *op. cit.*, 60-61.

²⁴ Wekerle, G., «La violence contre les femmes: des villes sûres; initiatives fédérales et municipales canadiennes», comunicación a la Conferencia de la OCDE sobre *Les femmes et la ville: logement, services et environnement urbain*, París, 4-6 octubre, 1994.

²⁵ Lynch, K., *The image of the city*, MIT Press, Cambridge y Londres, 1985.

²⁶ Rapaport, A., *Aspectos humanos de la forma urbana. Hacia una confrontación de las Ciencias Sociales con el diseño de la forma urbana*, Gustavo Gili, Barcelona, 1978.

²⁷ Durán, M.A., «Los nombres de la memoria (Notas para una hermenéutica de la ciudad)», en Tobío, C. y Denche, C., *op. cit.*, 17-41.

²⁸ Grupo Municipal de Izquierda Unida, *Nombres de mujeres en las calles de Madrid*, Ayuntamiento de Madrid, 1994.

²⁹ Entre otros, City and Shelter, Eurocultures, Groupe Cadre de Vie, Praxis, European Women's Lobby.

³⁰ Publicado con el mismo título por la propia OCDE, París, 1995.

³¹ Entre otras, en Austria, la creación de oficinas municipales para recoger problemas o sugerencias desde el punto de vista de las mujeres a desarrollar en el marco de las políticas locales de orden general; en Estados Unidos, el grupo Neighbourhood Women's Renaissance gestiona proyectos de rehabilitación urbana y social a escala local como forma de luchar contra la crisis del barrio; en Australia, Women's Planning Network ofrece asesoramiento urbanístico a mujeres de base, profesionales, responsables políticos y promotores acerca de formas de planificación que incorporen las necesidades específicas de las mujeres; en el Reino Unido, el proyecto «Sésamo, ábrete» pretende mostrar los problemas de accesibilidad de los centros comerciales; en Italia, el proyecto de Ley del Tiempo pretende adaptar los horarios comerciales, administrativos y de servicios a las necesidades de las madres que trabajan.

³² Spain, D., *op. cit.*, 236.

³³ Eurostat, elaboración propia a partir de Encuestas de Fuerza de Trabajo.

³⁴ Tobío, C.; Arteta, Q. y Fernández Cordón, J.A., *op. cit.*, 32.

³⁵ *Ibid.*, 43-61.

³⁶ En España la actividad laboral femenina aumenta más rápidamente entre los sectores de más elevado nivel económico y profesional, lo cual produce una nueva segmentación a escala familiar asociado al número de ocupados; *vid.* San Segundo, M., «Los ingresos de los hogares y la estructura familiar», en *I Simposio sobre igualdad y distribución de la renta y la riqueza*, Argenteria, Madrid, 1993, vol. II; Lassabille, G., «Trabajo femenino y distribución de rentas en España», en Instituto de la Mujer, *Economía del trabajo femenino, sector mercantil y no mercantil*, Madrid, 1989, 29-37.

³⁷ Wacquant ha analizado en ciudades norteamericanas el proceso de guetización, en el que se alcanza un punto de no retorno cuando el Estado abandona la intervención pública a través de servicios e instituciones sociales, a lo que sucede la desaparición de la actividad económica privada, *vid.* Wacquant J. D., L., «De l'Amérique comme utopie à l'envers», en Bourdieu, P., *La misère du monde*, Seuil, París, 1993, 169-180. Delarue analiza en un informe sobre la situación de las periferias urbanas francesas el papel negativo, desde el punto de vista de la integración social, que la desaparición de industrias y comercios provoca, *vid.* Delarue, J.M., *Banlieus en difficultés: la relégation*, Syros, París, 1991.

74

³⁸ Sólo el 15% del parque residencial inmobiliario se basa en el alquiler (INE, *Censo de Vivienda 1991*, Madrid, 1994). La generalización de la vivienda en propiedad confiere un gran rigidez al funcionamiento del mercado inmobiliario.

³⁹ Tobío, C., *op. cit.*, 65.

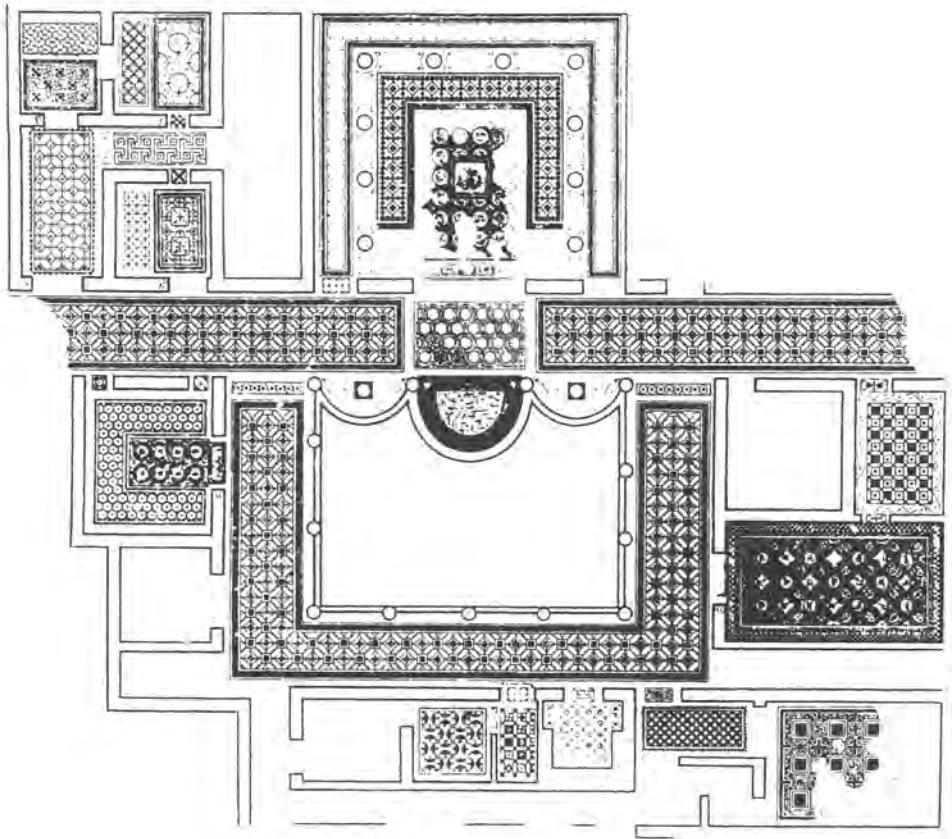
⁴⁰ Hanson, S. y Pratt, G., *op. cit.*

⁴¹ Junyent, R., «La movilidad de las mujeres en la aglomeración de Barcelona», ponencia presentada en el *Seminario Permanente sobre Espacio y Género* de la Universidad Carlos III de Madrid, 15 de junio de 1995, 5.

BIBLIOGRAFÍA

- Altman, Y. y Churchman, A. (eds.), *Women and the environment*, Plenum Press, Nueva York, 1994.
- Argenteria, *I Simposio sobre igualdad y distribución de la renta y la riqueza*, Madrid, 1993.
- Benévono, L., *Los orígenes del urbanismo moderno*, Blume, Madrid, 1979.
- Berger, P. y Luckmann, T., *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1989.
- Bisquert, A. y Navarro, I., «Ciudad y Mujer», *Actas del Curso de Urbanismo y Mujer. Nuevas visiones del espacio público y privado*, Málaga, 1993, y Toledo, 1994.
- Bourdieu, P., *La misère du monde*, Seuil, París, 1993.
- Castells, M., *Sociología del espacio industrial*, Ayuso, Madrid, 1976.
- Castells, M., *La cuestión urbana*, Siglo XXI, Madrid, 1976.
- Castells, M., *Crisis urbana y cambio social*, Siglo XXI, Madrid, 1981.
- Delarue, J.M., *Banlieus en difficultés: la relégation*, Syros, París, 1991.

- Le Corbusier, *La ville radieuse*, Vincent, Freal y Cie, París, 1963.
- Le Corbusier, *Principios de urbanismo*, Ariel, Barcelona, 1979.
- Dogan, M. y Kasarda, J.D., *The Metropolis Era. A World of Giant Cities*, vol. I, Sage Publications, California, 1988.
- Federación Española de Municipios y Provincias, *Mujer y Urbanismo. Una recreación del espacio*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1996.
- Giuliano, G., «Public transportation and the travel needs of women», en *Traffic Quarterly*, 33, 1979, 607-16.
- Grafmeyer, Y. y Joseph, Y., *L'école de Chicago*, Aubier, París, 1990.
- Grupo municipal de Izquierda Unida, *Nombres de mujeres en las calles de Madrid*, Ayuntamiento de Madrid, 1994.
- Hall, P., *Cities of tomorrow*, Blackwell, Oxford UK y Cambridge USA, 1988.
- Hanson, S. y Johnston, Y., «Gender differences in work-trip length: explanations and implications», en *Urban Geography*, 6, 1985, 193-219.
- Hanson, S. y Pratt, G., *Gender, work and space*, Routledge, USA y Canadá, 1995.
- Institut D'Estudis Metropolitans de Barcelona, *Enquesta Metropolitana 1986. Condiçions de vida i hàbits de la població de l'area metropolitana de Barcelona. La desigualtat social de les dones*, volum 18, Barcelona, 1988.
- Institut D'Estudis Metropolitans de Barcelona, *Enquesta de la Regió Metropolitana de Barcelona 1990. Condiçions de vida i hàbits de la població. L'espai de vida dels habitants de la Regió Metropolitana de Barcelona*, volum 8, Barcelona, 1993.
- Instituto Nacional de Estadística, *Censo de la Vivienda 1991*, Madrid, 1994.
- Katz, C. y Monk, J. (eds.), *Full Circles: Geographies of Women Over the Life Course*, Routledge, Nueva York, 1993.
- Kunzmann, K.R. y Wegener, M., *The Pattern of Urbanization in Western Europe* Institut für Raumplanung, Dortmund, 1990.
- Lassabille, G., *Economía del trabajo femenino, sector mercantil y no mercantil*, Instituto de la Mujer, Madrid, 1989.
- Lynch, K., *The image of the city*, MIT Press, Cambridge USA y Londres, 1985.
- Massey, D., *Space, Place and Gender*, Polity Press, Cambridge y Oxford, 1994.
- OCDE *Les femmes et le ville. Logements, services et environnement urbain*, París, 1995.
- Pinçon-Charlot, M. et al. *Ségrégation urbaine. Classes sociales et équipements collectifs en Région Parisienne*, Anthropos, París, 1980.
- Prats Ferret, M.; García Ramón, M.D. y Cánovas Valiente, G., *Las mujeres y el uso del tiempo*, Institut d'Estudis Metropolitans/Instituto de la Mujer, Madrid, 1995.
- Roussel, L., *La famille incertaine*, Odile Jacob, París, 1989.
- Sabaté, A. et al., *Mujeres, Espacio y Sociedad. Hacia una Geografía del Género*, Síntesis, Madrid, 1995.
- Spain, D., *Gendered Spaces*, The University of North Carolina Press, 1992.
- Stone, L., *The Family, Sex and Marriage in England, 1500-1800*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1977.
- Tobío, C. y Denche, C., *El espacio según el género, ¿un uso diferencial?*, Universidad Carlos III de Madrid/Dirección General de la Mujer de la Comunidad de Madrid, 1995.
- Tobío, C.; Arteta, Q. y Fernández Córdón, J.A., *Estrategias de compatibilización familia-empleo. España años noventa*, Universidad Carlos III de Madrid/Instituto de la Mujer, Madrid, 1996.
- Wilson, E., *The Sphinx in the City: Urban Life, the Control of Disorder and Women*, Virago, University of California Press, Londres y Berkeley, 1991.



Casa de Neptuno, Acholla, S. Gozlan, *Karthago* 1971-72.

SI LAS MUJERES HICIERAN LAS CASAS...

Carmen Gavira

La casa como punto de apoyo para la ideología del consumo se articula en sus espacios y se equipa según las pautas que marcan la industria y el mercado. El discurso publicitario sobre el producto vivienda se contrasta en este artículo con la realidad construida y se destaca el papel de la mujer como objeto del discurso implícito y explícito de la publicidad doméstica.

[...] ¿No dijimos arriba que el fin para que ordenó Dios a la mujer, y se la dio por compañía al marido, fue para que le guardase la casa, y para que lo que él ganase en los oficios y contrataciones de fuera, traído a casa, lo tuviese en guarda la mujer y fuese como su llave? [...] ¿Por qué les dio a las mujeres Dios las fuerzas flacas y los miembros muelles, sino porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincón asentadas? [...] Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los negocios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, médanse con lo que son y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola.

77

Fray Luis de León
La perfecta casada, cap. XVII

En 1930, la revista *Madrid Científico* publicaba el comentario que el ingeniero Dionisio Pérez hacía sobre el libro de la escritora francesa Paulette Bernège: «Leyendo estas páginas y examinando sus planos y sus reproducciones fotográficas [...] una casa de gran lujo que existe en Bruselas, un edificio familiar con servicios centrales en La Haya, toda una ciudad popular *enteramente racionalizada*, que aún no se ha creado [...] una niebla surgida del fondo de mi

conciencia envuelve mi espíritu entristeciéndome. La mujer española tiene que aportar a esta ventolera de *modernidad* y *cientifismo* que habla sólo de *racionalización*, de *tecnología* y de *cooperativismo* la idea básica de que *lo primero* que necesita el nido de la familia humana *es amor*»¹.

Para comprender ahora, pasado medio siglo, el significado de estos comentarios, habría que entender que en esos momentos se estaba diri-

miendo una de las batallas más fascinantes de la historia del feminismo en relación con la vivienda y el diseño de las ciudades tras la irrupción de la electricidad.

Sueños eléctricos

En 1851, en el Palacio de Cristal de la Exposición Universal de Londres y más tarde en la Exposición Universal de París de 1881, se empiezan a mostrar al público las más diversas aplicaciones basadas en una nueva forma de energía, fría, silenciosa y eficiente: la electricidad. Con ella se vislumbra el inicio de una nueva etapa de la humanidad.

En estos primeros años, los «inventos eléctricos» y los «aparatos eléctricos» comienzan a introducirse en las viviendas sin llegar a transformar la forma de vida ni a plantear cambios en el diseño de los edificios o de la ciudad: timbres, ascensores, máquinas de coser, planchas, teléfono... Su impacto en la vida de la mujer no pasa desapercibido para la literatura de la época (autonomía en trabajos de fuerza que antes requerían colaboración del hombre, proximidad con desconocidos en el interior del ascensor, prolongados lapsos de oscuridad en lugares públicos por interrupción del fluido, posibilidad de hablar sin testigos directamente al oído de la persona deseada gracias al teléfono...). Pero es especialmente la tecnificación y simplificación de las tareas domésticas, la *modernización del hogar y la cocina*, lo que hace pensar en una transformación radical de la vida con la desaparición del servicio doméstico y la simplificación de las tareas de ama de casa.

Son muchas las novelas que reflejan estos cambios y convierten a la electricidad en pro-

tagonista: Zola, Eça de Queiroz o el propio Galdós son buena muestra de ello². Pero la difusión más importante de estas nuevas ideas se hará a través de las revistas de la época: «Es la electricidad la que molerá el café, batirá los huevos, lavará y secará la vajilla [...]. Navíos eléctricos harán en dos días el viaje de América a Inglaterra [...] sentados en un sillón podremos ver el teatro sobre una enorme tela; las peripecias de la guerra de Oriente o las solemnidades de la coronación de soberanos en Europa. El aparato eléctrico al que se deberán estos espectáculos estará acompañado de un sistema de teléfono gigante que transmitirá los sonidos apropiados en cada momento [...]. Las corrientes eléctricas aplicadas al suelo aumentarán el volumen de las legumbres y de los frutos y destruirán las malas hierbas»³. «El fuego eléctrico es de una limpieza irreprochable [...] suprime la carbonera y la leñera, evita los tubos de salida, permite confeccionar el plato con mano enguantada [...] simplifica el personal doméstico y realiza el supremo ideal [...] ¡emanciparse de la cocinera!»⁴. «Las mil y una noches de la leyenda árabe no pueden compararse con los días de la vida moderna en los países adelantados [...] es la historia de la introducción de una fuerza silenciosa, infatigable y segura, que ha venido a efectuar en las casas modernas el trabajo que anteriormente agotaba las energías de sus moradores»⁵.

Tras la experiencia que supuso para las mujeres de Europa y Estados Unidos su incorporación masiva al trabajo durante los años de la Primera Guerra Mundial, cuando además se pudo comprobar que muchas de las tareas

consideradas «de hombres» gracias a la energía eléctrica podían fácilmente ser desempeñadas por mujeres, fue difícil que éstas retomasen de buen grado el trabajo doméstico como única actividad. Para defender estos derechos, Lady Parsons, militante sufragista (esposa de Sir Charles Parsons, inventor de la turbina de vapor utilizada para los generadores eléctricos), funda en 1919 la Women's Engineering Society (WES), que en 1924 apoyará la creación de la «Electrical Association for Women» (EAW), de donde surgirá ya en 1951 el «Council for Scientific Management in the Home» (COSMITH). A través de la revista *Electrical age for the women*, publicada desde 1929 por la EAW, podemos seguir los intentos de las mujeres por utilizar la electricidad como elemento de emancipación y constatar a la vez sus contradicciones, ya que mientras unos grupos se planteaban la racionalización y simplificación de las tareas domésticas siguiendo los principios del taylorismo y haciendo del ama de casa «una perfecta empleada de sí misma», cada vez más eficiente, sin cuestionarse la incoherencia de la asignación de este trabajo a un solo sexo y su repetición mimética dentro de cada hogar. Otras investigadoras planteaban la socialización de los quehaceres de la casa, eliminando la rutina y la soledad de este trabajo, que sería compartido por medio de cooperativas y de equipamientos de bloque (lavanderías, comedores...) apoyados en diseños urbanos planteados según nuevas formas de vida.

La Segunda Guerra Mundial obligará de nuevo a las mujeres a sustituir a los hombres en

su trabajo fuera de casa y, una vez más al terminar la contienda, tanto en América como en la «Europa de la reconstrucción» resurge la exaltación de la *vuelta al hogar*, identificando la imagen de la vivienda con la mujer como «ángel del hogar» responsable del confort del espacio privado.

La vivienda racional, la «casa de ensueño», sustituirá a la ciudad ideal, entendiendo la comunidad como «el conjunto de hogares felices», en donde la mujer surge como pieza imprescindible para el buen funcionamiento del ciclo del consumo doméstico: comprar-vigilar-limpiar-reponer-vigilar-limpiar... La fabricación en serie de estas «casas de ensueño» traducidas en las viviendas individuales según el modelo Levitt (1840), o la vivienda para *existenzminimum* del CIAM (1929), no sólo impedirán la creación de un nuevo tipo de espacio urbano sino que obligarán a la antigua ciudad a adaptarse a ellas.

Las empresas de armamento dedicadas tras la guerra a la producción de electrodomésticos encuentran su aliado en las compañías eléctricas, que buscan solucionar con el consumo doméstico masivo el problema de las horas-valle de la industria. Se racionaliza así una situación, que había sido ya demostrada como obsoleta e irrazonable, enterrando todo proyecto de otras formas de vida que la electricidad había despertado. La casa como «máquina de habitar», con su interior mecanizado gracias a los electrodomésticos, sustituirá a la vivienda como «lugar para vivir», consiguiendo finalmente que el gran cambio técnico provocado por la electricidad se hiciese posible sin el coste de un gran cambio social.

El hogar confortable

El hogar, en palabras de Ivan Illich, no es ni un lugar para procrear, ni una caja fuerte bien equipada; es el reflejo que producen en el medio los hombres y las mujeres cuando «están en casa». «Habitar es dejar huellas», en el sentido que lo expresaba W. Benjamin en 1935. Pero en este espacio-máquina controlado por los electrodomésticos, las huellas de la mujer se hacen invisibles. El progreso económico y su reflejo en la modernización del hogar van retirando de la casa todo proceso de creación, de fabricación (tejer, cortar y coser la ropa, fabricar jabón, elaborar y envasar comida...), incluso la última función creadora; la educación extraescolar de los hijos es sustituida por el nuevo electrodoméstico de «socialización de la infancia», la TV. Solo queda así *el cocinar*, actividad cada vez menos creativa, y *el limpiar* como tarea cada vez más mecanizada.

80

El espacio cotidiano, *la casa confortable*, se identificará con el sistema de objetos organizados, y en ella el quehacer diario del ama de casa se limitará a ordenar estos objetos móviles e inmóviles del hogar (utensilios de cocinar, productos para curar, instrumentos de limpieza, objetos para el control térmico, utensilios de comunicación y objetos de decoración), según el orden marcado por la cultura del confort. Es el confort, definido por las cosas materiales, el que crea la atmósfera de intimidad dentro de los límites bien definidos de cada hogar, y es ahí donde se refugia la familia burguesa moderna, cerrada sobre sí misma, precisa en la función de cada uno de sus miembros en contraposición a la familia tradicional, abierta, fluida y de fronteras físicas y afectivas imprecisas.

Este sometimiento a los objetos según el orden marcado por el confort reglamenta y ritualiza el comportamiento y la vida cotidiana, tanto con relación a los otros como en relación con el propio cuerpo. Surge así *el hogar moderno* como una disciplina más entre las definidas por Foucault: Escuela, Hospital, Cárcel y Fábrica. El hogar moderno tendrá la función de crear cuerpos dóciles para el consumo, mediante el control sutil de la mente y del cuerpo a través de la articulación de espacios y la creación de rutinas para habitarlos. Todo en él queda marcado; lo interior, diferenciado legal y afectivamente de lo exterior, lo público, de lo privado, y cada espacio de este último corresponderá a una función que será asignada a cada miembro de la familia según las costumbres y los criterios morales. Desde la entrada ceremonial, resumen simbólico de cada hogar, hasta la puerta trasera o cubo de desperdicios que expulsa los bienes ya consumidos, la casa será el punto de apoyo para la ideología del consumo. En el interior, «a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la casa se presenta como un complejo sistema de escaleras, pasillos y recorridos que, fundamentalmente, separan a un sexo de otro, a los hijos de los padres, y a los domésticos de los propietarios... La especialización de las piezas de la casa que se registra en las grandes mansiones es comparable a lo que ocurre con las piezas de una cubertería o una cristalería»⁶.

La vivienda en España

Distintas circunstancias hacen que la modernización de la casa y del hogar se produzca en España con bastante retraso y de forma diferente al resto de los países de Europa o de los EEUU. La peculiar configuración de las

compañías eléctricas, la escasez de energía no resuelta hasta la década de los años 50, la todavía más peculiar concepción franquista de la vivienda (considerada como salario indirecto y sometida al control del Estado) y de la familia (pieza básica del «Tercio familiar» de la democracia orgánica) impiden hasta los años 60 la electrificación del hogar y la existencia de un mercado inmobiliario tal y como hoy lo entendemos. Y, por otra parte, la tardía irrupción del automóvil privado como forma predominante del transporte hace que, hasta los años 70, la expansión de la ciudad y la oferta de viviendas se realice dentro de un radio muy limitado.

A lo largo de los años 50 se construirá el entramado legal que permita el crecimiento metropolitano de las ciudades españolas con unos nuevos criterios: la Ley de Viviendas de Renta Limitada, la Ley del Suelo, la Ley de Propiedad Horizontal..., haciendo que en el entorno de nuestras grandes ciudades se construya de forma masiva, con promociones de vivienda destinadas a segmentos homogéneos de población. La aparición de la publicidad inmobiliaria para atraer a los posibles clientes a estos nuevos barrios pondrá de manifiesto los cambios y las contradicciones que se producirán en la adaptación de la mujer y la familia a las exigencias de esta nueva «sociedad urbana» que poblará las nuevas periferias de las grandes ciudades españolas.

La vivienda, en bloque, individual, aislada, adosada, pareada o escalonada, se convierte en un objeto publicitario que la ofrece como un refugio de felicidad, de higiene, de salud y de éxito social. Cerrada y defendida de la cercana ciudad; insegura, peligrosa y nociva, pero no por ello menos deseada.

La seducción del producto vivienda

Siguiendo la metodología planteada por Lawrence Bardin en su estudio sobre la publicidad en Francia⁷, realizamos un análisis exhaustivo de la prensa diaria de ámbito nacional, seleccionando tres diarios de amplia difusión desde 1968. A través de ellos recopilamos cerca de un centenar de campañas publicitarias de promoción de vivienda privada en Madrid y su entorno metropolitano.

Sin abordar aquí el análisis cuantitativo de esta información que por sí sola nos permitiría desvelar muchos aspectos de la desconocida historia del sector inmobiliario en España⁸, hemos centrado nuestro trabajo únicamente en el análisis de contenido del discurso publicitario sobre el «producto-vivienda», intentando a través de él desvelar el papel que la sociedad y «las sociedades» asignan a la mujer en relación con la vivienda a lo largo de estos años; en primer lugar, a través del discurso de los *valores* propuestos o sugeridos sobre el producto-vivienda, en segundo lugar analizando la configuración, usos y relación de cada uno de los *ámbitos espaciales* mencionados o representados en la publicidad, lo que nos permite finalmente contrastar esos valores con la realidad del espacio construido y su uso en la vida cotidiana de la mujer en la aglomeración urbana de Madrid.

La textura ideológica de la publicidad inmobiliaria

En un primer análisis de los textos del discurso publicitario, recopilamos todos los temas mencionados en ellos de forma expresa, para agruparlos posteriormente según su relación

cos, ligados en la publicidad de otros países a valores de intimidad o vida al aire libre.

El *modelo humano básico* presentado por la publicidad es el ideal de familia con el que el comprador tratará de identificarse: la *familia-tipo*, con 1 ó 2 hijos pequeños, sin adultos ni ancianos, cuya única ampliación es la relación momentánea con amigos «a los que se recibe». Una *familia-módulo* adaptada al *módulo-familiar constructivo* determinado por el corto repertorio de modelos o soluciones tipológicas que cumplen con el esquema de relaciones y jerarquías establecidas por la normativa legal, y que imponen un *modo de habitar*. Pero «esta tipología de vivienda familiar [...] no contempla sino un estadio de la vida familiar: el de la infancia y la adolescencia de los hijos [...] Las tipologías rígidas que aún manejamos comienzan a ser tan disfuncionales como su ideología subyacente: la de una familia en la que los hijos nunca llegan a ser adultos plenos. De la misma forma, no podemos olvidar que ahora la mayor expectativa de vida produce cada vez más ancianos adheridos de un modo u otro al núcleo familiar. Dependientes, pero también más celosos de la autonomía de sus vidas privadas»⁹.

En esta familia-tipo el hombre aparece como el *joven padre*, dinámico, vestido informalmente, haciendo deporte o descansando en el hogar de un supuesto duro trabajo realizado lejos de la casa. Los hijos, eternos niños, raramente aparecen dentro de la casa, asociando su imagen a los espacios libres o deportivos, y si se les menciona en el texto es para decir «que no estorban», que «no tienen que estar dentro del piso», que «en la casa entrarán únicamente a dormir», o más explícitamente, una de las inmobiliarias

presenta las ventajas de «la vivienda que permite desembarazarse de los niños»¹⁰.

La mujer, joven *madre-ama de casa, esposa-feliz-desocupada*, es la imagen imprescindible en la que se centra el discurso publicitario. La mujer *controla y vigila* su universo limitado (casa, parcela) y *mata el tiempo en espera de los otros* mientras, indolente y feliz, hace compras, pasea a los niños, mira el paisaje desde el balcón, reposa en la piscina con los niños, se arregla en el baño, va a la peluquería de la urbanización, charla en la sauna con una amiga, habla por teléfono, ve la televisión o admira los electrodomésticos de su cocina...".

Los ámbitos espaciales del futuro habitante

Siguiendo los análisis de A. Moles y de E. Romaer, Badiu nos propone una descripción de los espacios o ámbitos mostrados por la publicidad que se se refleja en el siguiente esquema de estas áreas espaciales (B):

Espacios personales H, M (hombre, mujer)
Rincón o habitación personal atribuido por ciertos «roles»: la cocina para la mujer, el rincón de bricolage para el hombre.

Espacio de la pareja
Espacio conyugal, dormitorio-cuarto de baño.

Espacio de los niños
Habitaciones de los niños, áreas de juego.

Espacio de la familia (suma de 1, 2 y 3)
Vivienda. Esfera con fronteras precisas y controladas por múltiples protecciones: cancela, puerta blindada, barreras...

Espacio de los amigos (personas elegidas)
Hall y zonas de recibir, salón, etc.

Zona de vivienda (vecinos)

Parcela, bloque o urbanización.

Barrio

Entorno urbano de la vivienda, pero ajeno a ella. Espacio reconocible y cercano.

Ciudad (los otros)

Espacio amplio de aventura y de peligro.

A cada uno de estos espacios, el discurso publicitario los presenta en una serie de modalidades y les asigna una serie de objetos y atributos dentro de una gama bastante rígida que, en una relación sistemática, resumimos así:

Espacios, objetos y atributos

AREA 4

Cocina: Amueblada, decorada, con azulejos, cerámica alicatada hasta el techo, con losetas vitrificadas, con serigrafiados, con horno alto, con fregadero de acero inoxidable.

Baño: Completo, azulejo hasta el techo, aseos de visitas, aseos de servicio, bañera con ozonizador, sanitarios italianos en color, servicios en ceflex, de amianto vinilo, duchas laterales de masaje, sauna individual.

Salón: Chimenea francesa decorada en estilo mármol, diseño, artística. Amplio, para recibir cómodamente hasta 15 personas, un rincón para cada uno.

Dormitorio: Principal, niños, servicio, con vestidor.

Pasillo: Amplio, de doble circulación, sin pasillo.

Trastero-despensa-bodega-office.

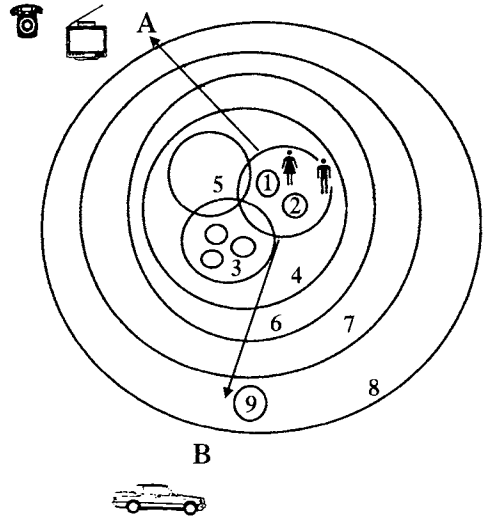
AREA 6

Terrazas: Corrida, con jardineras, con barba-coa, con agua de riego a mano, con tendere-

ESQUEMA B

AREAS ESPACIALES DEL SER HUMANO

- 1: Espacios personales.
- 2: Espacio de la pareja.
- 3: Espacio de los niños.
- 4: Espacio-frontera de la familia.
- 5: Espacio de «los otros» elegidos.
- 6: Espacio de los vecinos.
- 7: Espacio del barrio.
- 8: Espacio de la ciudad.
- 9: Espacio del trabajo del jefe de la familia.
- A: Conexión mediante el teléfono o la TV.
- B: Conexión automovilística.



ro, con lavadero y toma para lavadora automática, carpintería exterior de aluminio, con doble acristalamiento.

Portal: Lujoso, señorial, amplio, de mármol, amueblado, maderas nobles, formica, cerámica con vivienda de portero, portero automático.

Escaleras: Señoriales, de mármol, decorada hasta la primera planta con revestimientos de swide en paramentos.

Ascensor: De subida y bajada, desde el garaje, para seis personas, dos ascensores, con maniobra selectiva de bajada.

Acondicionamiento general: Con parquet, aire acondicionado, persianas de aluminio enrollables, calefacción y agua caliente, telefonía interior, antena colectiva, empapelado, entelado (a elegir), interruptor de luz con regulador de intensidad, cristal doble, moqueta de lana tensada sobre fieltro, armarios empotrados, circuito cerrado de TV, puertas blindadas, caja fuerte oculta.

AREAS 6-7

Jardines: Propios, arbolados, amplios, diseñados.

Guardería.

Club: Privado, social, inglés, sala de reuniones.

Colegios: EGB, BUP.

Iglesia.

Zona comercial: Comercios, supermercado.

Cafetería: Restaurante.

Aparcamiento: Propio, vigilado, amplio.

Lavandería.

Peluquería: de señora y caballero.

Gimnasio.

Sauna.

Cancha de tenis: Varias, iluminadas.

Pista de bicicletas.

Piscina: Climatizada dimensionada, con luz, infantil, dos de mayores.

AREA 8

Cerca de...

Conexión con la autopista...

En la carretera de...

Metro en construcción, con entrada en la urbanización, cerca, directo, dos líneas.

Autobuses...

Trenes...

Lo que el discurso oculta

Veamos ahora la otra cara del discurso o, en otras palabras, la lectura de la seducción desde lo no dicho. ¿Qué es lo que se oculta tras cada propuesta? Cuatro son las contradicciones más relevantes que hemos podido desvelar a lo largo de este análisis de la publicidad inmobiliaria en Madrid desde los años 60:

I. *El deseo de vivir en la ciudad pero disfrutando de un entorno natural fuera de ella.*

La propuesta publicitaria es, en este caso, *la vida en el campo*, que se explicita en los mensajes a través de la «casa-jardín, en cualquiera de sus formas: en la oferta de espacios libres, espacios deportivos o simplemente con «la vista de la naturaleza», aunque ésta se limite a descubrir «el perfil de la sierra» o «los árboles del Retiro» desde la terraza de un edificio de altura en plena zona urbana.

Cuando esto último tampoco es posible, se suple con la «rusticidad interior», con su decoración «mediterránea», «provenzal» o «colonial», comprada en serie en los grandes almacenes. En este caso, el discurso «no dicho» es el aislamiento del ama de casa en este tipo de vivienda dispersa. La tensión generada por los embotellamientos en las vías de acceso a estas urbanizaciones periféricas. La dependencia del vehículo privado y el tiempo diario de desplazamiento hasta la ciudad y desde ella. La lejanía de los servicios por la desdote de la periferia. La pérdida de identidad urbana. La pobreza de las relaciones en estas

zonas de baja densidad de vivienda. Y la desintegración familiar por las largas ausencias de cada miembro de la familia ante la dificultad de «volver a casa» después de cada actividad.

La ciudad, objeto de deseo y de atracción, genera a la vez miedo y rechazo por su complejidad. Por ello, «la proximidad surge continuamente como un valor central en este tipo de publicidad, la distancia se reduce al máximo (a dos pasos, a unos minutos). Contrastando con el mensaje de alejamiento real y psicológico. El sueño final es la ubicuidad, estar aquí «en casa», pero también allí abajo a la vez, en los lugares de la ciudad que atraen, pero alejado de los peligros que suponen... Del conjunto de los anuncios surge una determinada imagen de la ciudad. Una representación que no es geométrica ni geográfica sino más bien topológica, ya que las distancias no son exactas y los símbolos de la ciudad, como en los mapas medievales, suplen las distancias reales de las vías de acceso, caminos o hilos conductores hasta el lugar del deseo»¹².

86

II. *La atracción de la riqueza de relaciones y de la complejidad de la vida urbana y el deseo de crear un refugio familiar aislado y protegido.*

Cuando salir y trasladarse en la ciudad resulta costoso física y económicamente, y cuando psicológicamente la ciudad y el espacio público aparecen como peligrosos, surge el aprecio a la vivienda, a la casa, reforzado por el acrecentamiento del individualismo y de la privacidad como valores en alza de nuestra cultura democrática. La propuesta de la publi-

cidad inmobiliaria en este caso es el *aislamiento en el refugio controlado de la vivienda* por medio de la privacidad-pagada de las urbanizaciones privadas. La autosuficiencia de servicios de estos espacios «no urbanos» pero «suficientemente equipados» y el reforzamiento de las barreras simbólicas y de seguridad física

Pero, otra vez, el «discurso no dicho» descubre además del alto coste económico del mantenimiento de estos refugios privados la soledad y la angustia de sus habitantes y la dificultad de establecer relaciones personales fuera de estos recintos. A la vez que se refuerza la insistencia de que existen caminos para «salir del laberinto», hilos de comunicación que unen rápidamente a la ciudad, frente al miedo a dejar de formar parte de la centralidad.

III. *El rechazo de la pobreza arquitectónica y la uniformidad de la urbanización periférica que ofrece el mercado inmobiliario, y la imposibilidad económica de acceder a una vivienda lujosa o en un emplazamiento privilegiado.*

La solución propuesta por el mensaje publicitario en este caso es la construcción con una *arquitectura de diseño y un emplazamiento singular*, con un «nombre de marca» que garantice una imagen de lujo y sirva de elemento diferenciador e identificador de grupo. Los anuncios derrochan imaginación en la búsqueda de nombres connotativos para edificios y urbanizaciones: «Señorío de...», «Marqués de...», «Mirasierra...», «Los Altos de...», «Parque de...», «Castilo de...», «Ní nive...», «Babilonia...». La altura, tanto topográfica co-

mo constructiva (Torres..., Lomas..., Altos...), garantiza el dominio y la superioridad frente a los otros. Y, por último, el reforzamiento casi obsesivo de los símbolos en los espacios exteriores (portal, fachada, escaleras de acceso...).

El problema sigue siendo, como en el caso anterior, el coste económico que cada uno de estos elementos significa y el precio de los cada vez más escasos lugares topográficamente elevados o con connotaciones de alto *standing* o nobleza.

IV. *El deseo de establecer una sólida vida familiar organizada a través de un hogar moderno y confortable, pero rechazando el papel que este modelo asigna a la mujer, «ama de casa», «empresaria trabajadora» de su propio hogar y «criada y señora» de su familia.*

El discurso es en este caso muy repetitivo: la solución de una *casa cómoda*, una *vivienda que no da trabajo al ama de casa* y le permite poder salir de ella. Es, una vez más, la solución facilitada por los electrodomésticos en el interior y por una parcela equipada y una urbanización bien planeada que garantice la autosuficiencia a sus habitantes. El coste y las complicaciones del servicio se sustituyen por semi/servicios de porteros, vigilantes, jardineros, ayudantes... de la urbanización. Y el «deporte a domicilio» en la propia urbanización, además de cubrir un tiempo de ocio importante, garantiza a la mujer el poder mantener su cuerpo como *objeto moderno de lu-*

jo, ayudándole a borrar las huellas del paso del tiempo sobre él.

Pero, una vez más, el discurso implícito aflora y nos descubre que la mujer no tiene su espacio específico dentro de la casa: pasa por la cocina sin mancharse, ocupa el cuarto de baño durante horas «para arreglarse», entra, sale de una habitación a otra, vigila, ordena, controla todo, pero ¿desde dónde?, ¿cuál es su lugar de encierro dentro de su encierro? Y surge aquí *el pasillo*, como paradigma del «estar en casa», de «estar en todo», del «no lugar». Corredor de comunicación canalizada que interconexiona todos los espacios del hogar; y el discurso publicitario explica: «[...] nuestra vivienda de doble comunicación interna [...] impide que el piso termine en una determinada zona, y esto evita la depresión de espacio del ama de casa»¹³. Más recientemente, la publicidad de chalés adosados insiste: «en estas casas ha sido eliminado definitivamente el pasillo». E inevitablemente imaginamos al ama de casa girando y girando sobre la escalera de caracol como el hámster en su jaula.

Dejemos transcurrir 300 años, y después de Fray Luis de León escuchemos la reflexión de una mujer en 1995: «[...] para los hombres era muy diferente: tenían la profesión, la política, la guerra; su energía podía salir fuera, expandirse. Nosotras, no. Nosotras a lo largo de generaciones y generaciones, hemos frecuentado tan sólo el dormitorio, la cocina, el cuarto de baño; hemos llevado a cabo miles y miles de pasos, de gestos, llevando a cuestras el mismo rencor, la misma insatisfacción»¹⁴.

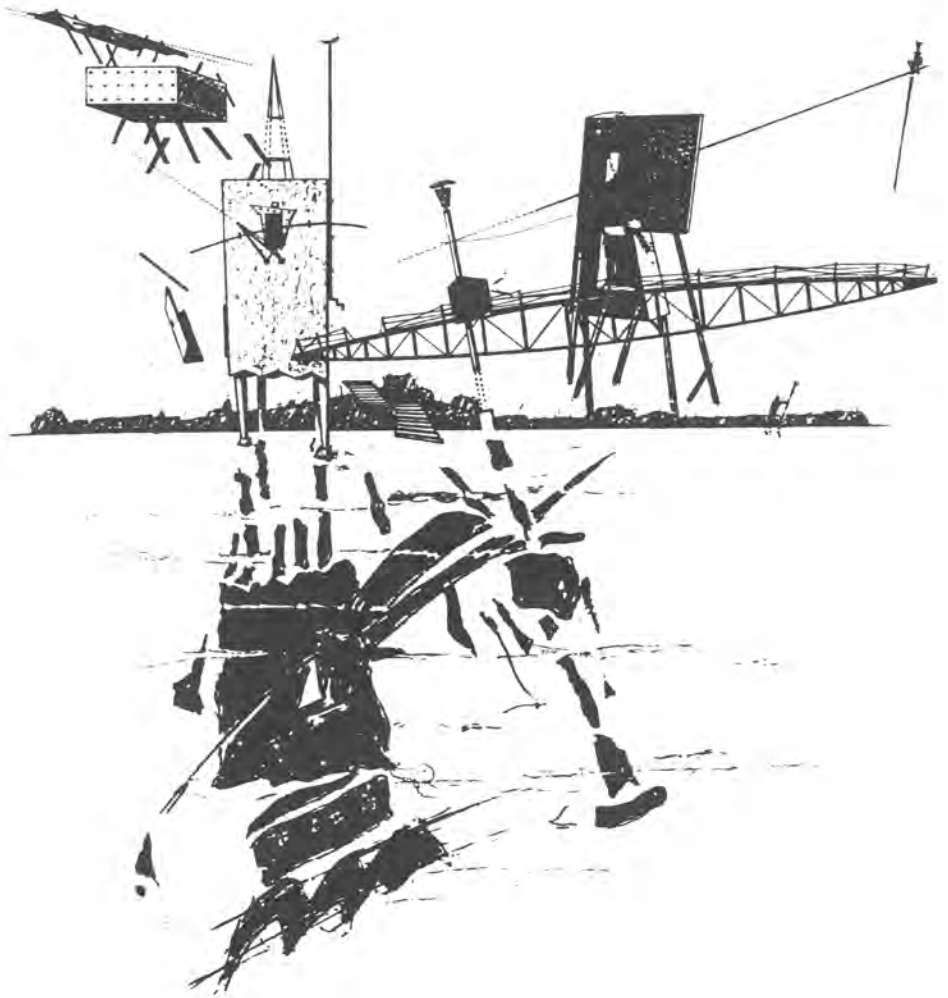
NOTAS

- ¹ Pérez, Dionisio, *Si las mujeres hicieran las casas*, Madrid Científico, 1930.
- ² Una buena muestra de este tipo de literatura de «innovación técnica» la encontramos en *La ciudad y las sierras*, de J. M.^a Eça de Queiroz, Bruguera, Barcelona, 1994.
- ³ Mandel, Thérèse, «Profecías americanas», *Le Magasin Pictoresque*, 15 de enero de 1901.
- ⁴ Río Jordá, F. del, *La industria eléctrica en los usos domesticos*, Madrid Científico, 1903, 535-540.
- ⁵ *Nuevos aparatos eléctricos proporcionan más comodidades al hogar*, Madrid Científico, 1924, 132-133.
- ⁶ Sabater, Txatxo, «La estructura habitacional. Entre la casa y la vida», en *Acerca de la casa*, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla, 1955, 16-17.
- ⁷ Bardin, Laurence, *Les mécanismes idéologiques de la publicité*, Jean-Pierre Delargue, París, Ed. 1975.
- ⁸ Un proyecto de investigación todavía no terminado aborda este aspecto cuantitativo: «Análisis de la expansión urbana en el Area Metropolitana madrileña a través del estudio del mercado inmobiliario y del consumo de la vivienda: 1940-1976», M.^a Eulalia Chornique, Gloria López Domenech y Carmen Gavira, Facultad de CCP y Sociología, Universidad Complutense.
- ⁹ González Sandino, Rafael, «Entre el río y la roca. Notas para pensar la casa», en *Acerca de la casa, op. cit.*, 36.
- ¹⁰ Ver como ejemplo la publicidad inmobiliaria del Parque de Santa María, *ABC* (30/10/1975).
- ¹¹ Ver por ejemplo la publicidad inmobiliaria de Las Torres 2, *ABC* (16/11/1974).
- ¹² Bardin Laurence, *op. cit.*, 172.
- ¹³ Ver la publicidad inmobiliaria de COPASA-Móstoles en *YA* (2/6/1974).
- ¹⁴ Tamaro, Susana, *Donde el corazón te lleve*, Seix Barral, Barcelona, 1994, 45.

BIBLIOGRAFIA

- AAVV, «Machines au foyer», *Culture technique*, n.º 3, 1980.
- Amerigo, María, *Un análisis psicológico de la vivienda y su entorno*, Alianza Editorial, Madrid, 1995.
- Bardin, Laurence, *Les mécanismes idéologiques de la publicité*, Jean-Pierre Delargue Ed., París, 1975.
- Baudrillard, Jean, *Pour une critique de l'économie politique du signe*, Gallimard, París, 1972.
- Baudrillard, Jean, *Le système des objets. La consommation des signes*, Denoel/Gonthier, París, 1976.
- Beltran, Alain, «Du luxe au coeur du système: Electricité et société dans la région parisienne (1880-1939)», *Economie et Société*, n.º 5, 1989.
- Canter, David, *Psicología del lugar: un análisis del espacio que vivimos*, Concepto S. A., México D. F., 1977.
- Cirici, Alexandre, *La estética del franquismo*, Gustavo Gili, Barcelona, 1977.
- Cos, Pilar, «Interior privado, doméstico: entorno de las mujeres», en *El uso del espacio en la vida cotidiana*, Universidad Autónoma, Madrid, 1991.
- Denis, Marie-Noel, «Systèmes culturels et technologie: histoire de la machine à laver», *Culture Technique*, n.º 17 marzo, 1987.
- Equipo de Análisis Urbano, «Madrid (1939/1957): notas para el análisis estructural de un crecimiento», *Arquitectura*, n.º 199, III-IV-1966.

- Esposito, Silvia; Maldonado, Tommaso y Riccini, Raimonda, «Condizione femminile e ideologia del confort», *Casabella*, año XLV, 1981, n.º 467.
- Fernández-Alba, A., *La crisis de la arquitectura española 1939-1972*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972.
- Gavira, Carmen, «Del foco de luz a la red eléctrica: Madrid 1852/1941, transformación de la ciudad y de las mentalidades», en *Miradas desde la ingeniería: Infraestructuras y redes técnicas en Madrid*, Celeste, Madrid, 1996.
- González Sandino, Rafael, «Entre el río y la roca. Notas para pensar la casa», en *Acerca de la casa*, Universidad Antonio Machado, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla, 1994.
- Hayden, Dolores, «Per un nuovo modello abitativo», *Casabella*, año XLV, 1981, n.º 467.
- Hayden, Dolores, «La felicidad entre cuatro paredes: I'll buy that dream», *A y V*, n.º 12, 1987.
- Hidroeléctrica Española, *La electricidad y su utilización en el hogar*, Madrid, HESA, 1965.
- Illich, Ivan, «El género del espacio», *A y V*, n.º 12, 1987.
- Lagneau, Gérard, *La sociologie de la publicité*, París, PUF, 1977.
- Lupton, Ellen y Miller, Abbot, *El cuarto de baño, la cocina y la estética de los desperdicios*, Celeste, Madrid, 1995.
- Martín Montero, M.ª Concepción, *Panorama de la vivienda en Madrid en el periodo de la autarquía (1939-1950)*, Memoria de licenciatura. Director: Serge Salaun, Université Sorbonne Nouvelle, París III, 1987.
- Moles, Abraham A. y Rohmer, Elisabeth, *Psychologie de l'espace*, Casterman, París, 1972
- Moles, Abraham A. y Rohmer, Elisabeth, *Labyrinthes du veçu. L'espace: matière d'actions*, Librerie des Meridiens, París, 1982.
- Pincon, Michel, *Besoins et habitants. Critique de la notion de besoin et théorie de la pratique*, CSU, París, 1979.
- Prada, Manuel de, «La vivienda mínima en la España de posguerra. Desde el *Existenzminimum* al hogar», *Arquitectura*, n.º 301, 1995.
- Quetglas, José, «Habitat», en *Acerca de la casa*, Universidad Antonio Machado, Consejería de Obras Públicas y Transportes. 1995.
- Richards, Ellen, «Housekeeping in the twentieth century», *American Kitchen Magazine*, Vol. XII n.º 6, marzo 1900.
- Sabater, Txatxo, «La estructura habitacional. Entre la casa y la vida», en *Acerca de la casa*, Universidad Antonio Machado, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla, 1995.
- Sientes Olives, Faustino, *La electrificación del hogar doméstico*, Madrid, Espasa Calpe, 1934.
- Sola Morales, Ignacio, «La arquitectura de la vivienda en los años de la autarquía (1939-1953)», *Arquitectura*, n.º 199, 3 de abril de 1966.
- Toledano Cerrano, Juan Manuel, «Ideología del planeamiento en la España de la autarquía», trabajo de investigación, MOPU-ITUR, Madrid, 1989.
- Torres Martínez, Francisco, «Casas privadas. Viviendas públicas», en *Acerca de la casa*, Universidad Antonio Machado, Consejería de Obras Públicas y Transportes, Sevilla, 1994.
- Worden, Suzette, «Powerful Women: Electricity in the Home, 1919-40», en Attefield, Judy y Kirkham, Pat (eds.), *A view from the interior Feminism Women and Dessing*, The Women's Press, Londres, 1984.



Peter Wilson. Puente de las Artes. París, 1972.

EL CARACTER FEMENINO DE LA ARQUITECTURA

Poesía y seducción

Angelique Trachana

El carácter femenino y el masculino como categorías ideales-platónicas se identifican con la imaginación creativa y la razón ordenadora, componentes ambos necesarios del proyecto arquitectónico. Al hablar de un posible carácter femenino o feminización de la arquitectura podemos referirnos a dos aspectos femeninos: la imaginación poética y reveladora que lleva al habitar poético y la fantasía de la seducción, ocultadora de la verdad y estrategia de las apariencias que adopta la producción arquitectónica y espacial, en general, hoy.

Fantasía y razón

91

Con Freud y el psicoanálisis la concepción de la condición femenina entró en los debates intelectuales y artísticos entre sus contemporáneos vieneses. Fin de siglo en Viena. En su atmósfera latía un deseo de cambio; de despegue de las antiguas estructuras. A este cambio social se anticiparía y lo prepararía un gran debate en el campo intelectual y artístico. Un grupo de jóvenes artistas denominándose secesionistas se separarían de la Academia para imponer una innovación estética radical. Su movimiento sería contestado como puramente esteticista por una oposición de intelectuales y artistas que situaban las cuestiones fundamentales en la autenticidad ética de la obra de arte, la relación de la obra de arte con la vida, la capacidad del lenguaje para expresar lo que tiene valor en la vida. Se presentaba con urgencia la necesidad de resolver entre cuestiones como objetividad y subjetividad, racionalismo y estética, positivismo lógico y ética, los caminos de la conducta creativa y los límites del lenguaje de toda expresión. Los caminos que había abierto el psicoanálisis acentuarían la investigación, que previamente había ocupado la filosofía en la estructura profunda del ser, en sus esencias constitutivas, donde lo femenino y lo masculino como conceptos operan en toda interpretación.

En una disertación sobre la conducta humana, el enigmático y también judío Otto Weininger en su obra *Sexo y carácter*, que escandalizó a la Viena de 1903, remitía los orígenes intelectuales de su caracteriología a Platón; en el discurso de Aristófanes en *El Banquete*: los conceptos, mascu-

lino y femenino representan, primordialmente, tipos ideales psicológicos o variantes de ideas platónicas que no existen ni pueden existir en una forma pura; encarnar seres humanos reales. Pero deparan una base para explicar el comportamiento humano, aun cuando se trate de una base precaria por cuanto sólo se presentan como explicación después del evento. La «idea masculina» es la de una racionalidad y creatividad perfectas. La «idea femenina» es la antítesis de la masculina, es decir, un apremio simplemente desenfrenado con vistas a la gratificación sexual, un apremio que es en principio insatisfacible. La esencia de la condición femenina está expresada en los antiguos mitos de la *magna mater*-fecundidad universal incoada, la fuente de toda la irracionalidad y caos del mundo. Así la idea sexual es el pensamiento autorreflexivo que constituye su psique. Todos los hombres y las mujeres que realmente existen son andróginos, como Aristófanes había argumentado en *El Banquete* de Platón. En ellos los dos tipos ideales se encuentran mezclados y conjugados en varias proporciones, de modo que cada individuo posee correlaciones psicológicas con los vestigios anatómicos del sexo opuesto. La relación humana ideal ocurre, pues, cuando tomados conjuntamente los constituyentes suman los dos tipos ideales.

92

Todos los logros positivos de la historia humana, arguye Weininger, son debidos al principio masculino. El «eterno femenino», lejos de llevarnos hacia adelante o hacia arriba, es responsable de todos los sucesos y tendencias destructivos y nihilistas acaecidos en la historia. La raza aria es la encarnación del principio del ser masculino-creativo, en tanto que el femenino-caótico, principio de no ser, está encarnado en la raza judía y, sobre todo, en la cultura judía. Teniendo en cuenta los propios principios de Weininger, su suicidio, acto final de su desesperanza, fue la verificación inevitable de su propia teoría.

Segun su biógrafo Carl Dallago, Weininger fue demasiado intelectual, demasiado racionalista, disponía de muchas categorías correctas, pero no atinó a entender que la «nada» esencial a las mujeres es un solo aspecto del abismo kierkegaardiano al que se ha de saltar a fin de hallar la verdad; es decir, «la nada» que es la mujer, es precisamente el «origen» donde Carl Kraus situó la fuente de todos los valores.

Kraus aceptaba también la premisa de que «masculino» y «femenino» son categorías caracteriológicas distintas. Sostenía además, con Weininger, que la racionalidad es la propiedad distintiva característica y exclusiva de lo masculino, y la «emoción» de lo femenino. Pero ahí termina la comparación. Kraus era de la misma especie racionalista que Weininger pero no exaltó el elemento racional, sino más bien consideró que tenía una función instrumental con la que se ponía orden en nuestras actividades. La posible familiarización de Kraus con las teorías biológico-instrumentalistas del conocimiento que se hicieron lugar común con la popularización de los descubrimientos de Darwin o con la simultánea deformación que sufrieron a manos de personas como Ernst Haeckel o quizá su afiliación a la filosofía de Schopenhauer le hacían concebir de otra forma la naturaleza esencial de la masculinidad y de la feminidad: la esencia emocional femenina no es desenfrenada

o nihilista, sino más bien tierna fantasía, que viene a ser el origen inconsciente de todo lo que tiene algún valor en la experiencia humana. En ella descansa la fuente de toda inspiración y creatividad. La razón en cuanto tal es meramente una técnica, un medio por el que los hombres obtienen lo que desean. En cuanto tal no es buena ni mala, sino efectiva o inefectiva. A la *razón* se le tiene que suministrar los objetivos apropiados desde fuera de ella; se le debe dar una *dirección de tipo estético o moral*. La fantasía femenina fecunda a la razón masculina y le señala la dirección. La fuente de la verdad moral o estética es, pues, la unidad entre *sentimiento y razón*; estos dos son las dos caras de la misma moneda. Con todo, la fantasía sigue siendo el elemento guía, ya que sin sentimientos apropiados, sin un sentido del valor de las cosas, la razón se convierte en un instrumento que hace al malo solamente más eficaz en sus malas acciones.

El punto de vista de Kraus es, pues, que lo femenino es la fuente de todo lo que es civilizador en la sociedad. Así el movimiento feminista se había convertido en amenaza proveniente de la otra cara. La imagen de la mujer que presentaba el femenino como igual al hombre era, a su manera, tan deformante como la imagen de Weininger; con ella se intentaba erradicar los propios manantiales de la civilización. Esto es lo que hizo de Kraus un enemigo implacable de los derechos de las mujeres. El objetivo de la vida humana era que cada cual hallase su camino hacia este origen:

Dos corredores recorren los vestigios del tiempo
indiferente el uno, el otro a grandes trancos con terror.
El que viene de sin donde logra su término; el otro
—el origen, su comienzo— muere en el camino.
Y el que viene de sin donde, el que venció, cede el lugar
al que siempre anda a grandes trancos con terror y perpetuamente.
Ha alcanzado su término: el origen.

93

La fantasía, el «eterno femenino» que, como Goethe lo expresara en *Fausto*, «nos tira hacia adelante», sufre ataques por todos los lados en el mundo moderno, la amenazan fuerzas tan diversas. Para Kraus, el encuentro del hombre con la mujer fue el «origen» en el que la razón quedó fecundada por los manantiales de la fantasía. El producto de este encuentro fue *creatividad artística e integridad moral*, que se expresan en todas las acciones de la persona.

Crisis del lenguaje

En la unión entre lo femenino y lo masculino se consuma la unión de lo personal con lo colectivo. Esta interacción ha prestado al mundo un modelo transformador: el impulso *idealista* que proyecta una visión subjetiva sobre el mundo entrando en tensión con un programa *mecanicista* que incide con una orientación cosmológica. El *subjetivismo* imprimirá la voluntad individual; voluntad como constelación de referencias e imágenes que reflejan las profundas tenden-

cias que a través de la sociedad y el lenguaje se han estratificado en la *intimidad* como interiorización de un nuevo orden. El mundo interior encarna la rebeldía; sumido en el centro mismo de la individualidad por naturaleza egocéntrica, no sólo es sujeto de alteraciones e inestabilidades interiores sino puede provocar derrumbamientos históricos y alteraciones sociales desfigurando imágenes míticas que el poder y las presiones establecen como teorías dominantes.

La unión del yo con el mundo se verifica como creación de lenguaje. El lenguaje que hace de los edificios libros de piedra, de las ciudades centros del *lógos*, se convierte en el *compromiso fáctico* que cambia el mundo. El mundo se transforma por la voluntad individual que combate la inercia de lo establecido. Lo establecido que se corporiza en trama racionalizada de los saberes está continuamente atacado y transformado por las incursiones de lo nuevo.

94 ¿Pero qué es en la realidad lo que hace asimilable lo subjetivo por lo objetivo?, o lo que formulaba en su pregunta Hofmannsthal: ¿qué hay en la realidad que haga posible que *objetividad* y *subjetividad* coincidan en la imagen sensorial? Y con esta pregunta se emprendía el camino de reconsiderar si el lenguaje es capaz de expresar algo de la esencia y los significados de la vida. Hofmannsthal recurría al antiguo mito de la preexistencia: cuando todas las almas, todas las mentes eran uno y uno con la materia del universo, por lo que conocer viene a ser idéntico a recordar. Nada entonces es nuevo y como es materia del universo pertenece a todos. La verdadera función de la lírica es «tocar cuerdas y arrancar armonías que han estado en nosotros dormidas sin que las conociésemos, de modo que escudriñemos las profundidades de los misterios prodigiosos como si nos franqueara una nueva significación de la vida». Para Hofmannsthal la poesía era la creación de unidad entre el yo y el mundo. El punto en que se interaccionaban estaba en sus impresiones. La poesía expresaba directamente las sensaciones de la manera más completa y precisa. Porque es a través de las sensaciones como obtenemos conocimientos, aseveraba el filósofo Ernst Mach. Expresaba, por tanto, la poesía más de la «realidad» que la ciencia que consistía en un método taquigráfico de poner relaciones y correlaciones en los datos de los sentidos. La expresión poética descubre aquello en lo que está forjado el ser como hecho histórico poniendo en evidencia la «verdad de la existencia» como una «proyección poética».

Sin embargo el esteticismo que dominaba en la Viena de 1900 sobre todos los lenguajes de la expresión —empezando por la prensa sensacionalista, la pintura ornamental, la música del romanticismo, la arquitectura de la Secesión—, el perfeccionismo formal y sus justificaciones morales externas no eran suficientes para expresar lo que verdaderamente tiene valor en la vida. Entraba en cuestión la capacidad y la autenticidad del lenguaje en la expresión de los significados. El esteticismo constituía el problema auténtico de la comunicación y provocaba una distorsión del mundo; un mundo que carecía de dimensión moral. Según el aforismo de Adolf Loos, la evolución cultural del mundo equivaldría a la eliminación del ornamento. Loos se refería al esteticismo de su época como epidemia ornamental que atribuía a un estado de corrupción

moral y de opresión ideológica del sistema político. Exhortaría a sus coetáneos a través de sus edificios y a través de sus manifiestos a volver a la sencillez que es la verdad, que es moral, y es la que conoce el artesano. La imposición de la artísticidad en toda creación humana no hacía más que truncar la verdadera creatividad en las producciones útiles y despotenciar a la vida. La elaboración de ornamentos suponía un enorme desperdicio de fuerza de trabajo, de salud humana, de tiempo y dinero; un atentado hacia el ser humano y su libertad y por tanto un delito. Con la sencillez se recuperaría la verdad que es revolucionaria y se eliminaría la hipocresía que es retrógrada. El hombre moderno tenía, según Loos, una individualidad tan vigorosa que necesitaba de una vestidura impersonal como máscara. La máscara era para Loos un recurso también en la arquitectura cuando el espacio privado individualizado asumía la dimensión social-colectiva; entonces admitía la máscara y el revestimiento. Loos trataba de distinguir hasta dónde había de llegar la expresión de la individualidad, sobrepasada por el egotismo esteta en la presentación de un mundo hiperestético, y dónde empezaba el mundo objetivo de los valores. Asociaba la *objetividad* a la *sociabilidad* que tenía que referenciarse a un sistema de signos convencionales y por tanto a una abstracción. En oposición la *subjetividad* correspondía al grado de interiorización y de *privacidad* de la arquitectura. Lo privado como síntesis de significados y usos culturales resiste al cambio. Definía así la diferencia en la expresión de lo privado y lo social, caracterizada por la temporalidad, índice de la mayor o menor velocidad de su modificación cultural, en el paulatino cambio de los modelos origen e incluso en la renuncia a toda posibilidad individual de intervención. La casa es conservadora. El arte es revolucionario; edifica la mente y lleva de lo cotidiano a la esfera de los valores. La casa ha de servir a la comodidad. La obra de arte quiere arrancar a los hombres de la comodidad. Por tanto la casa no tiene nada que ver con el arte y la arquitectura no debería contarse entre las artes exceptuando los monumentos funerarios y los conmemorativos.

95

Así Loos trataba de marcar los confines de los valores objetivos y los valores subjetivos, diferenciar el arte de la vida y constatar los interconectados problemas de la comunicación y la autenticidad del lenguaje en la búsqueda de la significación en arquitectura. Paralelamente en la música, Schönberg suscitaba si al lenguaje le era esencial expresar ideas y sentimientos, es decir, simbolizar algo diferente a lo musical como venía haciendo a lo largo de la historia; su música se proclamaba autosuficiente, un mero ayuntamiento de sonidos y un lenguaje en sí mismo. Junto con Loos y Schönberg compartían la crítica del lenguaje, como una crítica cultural, Kokoschka, Altenberg, Wittgenstein y Kraus. La pintura de Kokoschka ejercía una crítica social a través de sus figuras extraídas de una esencialidad frente a la artificialidad y esteticismo de Klimt en la misma línea que Loos denunciaba el «ornamento» como «delito» con incursiones explícitas a los arquitectos de la Secesión. Una nueva lógica y una nueva ética propugnaba la autenticidad de la idea y la integridad del autor en expresar los verdaderos valores; una sensibilidad que trascendía a los problemas centrales de la comunicación y la autenticidad

moral de toda creación. El creador no ha de buscar la belleza sino la verdad donde la belleza estará implícita.

El problema de definir la finalidad esencial y los límites de la *representación* era el mismo, el del *lenguaje*, y era en la realidad el problema de definir la finalidad y los límites de la *razón*. Wittgenstein resolvería filosóficamente dicho problema. Con el *Tractatus* establecería una teoría del lenguaje formal que mostraba cómo la lógica y la ciencia desempeñan un papel dentro del lenguaje descriptivo ordinario, mediante el cual producimos una representación del mundo análoga a los modelos matemáticos de los fenómenos físicos. Pero las cuestiones relativas a la «ética, los valores y la significación de la vida» por hallarse fuera de los límites del lenguaje descriptivo aludido son objetos de una suerte de visión mística, que sólo puede ser transmitida a través de una comunicación «indirecta y poética». Definía así la naturaleza y los límites del lenguaje y al mismo tiempo trazaba una separación entre los hechos y los valores, la esfera de la ciencia y la moralidad. De ese modo trataba de proteger la esfera de la *conducta* en la vida de la esfera de la *especulación*, la esfera de la fantasía de las incursiones de la razón e impedir que los sentimientos espontáneos fuesen socavados por la racionalización.

96

Lo ético se sitúa fuera del discurso racional; se ubica en la esfera de lo poético. La significación del mundo se encuentra fuera de lo factual. Lo que el mundo tiene en común con su representación es el poder poético que tiene el lenguaje de transmitir la significación de la vida. El *Tractatus* establecía la subjetividad de la ética y restituía la objetividad de la ciencia. Compatía así la fuerza del racionalismo que mutila y encadena el espíritu humano. El fracaso del racionalismo radicaba en un equívoco en distinguir la esfera de la fantasía de la esfera de la especulación.

La esfera de la poesía

Trasladado el mismo problema del lenguaje a la arquitectura de hoy nos enfrentamos por un lado con el funcionalismo utilitarista que procede con un reduccionismo de la expresión supeditada a reproducir el discurso explícito del poder económico y político y por otro con el formalismo estético-tecnológico en sus diversas acepciones que seduce el poder. Consideramos hoy el lenguaje indistintamente como un código basado en convenciones establecidas o un sistema de signos arbitrarios al que pretendemos dar una base objetiva o intelectual, eclipsándose completamente este carácter originario y revelador del lenguaje que Louis Kahn, por ejemplo, suscitaba *medio siglo* después de Loos. Cuando Luis Kahn se preguntaba «¿qué quiere ser un edificio?», frente a los planteamientos funcionalistas sugería que los edificios tienen una «esencia» que determina el hecho construido. Existe un orden que precede el diseño al cual hacía alusión como «deseo de existencia». El diseño de la forma es la transcripción al ser del «orden interno». Kahn pretendía expresar que la arquitectura es la encarnación de lo incmensurable; de las *instituciones* que pertenecen a lo común: los deseos y las aspiraciones de los hombres. La vida no es arbi-

traría sino que tiene unas *estructuras*, lo que Heidegger llamaba «formas básicas» de «ser-en-el mundo». La expresión que descubre la estructura del mundo corresponde según Heidegger al *deseo de ser* como un *deseo de expresar*. Lo que el arquitecto hace responde a una institución antes de convertirse en edificio. El edificio «lo que quiere ser lo ha sido siempre». Coincidió así con Loos y Hofmannsthal en la preexistencia de los valores que forman el mundo objetivo.

Kahn se vinculaba al pensamiento de Heidegger con respecto a la articulación antropológica y ontológica de la expresión que hallaba su esencialidad en el habitar. El lenguaje en cuanto «casa del ser» posee la capacidad de traducir realidades vividas en formas construidas. Esta traducción ocurre como un proceso de reunión. Todo aquello que pertenece a la esencia coligante constituye un lugar. La construcción de un puente, por ejemplo, constituye un lugar porque relaciona la tierra, la tierra y el hombre. El construir pensado desde la esencia de habitar habla de un modo originario. Construir significaba originariamente, en el antiguo alemán, habitar. La antigua palabra *bauen* significa que el hombre es a la medida que habita. Cuando el lenguaje retira el significado propio de la palabra construir, el de habitar, parece que no es injustificado. No se trata de un simple proceso que tiene lugar dentro del cambio semántico de las palabras. Cuando el habitar se retire detrás de las múltiples maneras en que no se piensa nunca como rasgo fundamental del ser, cuando el habitar no es experiencia como el ser del hombre, el construir se reivindica por una serie de actividades y su sentido propio, el de habitar, cae en el olvido. Los méritos de ese múltiple construir no llenan nunca la esencia de habitar sino por lo contrario restringen el habitar en el construir. Y así nuestro entendimiento del mundo se reduce. Reducimos la realidad y entendemos el hombre en términos de sus necesidades cuantificables y recursos calculables. Nuestra comprensión se reduce a *racionalización* y nuestro estado anímico en *sentimentalismo*. Una ruptura entre pensamiento y sentimiento nos bloquea el acceso al mundo. El lenguaje enmudece y el contacto con el mundo se convierte en soledad. De ese modo el hombre se aliena con su propia naturaleza y se transforma en mero material humano. Recuperar el habitar es recuperar la capacidad de *poiesis* que es situar el hombre en la tierra, llevarlo a ella, llevarlo al habitar, lo que expresaría Antonio Fernández-Alba como esencia de la arquitectura. «Proyectar la arquitectura lleva implícita la capacidad de imaginar, imaginar formas en el espacio que sobrepasan la realidad para después construirlas sobre la propia realidad. Esta facultad imaginativa permite pre-figurar nuevas formas de vida, anticipar episodios para la biografía del hombre o recurrir a través del espacio a configurar el cúmulo de ensoñaciones donde se puede verificar la acción de la que es solidaria la existencia, para encontrar al final la materia siempre atareada en superar los límites de la geometría. Proyectar es mediar entre las tramas existentes y los nuevos deseos humanos. Ideaciones gráficas que se convierten en construcciones que recorren los diferentes episodios del espacio en el tiempo, intentando asumir la historia. Siempre fue hermoso para el trabajo del hombre mostrar cómo es posible hacer surgir las cosas de la imaginación y atribuirle el inaudito poder de la transformación. La construcción del espacio no se

reduce exclusivamente a descifrar la forma sino a trascender y superar la materia de su fabricación. La arquitectura se proyecta, así, a proporcionar lugares para la existencia de los hombres».

Poetizar-pensar, transcurrir por lo pensado de un modo distinto consiste en un revelar una imagen, en un dejar visualizar la esencia de lo invisible. Las imágenes poéticas son imaginaciones en un sentido especial: no meras fantasías e ilusiones sino imaginaciones, incrustaciones en las que se puede avistar lo extraño en el aspecto familiar. Por esto poetizar no es ningún construir en el sentido de levantar edificios, decorarlos y equiparlos; es un construir inaugural. En la hermosa definición de Fernández-Alba vemos cómo se hace asequible el «construir, habitar, pensar» del metafísico Heidegger desplegando y cerrando el círculo completo de todos los elementos: imaginar, pensar, proyectar, tierra, materia, técnica, civilización, historia, cultura, espacio, lugar, lo trascendental y mítico, la existencia.

La esencia del habitar es poética. «Poéticamente habita el hombre», nos dice Heidegger a través del verso de Hölderlin. La esencia de la poesía que es la imaginación como revelación de algo interpela a la medida del corazón, del sentir o presentir. Poetizar viene a ser medir-pensar no con la geometría; es hallar el metro, su propio metro; es medirse con el más allá donde reside lo desconocido y lo misterioso. Reinstaurar de este modo la arquitectura significaría trascender de las cuantificaciones superficiales y de la arbitraria codificación de la semiología y hacer que los lugares cobren vida. La esencialidad del habitar entre la subjetividad del ser y la objetividad de estar en el mundo es el habitar originario.

98

La esfera de la especulación

La distorsión producida por el desplazamiento del punto de vista creativo en la relación sujeto-objeto hacia la compleja naturaleza formal de objetos justifica la multiplicidad de tendencias arquitectónicas hoy, incluso en su irreducible oposición. La liberación del lenguaje arquitectónico, la pérdida total de cualquier principio referencial ha llevado a la indeterminación de sus objetivos de igual modo, se puede decir, que la liberación del sexo ha llevado a su indeterminación. Parece que el deseo cuanto opera sin restricción queda sin realidad; al quedarse sin imaginario está en todos los lados pero en una *simulación generalizada*. Cuando lo femenino se funde en lo masculino tenemos *grado cero de estructura*, neutralización potencial, nos dice Baudrillard coincidiendo con Kraus en cuanto preveía la amenaza del feminismo, que presentaba la imagen de la mujer igual a la del hombre. Eso define una situación de simulación que confiere a lo femenino *ambigüedad*. Un paso más allá de la simulación está la *seducción*. Esta fuerza de lo femenino sobre lo masculino que hace escapar todos los poderes de su dominio. Lo femenino ahora como apariencia, como superficie, se opone a lo masculino como realidad y como profundidad y lo hace fracasar: contra el poder del ser y la realidad el dominio y la *estrategia de las apariencias*. La seducción es la alternativa a la represión femenina contenida en el relato de la miseria sexual

y política de las mujeres con exclusión de cualquier otro modo de poder y soberanía. La metáfora de la seducción de *la arquitectura presentada como imagen* se lleva a cabo hoy como liberación de todos sus vínculos: ideológico, sociológico y antropológico. Por la misma convención que pretende que la sexualidad y el poder sean fundamentalmente del carácter masculino, la seducción pertenece a lo femenino. Como reverso mismo del sexo, del sentido y del poder, la seducción representa el universo de lo ambiguo, la simulación y las apariencias; una exaltación de los signos en su uso maléfico.

Frente a las virtudes corpóreas: salud, fortaleza, belleza, verdad, atribuidas a lo masculino, la seducción es una categoría que no necesita fundamentación; está inmediatamente ahí sin que nada le pertenezca excepto las apariencias. Hace girar las apariencias sobre ellas mismas y al cuerpo actuar como autorrepresentación. Su poder está en el juego; su secreto en la inversión de toda pretendida profundidad de la realidad, de toda psicología, de toda anatomía, de toda verdad, de todo poder. Todos los signos son reversibles. La seducción representa el dominio del universo simbólico, mientras que el poder representa el dominio del universo real. El fracaso de lo real, el fracaso de la materia, el triunfo de lo ilusorio y los inmateriales representan los caracteres fundamentales de nuestra cultura contemporánea mediática. La arquitectura no escapa de la influencia mediática. Siendo el componente principal de la cultura material está sometida en el máximo grado de mediatización. La obtención y percepción de la *imagen* arquitectónica extraída completamente de los procesos globales de comunicación y comunicabilidad se desplaza en un nuevo proceso antropológico. De nuevo aparece como una problemática del lenguaje, una problemática relación entre teoría, praxis y realidad del propio habitar. La condición arquitectónica, parte integrante de la condición urbana y medioambiental global, transcurre por un proceso dominante de estetización. Estamos ante un fenómeno de *estetización global y difusa* que se extiende como maquillaje de la faz de la tierra. Los *contenidos*, las *cualidades*, los *lugares*, se suplantán por la *superficialidad*, la *atractividad* y los *artefactos*; la *experiencia de lo real* por la *manipulación perceptiva*. La *institución de espacios* se confunde con la *instalación de ambientes* que proporcionan experiencias perceptivas. Por lo general, experiencias que no son directas sino un aditamento introducido posteriormente por la interpretación.

El concepto de *ambiente* que trasciende del *espacio lúdico* se configura como medio visual que afecta con distinta intensidad a la actividad sensorial. Los instaladores ambientales pretenden la estimulación perceptiva a través de las diversas técnicas que vienen a ser apoyadas en la idea de lo artístico como «efecto ornamental». Si la concepción original de los ambientes lúdicos pretendía una apertura en la participación interactiva del espectador, en realidad la relación se convirtió en un condicionamiento que el ambiente ejerce sobre el público con un mecanismo de aprendizaje de ciertos códigos utilizados para su manipulación económica. Esos principios alcanzan hoy el reconocimiento oficial y vienen a formar parte de los intereses de los sistemas político y económico; se ven asumidos sobre todo por el *espacio público* identificado hoy con

el espacio de *consumo*. Así que la construcción de un ambiente arquitectónico o urbano se confía en la *fantasía*, hecho que tiene su origen en ciertas modalidades artísticas que entienden como objeto de arte la ocupación total del espacio. Y la manipulación de una idea de lo *artístico* como configurador del *medio urbano* le transforma en el *contexto semiótico* que desarrolla la nueva ideología artístico-tecnocrática con fines especulativos. Lo artificial y lo superficial son el centro de la reflexión. La estética ambiental en sentido de la apariencia de la realidad no de la misma realidad es la seducción misma que opera de forma fraudulenta al pretender integrar la preocupación social en el mundo de la especulación política y económica. Cuando el artificio se impone sobre cualquier orden natural, cuando la energía se vierte sobre la creación del signo y del ritual estamos en el dominio de la seducción. Entre estos productos los paradigmas que más frecuentemente nos encontramos son el humanista y el ecológico maniqueamente explotados en las escenografías urbanas y el nuevo paisajismo. La apariencia que reflejan estos productos como posibilidad emancipatoria desemboca en la educación e inversión de los gustos y la experiencia que se obtiene de ellos decae en fetichismo.

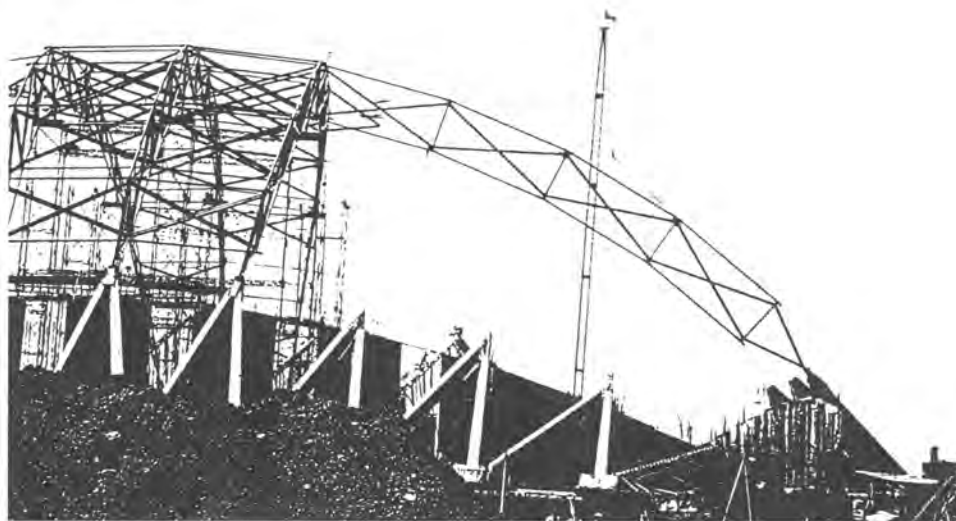
100

Estas estrategias transformadoras comprobamos que no pueden incidir en el propio proceso del espacio urbano y que sólo se limitan a servir la atraktividad urbana. Hoy, forman parte de esta cada vez más extendida concepción intervencionista que considera como función social esta apropiación y cambio estratégico del medio. La transformación estética del medio ambiente soslaya la coyuntura de un espacio urbano ambiental concebido según una ideología tecnocrática y subordinado al espacio económico. H. Marcuse, que entendía la estética como una especie de patrón para una sociedad libre, reivindicaba la estética como un juego libre de la imaginación con toda su carga liberadora e impulsora de un nuevo principio de realidad. Desde las reflexiones antropológicas de Marcuse a su reproducción en la realidad, la teoría ambiental que predomina hoy se ve obligada a aplicarse fuera de las condiciones existenciales por ese mismo principio de abstracción según el cual para producir obras de arte es preciso abstraerse de la realidad cotidiana.

La separación entre vida y arte nos devuelve a la misma problemática de Adolf Loos sin resolución. Seguimos en esa transición filosófica desde el *objeto antropológico* a lo abstracto que se convierte en *absoluto de lo abstracto*. El *enriquecimiento antropológico* deviene *pretensión sociológica*. La imaginación y las poéticas de individualidades creadoras se vierten en teorías ambientales que difunden la nueva comprensión del mundo y forman el nuevo espectador. Es el mismo habitante formado como espectador y consumidor bajo el efecto de la *explosión tecnológica* en la creación de un *universo especulativo*. En el universo de la mecanización racionalista y el sueño de la técnica, se lleva a cabo la disolución de lo privado en lo público a través de los medios de comunicación de masas. La problematización de la idea de lo íntimo ante la institucionalización de lo público se hace inviable; se pierde el contacto con la realidad como experiencia directa, y no es posible la habitabilidad que concebía Adolf Loos como naturalidad, temporalidad, historicidad, cultura que alcanza el verdadero, único conceptual: el origen.

BIBLIOGRAFIA

- Janik, Allan y Toulmin, Stephen, *La Viena de Wittgenstein*, Taurus Ediciones, S.A., Madrid, 1987.
- Loos, Adolf, *Ornamento y delito y otros escritos*, Ed. Gustavo Gili, S.A., Barcelona, 1972.
- Heidegger, Martin, *Conferencias y artículos*. Capítulo sexto: «Construir, habitar, pensar». Capítulo octavo: «(...) Poéticamente habita el hombre», Ed. del Serbal, Barcelona, 1994.
- Fernández-Alba, Antonio, *Antipoemas del lugar y papeles del espacio*, Libros Maina, La misma, Madrid, 1984.
- Baudrillard, Jean, *De la seducción*, Ed. Cátedra, S.A., 1989.
- Marchán Fiz, Simón, *Del arte objetual al arte del concepto*, Ed. Akal/Arte y Estética.





FORO ABIERTO

LA «CASA»

Georg Simmel

102 **A**quí podemos dar por terminado el examen de las posibilidades que se ofrecen a la mujer para realizar, en las esferas generales de la cultura, creaciones inaccesibles al hombre, o, dicho de otro modo, para aumentar la cultura objetiva con productos típicamente femeninos. Ahora dirigiremos nuestra atención a las dos formas de productividad femenina que son o pasan por ser creadoras de cultura en gran escala: la casa y la influencia de las mujeres sobre los hombres.

Aun los que han concedido a la «casa», al hogar, las máximas valoraciones suelen referirse en su estimación a los resultados y ventajas que de la casa se derivan, pero no consideran ésta como una categoría de la vida general. Ahora bien, hay toda una serie de importantísimas formas cultas que responden al siguiente característico esquema: desde un punto de vista, son una parte de la vida universal, parte coordinada a otras partes, que a su vez constituyen esferas bien circunscriptas por su forma esencial, y en relación mutua entretajan la totalidad de nuestra vida individual, social, espiritual; desde otro punto de vista, empero, cada una de ellas figura *todo un mundo*, es decir, una forma en donde los contenidos vitales todos tienen entrada y son ordenados, tratados y vividos según una ley particular. La estructura de nuestra existencia aparece en el primer aspecto como una suma de contenidos varios que se entrecruzan, que se moldean unos en otros; pero en el segundo aspecto aparece como una suma de mundos, todos los cuales abarcan el mismo contenido vital, aunque cada uno con su forma específica, representativa de una totalidad. Así la religión, el arte, la moral, el conocimiento. Cada uno de éstos constituye una parte de la vida, y sus cambiantes combinaciones, donde unas veces es tal actividad la principal, otras la accesoria, forman juntas la unidad de toda la

existencia individual y pública. Pero cada una de ellas es también, en otro sentido, un *mundo entero*; o, dicho de otro modo, todo cuanto sentimos y experimentamos puede ser vivido por nosotros bajo la especie de su significación religiosa; la totalidad de las cosas se acomoda, en principio, a las posibilidades de la forma artística; todo cuanto el universo nos ofrece puede ser objeto de una actitud ético-práctica; todo cuanto en general aparece a la conciencia constituye problema del conocimiento.

La realización empírica de estos mundos, cada uno de los cuales recibe su forma de una ley plástica *a priori*, es, naturalmente, hartamente fragmentaria. La actuación de esta ley es siempre limitada por la situación histórica dada, la recepción de los contenidos está restringida por la fuerza y la duración de las vidas individuales. Pero, en principio, hay tantas posibilidades como formas de esa clase, y en cada una de ellas deben penetrar los contenidos para poder ser vividos, pues de lo contrario quedarían fuera de toda concreción vital, como ideas abstractas.

Hay también ciertas figuras de vida que, aunque más concretas, actúan —en ciertas condiciones— a la manera de esas formas totales. Así, por ejemplo, el Estado. El Estado, por una parte, constituye un elemento entre otros pertenecientes a distintos círculos de mucho interés, aun para el hombre que más a fondo compenetre su vida con la vida del Estado. Pero, por otra parte, puede considerarse el Estado también como una forma que lo abarca todo y en cuya organización y zona de influencia pueden entrar todos los posibles contenidos vitales, aunque los Estados históricos realizan en distinta proporción esta posibilidad.

103

En fin, la «*casa*» misma representa este doble papel. Por una parte, es la casa un momento en la vida de sus partícipes, los cuales trascienden de ella por sus intereses personales y religiosos, sociales y espirituales, chicos o grandes, y edifican su vida añadiendo al hogar otras preocupaciones extradomésticas. Pero, por otra parte, la casa representa un módulo especial, en donde todos los contenidos vitales reciben cierta forma típica. No existe —por lo menos en la cultura europea desarrollada— ningún interés, ninguna ganancia o pérdida, ya sea exterior o íntima, ninguna esfera de la actividad que no desemboque, con todas las demás juntas, en la peculiar síntesis de la casa, ninguna que no tenga en la casa su asiento de un modo o de otro. La casa es una parte de la vida, pero, al mismo tiempo también, un modo especial de condensarse la vida, de reflejarse, de plasmarse la existencia.

Ahora bien, la gran hazaña cultural de la mujer es haber creado esta forma universal. He aquí un producto objetivo cuya índole propia no es comparable con ninguna otra;

he aquí un producto que lleva impreso el sello femenino por las peculiares facultades e intereses de la mujer, por su típica sensibilidad de inteligencia, por el ritmo entero del ser femenino. Esas dos significaciones de la casa —como parte y como todo— existen sin duda para los dos sexos; pero se reparten de manera que para el hombre la casa es más bien un fragmento de la vida, mientras que para la mujer la casa significa la vida entera, plasmada a modo doméstico. Por eso, el sentido de la casa no es para la mujer objetivo, ni tampoco se circunscribe a alguna de sus tareas, ni siquiera a la de cuidar a los niños. Para la mujer, la casa es un valor y fin en sí, que se parece a la obra de arte en que halla su importancia cultural subjetiva en su eficaz acción sobre los partícipes, pero que, además, adquiere un sentido objetivo por su propia perfección y según leyes peculiares.

104 Esta creación cultural de la casa pasa muchas veces desapercibida o confusamente vista, porque los detalles y particularidades de su figura concreta son fluidos, movedizos, y están al servicio del momento y de las personas, lo que hace que permanezcan ocultos el sentido objetivo y la significación cultural de la *forma* en que la casa verifica la síntesis de esos productos fluidos y movedizos. Mas es lo cierto que, por encima de sus producciones momentáneas y de la forma impresa en ellas, la casa posee valores perdurables, influencias, recuerdos, toda una organización que se halla vinculada al transcurso variable y personal de la vida, mucho más radicalmente que las demás creaciones cultas de origen masculino. Podríamos aquí —verificando una abstracción todavía mayor— establecer una correlación universal humana. La naturaleza del varón, dualista, inquieta, entregada a la indeterminación de lo futuro —que así podemos señalar, allende a las modalidades individuales, su oposición a la esencia femenina—, necesita revolverse y salvarse en la actividad objetivada. Las fluctuantes diferenciaciones del proceso cultural, con las cuales el hombre se encuentra desde luego enredado al comenzar su desarrollo, encuentran, por decirlo así, su compensación en las obras permanentes, objetivas, superindividuales a que tiende la labor cultural del hombre, sea rey o carretero. Podría concluirse que el ser humano en general necesita una cierta mezcla o proporción de estas dos tendencias fundamentales: evolución y permanencia, diferenciación y condensación, entrega al curso del tiempo y evasión de lo efímero en algo ideal o sustancial. Estas oposiciones no encuentran su expresión pura ni siquiera en los citados términos abstractos; constituyen los elementos formales de la esencia humana, y la conciencia no puede aprehenderlas sino en alguna materia concreta de su funcionamiento. Ahora bien, el modo como están combinadas con el tipo mujer es justamente el contrario del que impera en el tipo hombre. Percibimos a la mujer no tanto bajo la

especie del cambio como bajo la especie de la permanencia –por indefinido, impreciso y lejano que sea este concepto–. Aquí encuentra su más abstracta categoría ese aspecto unitario, natural, recluso, que distingue al ser femenino del masculino. Pero su «contrafigura», quiero decir, esa compensación necesaria a toda existencia humana, hállese en el carácter común a todos los contenidos de la actividad femenina, los cuales son algo que fluye, algo que se entrega a lo individual, algo que nace y muere con la necesidad del momento; no una construcción en el mundo superpersonal de la cultura, sino un estar al servicio de los días y de las personas que edifican ese edificio. Otra correlación algo más especial viene a significar lo mismo. La mujer con su índole reclusa, contenida en estrictos límites, se contrapone al hombre, que, por decirlo así, propende de suyo a romper todo límite y contención. Y, sin embargo, en las producciones artísticas falla la mujer justamente en aquellos géneros que más exigen formas estrictas y cerradas, como son el drama, la composición musical, la arquitectura.

Claro está que todas estas simetrías de conceptos que aquí establecemos no son construcciones rígidas, sino un esquema tenue que la realidad envuelve en mil variantes. Y en este sentido podría decirse que las manifestaciones que corresponden respectivamente a la naturaleza de cada sexo parecen haberse trocado y cambiado de uno en otro. El sexo masculino, que en su naturaleza profunda es incesantemente activo, expansivo, actuante, desgarrado por el juego de un interior dualismo, muéstrase, sin embargo, en sus manifestaciones objetivo, permanente, sustancialista. En cambio, el sexo femenino, que por su naturaleza hállese como concentrado en sí mismo, recluso en su propia intimidad, muéstrase en sus manifestaciones vertido en la vida fluyente y orientado hacia los resultados, que desembocan sin cesar en el *panta rei* de los intereses y exigencias momentáneas. Ahora bien, la «casa» posee una especial estructura que reduce a su sosegada intimidad –al menos en la idea– todas las líneas del universo cultural y canaliza en cierta unidad permanente y concreta todos los momentos varios de la vida activa y creadora. Por eso le cuadra bien aquella relación simbólica y real con la índole femenina. Por eso ha podido ser el «hogar» la gran hazaña cultural de la mujer. ©



FORO ABIERTO

DEBATE

Olivier Mongin, Benoît Chantre y Joël Roman

106 **B**ENOÎT CHANTRE: *Su reflexión sobre la ciudad es inseparable de un doble interrogante que se reproduce constantemente: el primero está relacionado con el futuro de la democracia y el segundo con la posibilidad de un «nuevo espíritu utópico». Parece, sin embargo, que este último se presenta en forma defensiva y no afirmativa. La utopía surge contra algo, al mismo tiempo que la ciudad se reinventa contra lo urbano... Por lo tanto, más que expresar el deseo de inventar algo nuevo, lo que hace es representar una resistencia. ¿No es éste un signo de agotamiento de la utopía?*

OLIVIER MONGIN: En efecto, el interrogante sobre el futuro de la democracia me lleva a interesarme vivamente por los interrogantes contemporáneos sobre la ciudad. Si éstos desempeñan el papel de imaginar una manera de «estar juntos» en el espacio que se diferencia de la ciudad tradicional (lo que ha sido definido por otros y por mí mismo la ciudad «clásica» europea y de la cual existen numerosas variantes) y, a la vez, de la ciudad futurista ligada a la utopía radiante, las reflexiones de arquitectos y urbanistas pueden enseñarnos mucho sobre nuestra capacidad de imaginar (o no) proyectos utópicos inéditos, utopías que no se conviertan en realizaciones mortíferas. No hay que equivocarse: distanciarse de la utopía radiante no implica condenar la idea misma de utopía. Someter a juicio las malas utopías –las que han alimentado los «crímenes del siglo XX», en palabras de Vaclav Havel– no significa cuestionar el deseo de utopía. Se intuye de varias formas: a nivel de especulación filosófica, el *principio responsabilidad* de Hans Jonas ha substituido al *principio esperanza*, es decir, al «principio utopía» de Ernst Bloch; hemos ido pasando de una concepción radiante de la democracia a una concepción más frágil, menos activista. Esta concepción «debilitada» de la utopía puede decepcionar, pero la utopía hoy día sólo puede

nacer de una crítica de las utopías negativas. No es algo nuevo: ya en el siglo XIX se reconsideró la utopía en función de una denuncia de las utopías abusivas. Esta es la razón por la que el terreno urbano me parece ahora tan instructivo. Por una parte, remite a las inquietudes de la ciudad como concepto político-social, por otra, da a algunos profesionales de la arquitectura y del urbanismo la oportunidad de esforzarse por inventar una ciudad diferente. Pero una ciudad diferente que se distinga de la ciudad futurista de ayer. Se comprende, entonces, dónde puede intervenir la dimensión utópica de la ciudad contemporánea: tanto frente a la utopía radiante (de carácter cientificista, que se apoya en la hipótesis de una ciencia del hábitat), como frente a la utopía de lo urbano (tecnicista y realista). Hay que volver a emprender la lucha utópica contra estas desviaciones del espíritu utópico. Por otra parte, ¿se ha concebido jamás la utopía a sí misma de otra forma que «en contra», para denunciar situaciones alienantes, invivibles? En ello estamos y no hay motivo para rendirse.

B. C.: Pero ¿piensa Ud. que los medios profesionales a los que ha hecho alusión son realmente conscientes de la importancia de estos envites políticos? ¿No es acaso excesiva la confianza que les concede, cuando, en realidad, ellos también se han convertido en técnicos, a su manera?

O. M.: No nos dejemos engañar por las apariencias, como se suele decir. O bien ponemos claramente en tela de juicio las buenas intenciones de los arquitectos que hoy redescubren, un poco tardíamente, el sentido de su misión, o bien confiamos en ellos, sin temor a criticarlos, a preocuparse de las desviaciones financieras y mediáticas de las cuales con frecuencia son víctimas complacientes. Personalmente, desconfío de la primera opción, no es muy apasionante y no respeta la reflexión emprendida por muchos arquitectos y urbanistas desde hace unos años. Aunque esta reflexión pueda inspirar desconfianza, no hay duda de que es más sutil y sobre todo más político intentar relanzarla y reactivarla. Existen libros, artículos, revistas, catálogos, exposiciones, etc., y toda esta exuberante producción demuestra que el interés por la ciudad no se puede reducir a intereses profesionales, a posturas mediáticas, o a entusiasmos nostálgicos hacia un «objeto desaparecido». Pensemos en muchos de esos arquitectos llamados «mediáticos» porque tienen cierto éxito: son personas que no tienen miedo de afirmar que su trabajo tiene un significado político profundo y que es urgente volver a ejercer de arquitectos en beneficio de la ciudad. No he inventado yo la expresión de tercera ciudad, de «III era» de la ciudad, sino Christian Portzamparc, un arquitecto que reconoce que la arquitectura contemporánea ha dejado la ciudad en segundo plano para dedicarse a construir objetos bellos (grandes o pequeños) fuera de cualquier entorno urbano, y así desde hace gene-

107

raciones. Quizás haya llegado el momento, aunque tardío, de apoderarse del tema de la ciudad a nivel político: en este contexto, corresponde a los arquitectos desempeñar un papel decisivo. Esta constatación es una forma de volver a la pregunta sobre la utopía que me había planteado hace un instante: los arquitectos de la tercera ciudad no pueden ser considerados simplemente como personas que «reparan» ciudades en descomposición, que planifican, en la medida de lo posible, ciudades sometidas al yugo de lo urbano. Su cometido es recomponer un mundo de urbanidad, reinventar las ciudades más que imaginar una ciudad diferente, la ciudad perfecta y sin defectos. En este contexto, la constatación lúcida de la existencia de un reino de lo urbano no debe impedir a los que lo deseen hacer de la ciudad un asunto que nos implica a todos.

JOËL ROMAN: *Lo mínimo que se puede decir es que el debate sobre la ciudad es un tema de actualidad y que no brilla por su carácter utópico. Con ocasión de las elecciones municipales de junio de 1995, el Front National provocó una fuerte inquietud. Se tuvo la impresión de que la conquista de las ciudades en el sur de Francia, considerada como una amenaza desde hace años, causaba un desasosiego mucho más radical entre los demócratas. Tomar una ciudad es marcar una etapa decisiva...*

108

O. M.: Esta es la cuestión central de los interrogantes sobre la ciudad. Los que quieren ver el debate sobre la ciudad como una puesta en escena más, destinada a agrandar a algunos alcaldes o arquitectos faltos de éxito, se equivocan absolutamente. Pura y simplemente han olvidado que la política exige un marco, un espacio (la *polis* fue lo que en Grecia hizo posible la deliberación) y que el nacimiento de la democracia es indisoluble de la política. Que la ciudad tiene que ver con la política está ahora más claro que nunca. Por un lado, imperan los destructores de las ciudades, y los serbios se han aprovechado enormemente de la impotencia internacional para apoderarse de ciudades denominadas «enclaves». Por otro, en las democracias que están yendo más allá del marco nacional la municipalidad aparece como un retiro posible (un enclave, pero en sentido opuesto) que protege de las invasiones y permite afirmar la prioridad nacional.

Desde esta óptica, la ciudad se encuentra doblemente tomada por asalto: la destruyen como bárbaros desde el exterior y al mismo tiempo se sirven de ella para protegerse de los «bárbaros». La ciudad en sentido estricto es un enclave, que protege de los bárbaros y que permite aislarse de los demás, defenderse de la presencia de los extranjeros. Para los adversarios de la ciudad democrática, la villa es un espacio del que hay que apoderarse, bien por medios militares, bien mediante elecciones. Es algo que se comprende mejor que nunca en Europa, y en particular en Francia: la ciudad vuelve a ser el centro

de los debates porque plantea la cuestión del nivel de la acción política (nacional, municipal, regional, supranacional, mundial). La crisis del marco nacional vuelve a situar a nivel de la ciudad la cuestión de la acción política. Sin embargo, hemos comprendido que la acción municipal puede orientarse en dos sentidos claramente contradictorios: el que lleva a la destrucción del espíritu de la villa como aglomeración urbana y el que conduce a la reconquista del espíritu de la ciudad como concepto político-social.

J. R.: Pero esta ciudad a la que alude usted de nuevo sigue apareciendo como un espacio que sobrevive protegiéndose de lo que existe fuera de él. Se habla de «relegación», de periferia... Lo mínimo que se puede decir es que la ciudad soñada o la ciudad reivindicada tiene mejor salud que las ciudades periféricas que han ido surgiendo en sus alrededores.

O. M.: Tiene razón. Quien intente revalorizar la idea de ciudad contra la lógica cada vez más extensiva de lo urbano (la del territorio) no deberá poner entre paréntesis lo que ocurre en el exterior de la ciudad. Las dificultades de la ciudad son inseparables de lo que ocurre fuera de ella. No basta con juzgar en abstracto el reino de lo urbano, también hay que tomar como punto de partida los daños que lo urbano provoca en la periferia de las ciudades, o en las ciudades mismas (las megalópolis). Si la ciudad, la tercera ciudad de la que habla Christian Portzamparc, debe reinventarse contra la lógica de una urbanización que ya no respeta el espíritu de la ciudad como concepto político-social, no volverá a encontrar significado mientras no comprenda que su destino está ligado a esas periferias que curiosamente llamamos ciudades. En una película controvertida *—El odio—* Mathieu Kassovitz ha mostrado recientemente que la periferia es un (im)puro producto de la ciudad, que es una protuberancia, que no existe sin la ciudad que la «relega». La ciudad no se constituye en contra de la periferia, a menos que se renuncie definitivamente al espíritu de la ciudad como concepto político-social y que se acabe por creer que las «últimas ciudades» son «retiros», fortalezas que permiten protegerse de los enemigos (imaginarios o no). Bien al contrario, la ciudad debe imaginar una manera de aglomerar a los individuos en el espacio (y no de disociarlos). Por muy realista que fuese, Maquiavelo ideó la política moderna en el marco de una ciudad en sentido clásico, de una ciudad. En aquella época, la ciudad-Estado era un modelo, hoy la ciudad es un elemento de un conjunto más amplio. Ya no es un Estado, ni siquiera un Estado dentro del Estado (o elemento de una red), es uno de los ámbitos donde se hace de nuevo concebible reinventar las condiciones de una acción política democrática. La ciudad es inseparable de la política, pero la política no siempre está marcada por el espíritu municipal, por el espíritu de la ciudad como concepto político-social, indisociable de la democracia. ©



RESEÑAS DE LO PUBLICADO

EL LARGO ADIOS

Roberto Fernández

110

Parafrasear a Chandler sirve doblemente en este caso para despedir a Manfredo Tafuri, prematuramente muerto en 1994, y para aludir a su pasión, casi policíaca, por la resolución de «Enigmas», en la vía del método del paradigma indiciario de su admirado Carlo Guinzburg. Este libro, casi póstumo, exhibe la estación final de un largo trayecto hacia la pura lógica de la investigación histórica, abandonada hacía rato toda «esperanza proyectual», ligada a posibles hermenéuticas de los productos arquitectónicos y sus procesos proyectuales. Si bien sus primeras tareas crítico-historiográficas (desde el temprano ensayo *Para una Crítica de la Ideología Arquitectónica* de 1969 –editado en España tres

años después– hasta *La Esfera y el Laberinto* de 1980 –edición española del 84– recusaron la moda operativista tan vigente en la historiografía arquitectónica italiana (Zevi sobre todo, pero también, con matices, encontrable en De Fusco o Argan), en toda esa primera parte de su producción se pudo sentir una voluntad explicativa y descifratoria de las complejidades de la acción proyectual. «Ya en su cátedra veneciana, que regentaba desde el tumultuoso 1968, se había preocupado de aclarar que enseñaba Historia de la Arquitectura y que por lo tanto se dirigía no a los arquitectos sino a historiadores de arquitectura, distinción no menor que explicó su itinerario de profesionalización. Monografías como

La Armonía y el Conflicto (1983), que versaba sobre el complejo mundo cultural y político que contextualizaba y determinaba la historia de un proyecto y un edificio como Santa María della Vigna en Venecia exhibían, junto a sus estudios de Palladio, Giulio Romano, Sansovino, Rafael o Di Giorgio Martini, la voluntad de no resolver nada acerca de la hermenéutica del proyecto o las respectivas producciones artísticas, sino más bien presentarlas como un tamiz por el cual sólo cabía intentar entender la complejidad epocal.

Si *La Arquitectura del Humanismo* (1972) o, algo antes, *Teorías e Historia de la Arquitectura* (1970, versión española de 1972) todavía ofrecían cartografías o genealogías de conductas/productos proyectuales, participando de algunos debates disciplinares –como el de la confrontación entre tipología y metodología–, este último trabajo conocido del maestro italiano ya está definitivamente distanciado de cualquier interés aclaratorio, taxonómico o clasificador: no tranquiliza a nadie sino que simplemente trata de multiplicar el conocimiento de lo problemático de unos hechos o procesos haciéndose cargo del concepto de *ricerca* (investigación) que tenía el título italiano y que en su traducción española fue equívocamente transformado en descomprometido título. Los «problemas del presente», a través del análisis de las representaciones, lo podrán conducir no más allá del conocimiento de los «problemas no resueltos del pasado»: ése es el programa escuetamente esbozado en las pocas líneas del prefacio que conduce de lleno a los siete ensayos del libro, cuyo afán diseminatorio analítico está ya definitivamente

te lejos de presentarnos una representación estructurada u orgánica de la arquitectura renacentista. En realidad, ocurrirá lo contrario, desmenuzada ésta como un factor más dentro de las complejas tramas histórico-políticas que entonces –como ahora– dan curso episódico a hechos de transformación urbana o generación de nuevos monumentos arquitectónicos.

Una presencia dominante en estos ensayos es la figura de los papas, como expresión doble del poder y del deseo (de cultura, representación o figuración). En toda la obra adscrita a los vastos poderes del Papado –que es el verdadero corazón del Renacimiento– el único proyectista, como recalca Tafuri, es el Papa: las figuras de Nicolás V y de León X –el papa Médicis, aquel que llevará a Roma los primeros experimentos florentinos– recorren estas páginas dando espesor a variadas decisiones antes reconocidas como artísticamente autónomas. La difuminación de la presencia dominante del arquitecto –sea, como en Alberti, remitida a diversas intervenciones intelectuales o directamente de gestión cultural o, como en Pedro Machuca, disolviéndose la responsabilidad de ser el autor del Palacio de Carlos V en Granada– es una de las aportaciones clarificadoras de la investigación tafuriana, por cierto lejana de tranquilizar sobre una especie de división del trabajo que rescatara la autonomía del proyecto. Esta sería una de las tesis de tratamiento de un «problema» contemporáneo, que revisado desde la Historia sólo confirma tal problematicidad, es decir, la utopía de la independencia decisional del proyectista.

La Florencia de Lorenzo, la Roma de León X, la Venecia de los siglos xv-xvi, la Milán de los Sforza o la Génova del xvi son otros pasajes de la *ricerca*, en los que la arquitectura no sólo se disuelve en complejas tramas de poder y representaciones, sino que debe, necesariamente, ser releída (y, nuevamente, disuelta en cuanto a su especificidad disciplinar) en el seno de las complejas transformaciones de las ciudades. Las decisiones territoriales lorenzianas –como el traslado de la *Sapienza* a Pisa o el desarrollo de Poggio Reale– o la ley urbanístico-impositiva dada en Florencia hacia 1489 son hechos que reubican un conjunto de acciones proyectuales y que obligan a poner en perspectiva el reduccionismo historiográfico artistizante, del cual depende la tradición profesionalista de una Arquitectura que en la modernidad exacerbará su pretensión utópica de formalizar la ciudad.

Hechos tan aparentemente disciplinares como el concurso para la fachada de San Lorenzo, en Florencia, de 1515, el concurso para San Giovanni dei Fiorentini, en Roma, de 1518, o los proyectos para la iglesia florentina de San Marcos de 1520 se releen en la clave de la multiplicidad de factores tensionantes (las relaciones Florencia-Roma, las decisiones urbanísticas y políticas), de forma que el «juego» de los actores específicos –Rafael, Sansovino, Sangallo, Peruzzi, Giulio Romano– cobra dramatismos completamente distantes de la pura autonomía artístico-proyectual. Que también permitirá revisar el escenario español imperial –en las obras granadinas del período ulterior al *Saco de Roma*– impregnado de complejas relaciones de poder y repre-

sentación como una fuerte superestructura que define las acciones puntuales de Machuca, Vega, Egas, Siloé, Orea o Herrera, por otra parte, sesgadas por las influencias italianas diversas, como la aventurada hipótesis de la intervención lejana de Giulio Romano en el palacio de la Alhambra. O la multiplicidad de episodios sansovinianos en Venecia –los *palazzi* Grimani, Dolfín y Corner, las casas de Leonardo Moro en San Girolamo– en los que se pasa, bajo el tamiz de las transformaciones de la cultura urbana, de prácticas de *inventio* a operaciones consuetudinarias.

Las tan actuales cuestiones de la verdad y el artificio pueden ser discutidas desde el trasfondo renacentista, por ejemplo, en la extraña broma de-subjetivista que Brunelleschi le gasta al artista de la taracea, Grasso, haciéndole creer que no es quien es. O como en el travestimiento provisional de la fachada de Santa Maria dei Fiori, que, verdadera realidad virtual, se cuelga bajo proyecto de Sansovino para festejar la visita a Florencia del papa León X en 1515.

La tan manipulada figura intelectual de Alberti merece en estas páginas nuevas apuntes, como la posible participación ideológica en las transformaciones romanas de Nicolás V, a mitad del xv (Campidoglio, Trevi, Castel Sant'Angelo), ciertamente imbuidas de la reacción humanista a la desestabilización política de Cola di Rienzo y el acuñamiento del tan moderno aforismo «sorprender para someter». Pero también será Alberti quien traducirá en términos políticos discursos filosóficos como los de Valla y De Cusa o la reelaboración en clave de tradición

pitagórica de los «límites de la *tekne*» (con sus comentarios lógico-estéticos, por ejemplo, sobre la «música de las moscas» y, finalmente, la sustantiva contribución de presentar la arquitectura como «simulación» o «teatro» (de la racionalidad del pensamiento filosófico).

La prolija *ricerca* tafuriana se presenta repleta de indicios y sugerencias, hilos que quedan para (ahora) ajenas y futuras investigaciones, registros que exhiben la depurada pasión archivística del autor. Y también, como colofón, su pasión historiográfica, seguramente resultante de su admiración por los eruditos

warburgianos: como tema no menor, este libro también permite acceder a episodios de la historia renacentista tras los espesos velos de la diversa historiografía disponible, la epocal, la del cientificismo de hasta medio siglo atrás y la foucaltiana-guinzburgiana reciente, de la que Tafuri retendrá, desde el campo de la Arquitectura, el sitio de su cultor más notable.

■ MANFREDO TAFURI, *Sobre el Renacimiento. Principios, ciudades, Arquitectos*. Editorial Cátedra, Madrid, 1995, 316 págs. + 128 págs. de ilustraciones. ■





RELATOS DE LO YA VISTO

NUEVA FORMA O LA LUCIDEZ DE LA AGONIA

Antonio Fernández-Alba

114

A propósito de la exposición dedicada a la revista Nueva Forma, celebrada en el Centro Cultural de la Villa de Madrid en el mes de octubre.

Recreo e instrucción

La fina y sensible inteligencia del poeta Gonzalo Armero presentaba una entrega bella y cuidada a los lectores de la revista *Poesía*, con el n.º 42 (noviembre de 1995) dedicado a José Martí, poeta, hombre de acción, de periodismo, de polémica, de lucha, de cultura, de enseñanza, y entre las múltiples y bellas páginas que adorna esta consumada publicación algunas particularmente me llamaron la atención, aquellas dedicadas a glosar una revista infantil titulada *La edad de oro, publicación*

mensual de recreo e instrucción, dedicada a los niños de América. Redactor, José Martí. Editor, A. Dacosta Gómez. La dedicatoria es todo un código moral del mejor periodismo: «Para los niños es este periódico, y para las niñas, por supuesto. Sin las niñas no se puede vivir, como no puede vivir la tierra sin la luz [...]. Este periódico se publica para conversar una vez al mes, como buenos amigos [...]. Todo lo que quieran saber les vamos a decir, y de modo que lo entiendan bien, con palabras claras y láminas finas. Les vamos a decir cómo está hecho el mundo, les vamos a contar todo

lo que han hecho los hombres hasta ahora [...]. Las niñas deben saber lo mismo que los niños, para poder hablar con ellos como amigos cuando vayan creciendo [...]. Lo que queremos es que los niños sean felices [...]» (José Martí).

Cuando revisaba las páginas de la revista *Nueva Forma* (*NF*) para ordenar unas notas introductorias a esta exposición, me parecían estos comentarios de Martí tan atinados como para haber subtitulado a la revista *NF* como una publicación de «recreo e instrucción», en aquella España de los sesenta-setenta tan seca de testimonios válidos, tan nublada de imágenes de las vanguardias y tan menesterosa de palabras iluminadoras en estos territorios siempre renovados del pensar artístico y del construir poético, porque la tierra efectivamente no puede vivir sin la luz.

El valor de una época se mide en general por la sagacidad con que se suscita la pregunta y la revista *NF* surgía como un interrogatorio sin fin de palabras e imágenes, texto y pretexto. Forma y contenido, referencia y dato histórico, recopilación y testimonio de lo acontecido, ilustración fotográfica y crónica abierta; todo este acervo constituía un tributo a la memoria de lo que ya era historia en lo avanzado del siglo, pero historia y crónica desconocida para la mayoría de los que se acogían a las lecciones que se impartían en las aulas o recorrían los salones de exposiciones y otras andanzas culturales.

La revista *NF* surgía de la interrogación de un periodismo cultural innovador, consciente de que sus lectores, un tanto acostumbrados a

contemplar los datos en secuencias recurrentes de la arquitectura: plantas, alzados, secciones y fotografía de la obra terminada o el encuadre fotográfico oportuno para simultáneamente contemplar la obra y el artista que expone, tendrían que cambiar su mirada ante las páginas de *NF*. ¿Cómo entender sino las negritas esculpidas como epitafios metafóricos del *Ulises* de Joyce? *NF* se presentaba al lector como una puesta en página, mezcla de «análisis clínico y festival de las ideas» (Germán Téllez).

Es cierto que la distancia en el tiempo diluye en nuestra memoria muchos de los acontecimientos vividos como testigo, a pesar de las huellas que nos dejaron como acontecer biográfico, pero esta lejanía hace que los rasgos más acusados de la época se dibujen con mayor precisión y los testimonios de ensoñación se perfilen como más reales.

Fabulación poética

Se ha señalado, creo que con bastante lógica, que la subjetividad moderna sólo se efectúa en la experiencia del desasosiego. El panorama cultural español en el que irrumpe la revista *NF* y la serie de actividades y publicaciones en torno a este proyecto estaban cargados aún de un distanciamiento peculiar de lo que podía significar la cultura de la segunda posguerra europea, sobre todo para aquellas generaciones que no habían sido «tocadas» por la guerra civil española. Su encuadre intelectual se acotaba entre la extrañeza de aquel acontecimiento, para ellos narrado, y estos brotes de desasosiego intelectual, que sin duda más que ofrecer un obstáculo personal animaban y

hacían patente una apasionada fe en las conquistas del progreso y la razón. Después, algunos, ataviados con las deudas de pertenecer a generaciones anteriores, comprenderíamos que tan desmesurada esperanza estaría tan injustificada como la fe en la predestinación.

Tiempos por tanto difíciles, escasos de información, donde las relaciones entre el poder político y económico legitimaban los recursos de la «nostalgia» como una práctica activa y donde en lugar de tolerar y aceptar la diferencia ideológica se consentía en determinadas circunstancias las matizaciones biográficas. La arquitectura y el arte estaban acotados en círculos idealizados como si se tratara casi de un mandato divino, de ahí la importancia que tuvo una revista como *NF*. Sus páginas se hacían elocuentes por medio de un metalenguaje a veces difícil de captar por aquellos años junto a una decidida vocación para hacer evidentes los signos de la época en la mitad avanzada de un siglo tan excepcional en ideas y formas, y tan necesario en el caso español para restablecer la verdadera historia de la modernidad truncada por la guerra civil y una estructura sociológica endémica y endurecida hacia cualquier opción de progreso.

A veces, este complejo itinerario se mostraba en las páginas de *NF* desde el culto a lo monumental, al que no estaba inmune la revista, o bien al objeto carismático y arquetípico del arte moderno, a sus tendencias y movimientos; cubismo, abstracción, surrealismo..., en ocasiones a los principios de un racionalismo hermético, o a los diferentes proyectos de la desintegración formal de los estilos precedentes. *NF* planteó desde sus primeros números

una apuesta clara por la historicidad de los primeros gestos de lo moderno: enunciar la razón europea desde los distintos argumentos que desarrolla el arte, la arquitectura, el pensamiento en general de nuestro tiempo. La redacción de sus textos, la composición de sus páginas, la dialéctica imagen-palabra se presentaban a modo de fábula, sin duda porque la fábula dotada de un sistema de lenguaje simbólico es la que mejor admite la explicación de la temporalidad. Pasado y futuro, al estar ausentes, pueden ser considerados como presentes en el mismo encuadre que el tiempo presente. La revista *NF* fue una fabulación poética durante casi una década en un país, España, en el que la narración del pasado se ocultaba como culpa, el presente discurría por las capas freáticas de la decepción y un futuro que proyectaba su luz sobre el objeto simulado.

Deseos y realidad

Esta aventura cultural surgía desde una revista comercial de anuncio de la construcción: *El Inmueble*, sobre el que aportaban de manera esporádica textos y comentarios afines al panorama del arte y el ensayo literario algunos jóvenes arquitectos, poetas y escritores: Adolfo G. Amezqueta, arquitecto que coordinó algunos números iniciales, Gabino Alejandro Carriedo, fundador y primer director de *El Inmueble*, Angel Crespo, Santiago Amón, Pilar Gómez Bedate, Germano Celant, Justo Alejo, por reseñar algunos de aquellos números iniciales con una cabecera tan poco atractiva para acoger el acervo cultural que supuso después la revista; el arquitecto Juan Daniel Fullaondo colaboró desde los primeros números como asesor técnico bajo el epígrafe

Nueva Forma, El Inmueble. Pronto plantearía a Juan Huarte la necesidad de un medio de expresión que recogiera de alguna manera las diferentes corrientes artísticas que por entonces alumbraban en Madrid J. Luis Fernández del Amo desde el Museo de Arte Contemporáneo, y Juan Huarte, que agrupaba en torno a su patronazgo artistas como Oteiza, Chillida, Palazuelo, Luis de Pablo, Saenz de Oiza, R. Balerdi, Batarrechea..., Juan Huarte dotado de un fino espíritu humanista, desbrozaba caminos después injustamente olvidados, como tantas crónicas apócrifas que fueron escritas sobre este tiempo con la menor objetividad histórica.

La amistad de Juan Huarte con Santiago Amón y J. Daniel Fullaondo le permitiría ordenar una publicación que bajo la fina sensibilidad y dotes imaginativas de J. Daniel Fullaondo se convertirá en la revista *Nueva Forma*, publicación llevada a cabo con un mínimo soporte en la producción de la misma: Paloma Buhigas como jefe de redacción y Santiago Amón consejero de redacción y arte. Con este pequeño y reducido equipo J. D. Fullaondo iniciaba la construcción de uno de los proyectos más peculiares, unas páginas abiertas «a la crónica, a la historia, a la promoción de cualquier idea que tuviera algo que aportar en un panorama difícil, confuso y muchas veces dramático para la inteligencia creadora», escribiría Fullaondo en 1970 (*NF* n.º 53) en homenaje a Carlos de Miguel, director de la revista *Arquitectura*, un correlato preciso de lo que fue su trabajo como editor y director de *NF*.

Sobre las negritas de su cabecera, un pequeño anagrama wrigthiano, apenas visible, que

vagamente recordaba al museo sin fin, o a un laberinto abierto al infinito. J. D. Fullaondo como director hacía suyo aquel *slogan* contestatario de la época: «Tomo mis deseos como realidades, porque creo en la realidad de mis deseos», y desde los principios de estas creencias subjetivas abría las páginas de *NF* a todo aquel arsenal oculto de las vanguardias artísticas, de las generaciones emergentes de arquitectos, artistas y críticos de arte.

La revista *NF* pronto se convirtió en un lugar de encuentro donde referir y mostrar el acontecimiento artístico español de la época, un espacio cultural y vital entonces atrofiado por la bruma de un clima político cada día más enrarecido, que convertía toda acción cultural en una amalgama de sofisticados testimonios difíciles de entresacar y de distinguir, ya fueran éstos las propuestas conceptuales de lo artístico, las adaptaciones espaciales de la forma arquitectónica importada, o los dispersos ensayos en torno a las relaciones entre arte y sociedad. A todo ello habría que añadir las coartadas del aculturismo militante en el panorama español de la época y de ciertos gremios como el arquitectónico. «Pensar es difícil» (Dashell Hammett), nos recordaba J. D. Fullaondo en un prólogo agudo y luminoso escrito, de revisión de tópicos en torno al panorama de la crítica arquitectónica española, donde narra con soltura y precisión el mundo de los «aficionados culturales», el amateur de la interpretación histórica, «tantas veces en manos de aficionados guiados ciegamente por el mero instinto y la autoexaltación»¹.

No es éste el lugar para referir nombres y circunstancias que hacían más esperanzador y aceptable la renovación del panorama intelectual de aquellos años donde *NF* se publicaba. La revista era entendida por algunos grupos como una publicación neobarroca en su diagramación, conservadora en sus referencias literarias, y para los más politizados una publicación confusa en su ideología. Carlos de Miguel, director de la revista *Arquitectura*, generoso y agudo periodista de cualquier brote de inteligencia, Oriol Bohigas, heredero de las mejores lecciones del GATPAC, Carlos Flores, director de *Hogar y Arquitectura*, Miguel Durán desde la revista *TA* y *Cuadernos de Arquitectura* en Barcelona señalaban algunas referencias consoladoras en torno a las premisas de apertura hacia ciertos espacios en arquitectura. El ensayo arquitectónico y cultural que planteaba *NF* estaba muy alejado de las tácticas y métodos de la industria editorial arquitectónica de nuestros días, tan ocupados en reproducir los ejercicios de ficción espacial concebidos con la finalidad exclusiva de hacer rentable el mercado. A través de *NF* «surgirían nombres nuevos venidos extramuros de la disciplina arquitectónica cuyo más brillante representante sería Santiago Amón»², escribe el propio J. D. Fullaondo en el citado texto. Sin duda la aportación de Santiago Amón a *NF* representaba una seria construcción subjetiva del panorama de la modernidad en el arte, hombre de sólida formación humanista, traductor de griego y latín, profesor dotado de una lucidez pedagógica poco común, trabajaba el ensayo artístico como un método de reflexión crítica, que desembocaba casi siempre en polémicas con-

ceptuales abiertas, no siempre bien entendidas. El ensayo como escrito con una intención didáctica, como guía para entender nuestra realidad.

Miradas

Las páginas de *NF*, contempladas hoy con la distancia de los años transcurridos, representan un recorrido de miradas por la tradición moderna expuestas para su contemplación. Algunas como miradas mutiladas y en ocasiones delirantes, mirada mecánica, mirada fílmica, mirada artificial a través de la vanguardia rusa, que bellas páginas dedicadas a las secuencias más significativas del constructivismo, neoplasticismo y suprematismo, páginas que hacían elocuentes estas miradas como un otear productivo, constructivo o espiritual. Mirada mecánica de los futurismos, mirada demiúrgica de los constructivismos europeos, mirada interior que proporciona la observación del surrealismo.

También su relectura nos retrotrae a la serie de trabajos del artista y el arquitecto español de aquellos años; los preludios de destrucción del objeto artístico, de la arquitectura irónicamente catalogada de autor, de la destrucción llevada a cabo por el aporte técnico de la reproducción. No faltan acotaciones y llamadas hacia el sentido profundo de la «sublevación de la técnica», de la alienación de la humanidad que le permite contemplar su propia destrucción como placer estético. La experiencia artística aniquilada junto a la liquidación del sujeto, tan bien recogida en los fragmentos literarios y en los trabajos de artistas y arquitectos que se mostraban en sus páginas.

Nueva Forma había surgido en un medio a mitad de camino entre unas generaciones de arquitectos que aún no habían perdido la «inocencia» de la profesión, el arquitecto como artista, y unos jóvenes neo-conservadores, neo-religiosos, en los que se suscitaban ilusiones socialistas y humanitarias. La orientación política del régimen se desdibujaba por meandros de una tenue modernidad que recogía materiales de desecho de los países europeos mejor recuperados de la segunda posguerra.

Ideas y experiencias bajo la bruma de una depresión moral que apenas podían salir a la luz, de manera que lo que más animaba a estas generaciones era construir historias de trabajo profesional, no es de extrañar por tanto algunos perfiles autobiográficos cargados de un subjetivismo casi enfermizo; en definitiva, esta actitud profesional asumía el papel de una terapia de apoyo que controlaba el desasosiego que anunciaban los años setenta: el «fin de la inocencia» en los credos del arquitecto.

La revista también trató de buscar sentido al vacío de unos espacios sin sentido a través de la memoria moderna de la cultura y el desarrollo de un postulado intelectual que pretendía distraer la mirada hacia otros horizontes de los «solitarios minotauros», como escribiera Fullaondo, «que examinan, autohipnotizados, el febril desarrollo de imágenes en sus televisores».

Nueva Forma fue sin duda una publicación que iluminó el panorama de la modernidad desplazado y amenazado en el horizonte español de la segunda mitad del siglo. Al mismo tiempo que enseñaba la conmoción cultural

que se desarrollaba ante nuestra mirada ilustraba la renovación de nuestras conciencias, como el propio J. Daniel Fullaondo señalaba en aquel manifiesto anticipatorio: *Agonía, utopía, renacimiento*³, donde reconocía la luz de la agonía de una primavera hermosa que había significado el inacabado proyecto de la modernidad.

Post scriptum. Dos evocaciones desde el recuerdo

I. Conocí a Santiago Amón en los primeros años de la década de los sesenta en Madrid, entre los avatares de promocionar la revista *Nueva Forma (NF)* junto a Gabino Alejandro Carriedo, Justo Alejo, Angel Crespo, Gonzalo Armero... El director de la revista era Juan Daniel Fullaondo, que me presentó algunos de sus colaboradores iniciales de *NF*. De Santiago Amón pronto pude captar el concepto que del arte tenía como iluminación, su relevante compromiso y contrato moral con la vida. También los testimonios positivos y elocuentes de su rica y creadora inteligencia. De manera que esta terna de categorías, compromiso, testimonio y generosidad me acercaron a un perfil humano que se sumergía con peculiar personalidad en las entrañas profundas de una arqueología de lo bello.

Convivir en la amistad de su entorno siempre me ha parecido que era participar de la noción más limpia del acontecer del tiempo sin medida, junto al conocimiento más primigenio de las artes en una época como la nuestra, donde las ideas y costumbres han sido tan vulnerables, y donde la materia y el espacio han modificado sus nociones más consagradas.

Ensayó un lenguaje de rica y sensual armonía, a la manera de los artífices que trabajaban el metal de Corinto, con precisión, templanza, e inventiva sin nostalgia. Se esforzó con dignidad elocuente en hacer posible la mirada interior acerca de las artes, los hombres y las cosas, sin apenas puntos de fuga, con un ritual de prólogos mágicos y cadencia narrativa de eco religioso. Primitivo junto al alce, con aguda memoria para los nuevos campos de la visión que el siglo anunciaba.

Pudo ejercer la cátedra, pensamiento y lenguaje no le faltaban, optó en los últimos años por el periodismo oral y escrito como un ejercicio renovado, como si de un nuevo mester de juglaría se tratara. Recibió de los roedores impenitentes sus ramplones rasguños y bastantes olvidos voluntarios, miserias humanas, que nunca doblegaron su noble compostura.

120

Una mañana aciaga y gris de aguacero se ensañó con su vida. Como cualquier vate visionario, también Santiago Amón llegó a escribir «sobre el muro su última elegía».

II. Creo que fue por aquellos itinerarios de los países nórdicos, cuando el verano en su estado de color más alto nos permitía recorrer en compañía de los estudiantes de final de carrera aquellos atrios de esbeltos árboles que nos marcaban el itinerario hacia las construcciones de Saarinen, Asplund, Aalto, Jacobsen, proyectos revisados en los escasos libros que por aquel tiempo se podían ojear. Estíos tal vez de principios de los sesenta, cuando conocí a aquel joven estudiante que concluía sus estudios en la Escuela de Arquitectura de Madrid, Juan Daniel Fullaondo Errazu.

Mi primera sorpresa fue contemplar en aquellos lugares a aquel joven con una desmesurada caja de discos de los compositores del romanticismo nórdico, de manera que este episodio intrascendente me ofrecía una primera imagen de pura textura romántica que nunca logré difuminar. A la estirpe de los románticos parece que les cautiva la sencillez de los clásicos, y además, al fin, el romanticismo en su versión más positiva representa el lado verdadero de la naturaleza humana.

Después, cuando crecimos en amistad y conocimiento pude advertir cómo sus escritos, y en no pocas de sus elocuentes perspectivas, reflejaban la nostalgia de unas épocas próximas a la plástica de entreguerras y en cuya valoración artística Juan Daniel Fullaondo siempre incluía el arquitecto como centro del universo espacial, aunque era consciente que tan semejante desvarío no era posible en una época en que el arquitecto estaba ya inscrito en los procesos de la racionalidad utilitaria a la que conduce la ideología economicista de este siglo.

Fui testigo de una generosidad abierta para los demás, también de la ironía ácida contra el «aficionado eficiente» o reconocidos críticos e historiadores de lo contemporáneo. En aquellos tiempos algunos más avisados iban al encuentro de otros interlocutores con medios más eficientes, para rentabilizar, curriculum premios y otras canonjías. Para él no significó otra cosa en su haber profesional y académico que un perfil de personaje indefenso, de soñador sin sueño, de interrogador sin respuesta concreta.

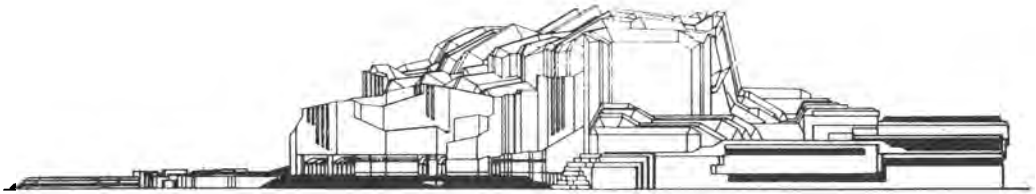
Cuánto esfuerzo por describir, a veces, los banales logros de tantos artistas y arquitectos

y cuánta decepción al comprobar que la banalidad humana lo que realmente expresa es su impotencia ya sean sus constructores genios o mendigos. El éxito está en tener éxito y no en tener condiciones para el éxito, como bien enseña mucha de la bibliografía ilustrada de nuestra época.

Vivió sobrevolando la arquitectura, la quimera para él era más importante que la realidad dada. Miraba desde lejos las diferencias de la

ciudad y dibuja entre ensueños expresionistas el acontecer plástico de su tiempo.

Sin duda Maurice Blanchot estaba en lo cierto: «El poeta y el artista ha recibido la misión de recordarnos obstinadamente el error, de orientarnos hacia ese espacio donde todo lo que nos proponemos, todo lo que hemos adquirido, todo lo que somos, todo lo que se abre sobre la tierra y el cielo, retorna a lo insignificante».

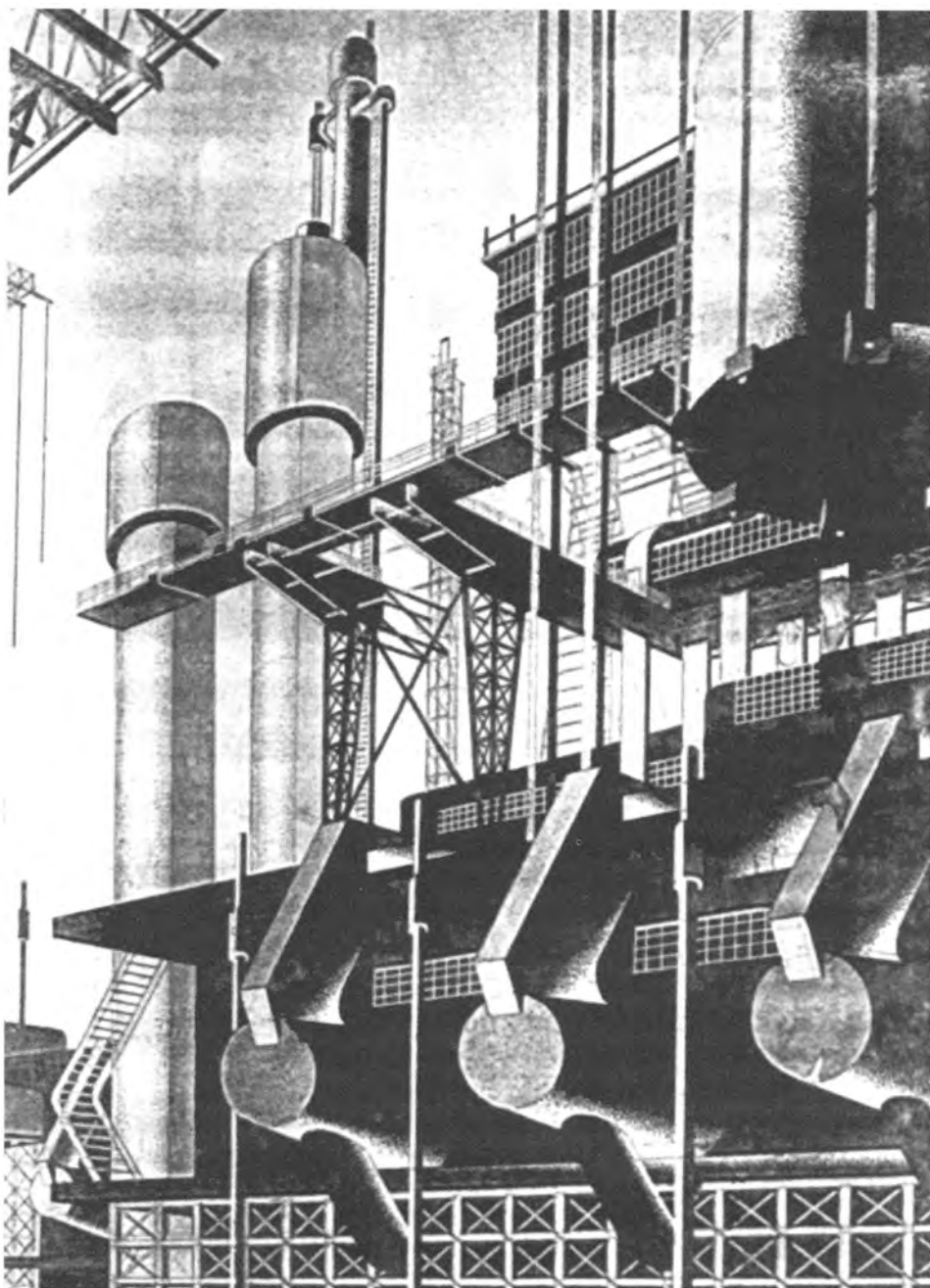


NOTAS

¹ Muñoz, M.ª Teresa, *Cerrar el círculo y otros escritos*. Prólogo de J. D. F., COAM, Textos Dispersos.

² *Op. cit.*, p. 14.

³ Fullaondo, J. D., *Arte, arquitectura y todo lo demás*, Ed. Alfaguara, Madrid.



Jakov Chernikov. Fantasia arquitectónica, 1928.



POSFOLIO

PROGRESO TECNICO, CAMBIO DE SOCIEDAD Y DESARROLLO DE LOS GRANDES SISTEMAS TECNICOS¹

Renate Mayntz

En un estudio macro-sociológico sobre el papel de los grandes sistemas tecnológicos de infraestructuras en los procesos de transformación de la sociedad, la autora pone en relación las dinámicas de su desarrollo con los cambios en la gestión de la sociedad.

123

El término «gran sistema técnico (GST)» se utiliza hoy para designar al menos tres tipos distintos de fenómenos empíricos: empresas complejas como el proyecto Manhattan que produjo la bomba atómica, construcciones como las centrales nucleares y sistemas de infraestructura como las redes de ferrocarril, eléctricas y telefónicas. Los tres tipos de GST son elementos importantes del vasto proceso de desarrollo tecnológico. Además, pueden estar relacionados entre sí: un GST como empresa cooperativa puede producir otros GST como grandes construcciones técnicas, y éstos, a su vez, pueden formar parte de un sistema de infraestructura como, por ejemplo, la central nuclear forma parte de la red eléctrica. Pese a la complejidad de estas relaciones, les voy a hablar únicamente de los grandes sistemas técnicos de infraestructura y utilizaré el término GST sólo en este sentido restringido.

Mi enfoque será aquí macro-sociológico. Esta perspectiva difiere del enfoque de estudios casuísticos que predomina en la literatura sobre los GST. Mi punto de partida es la hipótesis de que los GST son elementos clave y fuerza motriz del cambio de la sociedad en general. Abordaré este aspecto en la primera parte de mi ponencia, después intentaré resumir lo que hemos aprendido en términos generales sobre la dinámica de crecimiento de los GST. En la última parte de la exposición trataré el hecho de que el desarrollo de los grandes sistemas técnicos de infraestructura y los cambios en la gestión de la sociedad aparecen estrechamente relacionados.

El GST como subsistema dentro de la sociedad

Los grandes sistemas técnicos de infraestructura son, históricamente, fenómenos nuevos, aunque las funciones que realizan –transporte, comunicación, distribución de energía– pertenecen a la lista de las necesidades humanas básicas que de una forma u otra se llevaban a cabo en las sociedades primitivas. Las profesiones y las pequeñas organizaciones que se ocupan de estas actividades de infraestructura existían incluso antes de la aceleración del desarrollo tecnológico de principios del siglo XIX. Sin embargo, esos campos de actividad no se han convertido en sistemas funcionales caracterizados por grandes posibilidades, una elevada productividad y una organización oficial hasta la producción de energía a gran escala, con el ferrocarril, el avión y el teléfono.

Todos los subsistemas funcionales de la sociedad, en particular el aparato económico y militar del Estado, utilizan hoy día objetos técnicos sofisticados como recurso. Los modernos sistemas de infraestructura, en cambio, no solamente utilizan innovaciones técnicas específicas, sino que de hecho se basan en ellas.

124 Sin la invención del grupo electrógeno y la bombilla, las «redes eléctricas» (Hughes, 1983) no habrían existido. La máquina de vapor ha desempeñado el mismo papel respecto del tren, y el telégrafo y el teléfono respecto de las telecomunicaciones modernas. Los sistemas de infraestructura modernos, por lo tanto, se basan muy directamente en la tecnología, diferenciándose así de otros subsistemas funcionales de la sociedad como la economía, el régimen político o el sistema sanitario.

La dependencia tecnológica de los GST no significa, sin embargo, que sus características institucionales y organizativas vengan determinadas por la tecnología que les sirve de base. La tecnología representa una limitación para las opciones organizativas, pero suelen existir varias alternativas. Todo sistema tecnológico actual ofrece oportunidades (¡limitadas!). Esto ha sido observado y debatido por sociólogos industriales, empezando por el célebre estudio de Tavistock sobre el método «muros largos» de la explotación carbonífera (Trist & Benforth, 1951; Trist y otros, 1963). A escala superior, la asociación escasamente estructurada de la tecnología y la organización de los GST puede observarse comparando la forma institucional de las redes eléctricas y los sistemas de telecomunicaciones en varios países, como han hecho respectivamente Thomas Hughes (1983) y Volker Schneider (1995). La relación contingente entre la tecnología y la organización abre paso a la influencia de los factores sociales, políticos y culturales sobre su estructura.

Los sistemas de infraestructura son, por su propia naturaleza, sistemas de apoyo, pero eso no significa que sólo hayan desempeñado un papel secundario en la evolución de la sociedad moderna. Por otra parte, creo poder afirmar que los GST han influido más sobre el proceso de desarrollo social que el empleo de tecnologías productivas específicas, tecnologías médicas, etc.

Las telecomunicaciones modernas y los medios de información han influido considerablemente sobre los procesos de toma de decisión política. Sin los sistemas modernos de producción de energía, transporte y telecomunicaciones, la revolución industrial no hubiera tenido lugar y el crecimiento económico de los últimos cien años no hubiera sido posible. Como ha demostrado James Beninger, la invención de la máquina de vapor y su utilización directa en la producción de mercancías no fue el motor principal que desencadenó la revolución industrial. Factor decisivo fue la mejoría de los transportes gracias a los buques y al ferrocarril, que utilizaban ampliamente la máquina de vapor. Más adelante, las telecomunicaciones modernas permitieron resolver los problemas de coordinación generados por el volumen creciente, la velocidad y la expansión espacial de los flujos de materias primas, de mercancías y de capitales (Beninger, 1986). Una vez más, los cambios estructurales más recientes de la economía —la globalización, el aprovisionamiento en el exterior y la producción *just in time*— se basan en la disponibilidad de las telecomunicaciones modernas. De otra forma, los mercados financieros modernos dejarían de funcionar y las multinacionales no podrían coordinar sus filiales dispersas en el espacio geográfico.

La eficacia de los sistemas modernos de infraestructura ha mejorado notablemente el funcionamiento de los subsistemas económicos, políticos y sociales. Sin embargo, existe otra cara de la moneda. Una mejora de la eficacia de los GST implica a menudo un mayor potencial de daños en caso de accidentes. Y aún más importante es la fuerte dependencia que resulta de la confianza en unos sistemas técnicos dados de infraestructura. Estos grandes sistemas técnicos penetran físicamente, por así decirlo, en los procesos económicos, militares o médicos. La consecuencia es a menudo una dependencia completa y asimétrica de un único sistema técnico; si éste no tiene éxito, no es fácil encontrar una alternativa funcional. La regresión funcional es a menudo la única salida en casos de este tipo —por ejemplo recurrir a velas y, si se tiene la suerte de poseerla, a una chimenea, en caso de una grave avería eléctrica—. Dado que los sistemas de infraestructura satisfacen las necesidades básicas, es imposible evitar esta dependencia limitando voluntariamente la demanda. En otras palabras, los usuarios de un GST no tienen otra opción. La dependencia tampoco se puede reducir utilizando Voice. Al contrario, las críticas dirigidas por los usuarios de un GST funcionan como un cable de transmisión para los estímulos externos que conllevan una mejora y en consecuencia refuerzan el sistema. El riesgo de consecuencias catastróficas en caso de fracaso de un GST ha llegado a ser una verdadera amenaza, hasta el punto de dominar el debate actual sobre el desarrollo tecnológico.

125

La dinámica del desarrollo de los GST

Por su origen técnico, los sistemas de infraestructura modernos presentan una dinámica de desarrollo específica. Esto es así tanto para el macronivel de desarrollo social como para el desarrollo de cada sistema de infraestructura por separado. El macroproceso consiste en la multiplica-

ción de los GST que persiguen en parte los mismos fines, aunque con frecuencia completamente nuevos. La fuerza motriz de este proceso es la innovación científica y tecnológica impulsada por la curiosidad. La lógica propia de la tecnología se expresa perfectamente en la figura del *homo faber* que quiere probar los límites de lo que el hombre es capaz de hacer trascendiendo sus poderes naturales como volar, comunicar a grandes distancias, llegar a la luna, crear nuevos animales y plantas, etc. Esto da pie continuamente al desarrollo de nuevos GST. El sistema de tráfico aéreo comercial es uno de los más recientes GST. Actualmente vemos surgir en muchos países unos sistemas nucleares, no sólo centrales nucleares, sino la interconexión organizada y controlada por productores de petróleo, centrales nucleares, gestión de residuos nucleares, institutos de investigación y, a veces, también instituciones militares (Rochlin, 1992).

Aparte de estos GST «primarios» que se desarrollan alrededor de una tecnología específica fundamental, asistimos también al desarrollo de GST secundarios. Ofrecen servicios específicos, como por ejemplo el transplante de órganos, utilizando de forma sistemática varios GST primarios como transporte aéreo, por carretera, bancos de datos, teléfono, etc. (Braun & Jörges, 1994). De esta manera, los efectos de unas determinadas innovaciones tecnológicas provocan a su vez el desarrollo de nuevos sistemas de infraestructura y de servicios secundarios.

126 En lo que respecta a las dinámicas de desarrollo de GST individuales, la literatura disponible (véase sobre todo Mayntz & Hughes, 1988) nos permite expresar algunos conceptos generales. Uno de ellos concierne a la evolución estructural de las redes técnicas. Hasta hoy el modelo era el desarrollo de las redes telefónicas y eléctricas. En una primera fase aparecieron muchas redes de pequeña envergadura que luego se conectaron entre sí dando lugar a redes regionales, nacionales y a la larga transnacionales. Los primeros nudos y ejes de desarrollo local se deben a consideraciones de utilidad administrativa, militar o económica, en función de los promotores que predominaban en esa primera fase. Posteriormente, las fronteras políticas se hacen importantes para la forma de la red. Cuando, en el curso de los procesos de internacionalización y globalización económicas, las redes nacionales se integran a nivel internacional, el primer modelo de desarrollo se repite a mayor escala.

Teóricamente, mayor importancia que este aspecto estructural reviste el efecto recíproco entre los factores de empuje y de tracción en el desarrollo de los GST. Este efecto recíproco puede, por supuesto, observarse en los sistemas funcionales no técnicos. Comercializar un producto significa algo más que competir con otros fabricantes para conquistar una parte del mercado: a menudo, implica ante todo fomentar la demanda. De la misma forma, el número creciente de médicos contribuye al desarrollo de los servicios sanitarios mientras el que paga estos servicios esté convencido de que son necesarios. Los factores de empuje actúan también en el desarrollo del sistema político-administrativo, como lucha de poder. En el caso de los sistemas técnicos de infraestructura, el factor clave es la tecnología misma, por lo tanto hemos de interrogarnos sobre la importancia relativa del empuje de la tecnología contra la tracción de la demanda.

La importancia relativa del empuje del avance tecnológico y la tracción de la demanda social evolucionan de una forma particular durante las distintas etapas del desarrollo del GST. La demanda articulada tiene una importancia relativamente escasa en la fase inicial. Unas innovaciones tecnológicas importantes, resultado a menudo de una investigación impulsada por la curiosidad, se asemejan a soluciones en busca de un problema. Esta es la base del carácter de «empuje» de este tipo de factor de avance.

Al principio del desarrollo del ferrocarril, de la electricidad y del teléfono, los inventores y los fabricantes de sistemas de la primera generación han seguido sus visiones de una innovación tecnológica ingeniosa en contra del escepticismo de su clientela potencial. En esa época, por lo general, la demanda del mercado de un determinado servicio de infraestructura encuentra su respuesta en un o unos sistemas ya establecidos, con niveles de calidad aceptables, menos caros y con menos riesgos. Ha sido así para la iluminación eléctrica respecto de la iluminación de gas y para el teléfono respecto del telégrafo eléctrico que lo precedió. La nueva tecnología se percibe a menudo como un medio para desarrollar y mejorar el sistema existente. En Alemania, por ejemplo, el teléfono se utilizó en un primer momento para desarrollar la red telegráfica en sus terminales locales (Thomas, 1995). Así, en la fase inicial del desarrollo de los GST, el empuje tecnológico desempeña un papel mucho más importante que la tracción de la demanda. Solamente en una fase posterior el desarrollo del sistema y el crecimiento de la demanda progresarán al mismo ritmo. Este modelo puede observarse todavía hoy en las últimas innovaciones telemáticas como el videotexto y el RDSI.

127

Un mercado para un nuevo sistema de infraestructura capaz de mantener su crecimiento sólo se abre cuando se ha alcanzado una relación coste-rendimiento satisfactoria. Lo cual es aún más cierto cuando se trata de servicios de infraestructura para un número elevado de usuarios privados. En el caso de las tecnologías y los sistemas técnicos de infraestructura, considerados útiles para fines militares o administrativos, la demanda se concentra en manos del Estado. Lo que antes era para nosotros el telégrafo, es hoy la tecnología de los viajes espaciales y de los ingenios balísticos. Precisamente por la utilidad política del telégrafo, las redes telegráficas francesa y alemana han sido monopolios del Estado. Cuando el Estado no pide un nuevo GST para su uso propio, pero lo considera útil, sobre todo para el crecimiento económico, puede apoyar su desarrollo si la demanda privada no es suficiente. Es el caso, por ejemplo, de la introducción del ferrocarril en Francia y en Alemania, donde la demanda del mercado era insuficiente para lograr su crecimiento autónomo.

Así que para analizar las posibilidades de desarrollo de un nuevo GST es importante estudiar la profusión de sectores interesados y sus necesidades específicas. Ningún GST podrá sobrevivir sin una demanda suficiente de sus servicios (y la voluntad de financiarlo). No es necesariamente una ventaja que la demanda se concentre en manos del Estado, en lugar de distribuirse entre un gran

número de clientes particulares. De todas formas y en todos los casos, la dependencia del cliente o clientes de los servicios de un GST determinado representa su mejor garantía de supervivencia.

La dinámica de desarrollo de los GST se caracteriza también por unos obstáculos específicos y unas fuerzas motrices. El desarrollo de los GST se enfrenta a menudo a dos problemas específicos. Uno es la elevada inversión de capital necesaria para construir un nuevo GST. Cuando se requiere una fuerte inversión inicial, el desarrollo del sistema rara vez puede servirse únicamente de la normal relación de mercado entre fabricantes y usuarios particulares, sino que necesita el compromiso de promotores poderosos como la Banca privada o el Estado. Un segundo problema lo representan los elementos externos de la red (positivos) que existen cuando, como en el caso del teléfono, la utilidad del servicio para el usuario individual aumenta con el número de otros usuarios ya conectados a la red. Estos elementos positivos externos de la red pueden garantizar un crecimiento constante, pero, en la fase inicial, cuando el número de usuarios es todavía bajo en términos absolutos, los beneficios individuales serán igualmente bajos, lo cual provoca un problema de masa crítica (Hohn & Schneider, 1991). Para alcanzar la fase de crecimiento autónomo de la red, quizá fuera necesario ofrecer incentivos a los primeros usuarios, como ha hecho el Estado francés en el caso del videotexto Minitel a fin de impulsar el sistema hacia el umbral del crecimiento (Schneider, Thomas, Vedel, 1991).

- 128 Motor importante del desarrollo del sistema, que parece ser específico de los GST, son sus déficits de funcionamiento, las llamadas «puntas invertidas», en expresión de Thomas Hughes (1983). El motivo por el cual, en el caso de los GST, los déficits no ralentizan sino que impulsan el desarrollo del sistema tiene su origen en la relación directa entre tecnología, proyecto del sistema y resultados medibles. Sin embargo, es esencial establecer una distinción entre las diferentes limitaciones de funcionamiento. Determinados problemas de sobrecarga o de mala calidad y alto riesgo pueden motivar la búsqueda de una solución técnica; por ejemplo, un exceso de demanda para la capacidad actual del sistema sólo podrá estimular el desarrollo del sistema, al igual que la demanda creciente de servicios telefónicos se satisface aumentando el número de líneas. Las limitaciones de funcionamiento ligadas a la tecnología utilizada, más que a la dimensión del sistema, estimularán directamente la búsqueda de mejoras técnicas. Un ejemplo en la historia del teléfono es la evolución de las centrales, desde las primeras, mecánicas, hasta las digitales actuales. También problemas de sobrecarga, de mala calidad y un alto potencial de riesgo pueden impulsar la búsqueda de una solución técnica. Cuando la tecnología no es únicamente un instrumento sino la base real del sistema, los esfuerzos para alcanzar una mayor eficacia se canalizan directamente hacia las mejoras tecnológicas. De esta forma se consigue un retorno de información que alimenta un mayor desarrollo del GST de forma totalmente diferente a lo que ocurre en los procesos de crecimiento de los sistemas sociales no técnicos.

La disponibilidad de soluciones tecnológicas para resolver problemas de resultados cuantitativos o cualitativos puede alejarnos de la búsqueda de un cambio organizativo. A primera vista, las soluciones tecnológicas pueden parecer «neutrales», mientras que cada cambio organizativo influye sobre los derechos adquiridos, lo cual está muy claro desde un principio. Por lo general, nos damos cuenta demasiado tarde de que la neutralidad-interés de las soluciones tecnológicas es ilusoria. Cuando un simple desarrollo o una mejora técnica son insuficientes para superar los déficits de funcionamiento, entonces y sólo entonces se intenta encontrar soluciones a los problemas organizativos. Uno de estos casos se ha dado con el desarrollo del Eurocontrol como medio para solucionar el problema de la congestión del tráfico aéreo y de los cada día mayores retrasos (Resch, 1994).

GST y gestión de la sociedad

La organización de los grandes sistemas técnicos de infraestructura está estrechamente vinculada a las formas de gestión de la sociedad, una relación que en pocas ocasiones ha sido estudiada, ya que la teoría macrosociológica no solía ocuparse de los GST como tales. Empezamos por fijarnos en la relación entre el desarrollo de los GST y el Estado. Se trata de una relación de co-evolución. Tanto el Estado moderno (siglo XIX) como la infraestructura moderna (siglo XIX) han sido organizados oficialmente y estructurados jerárquicamente, aunque por razones diferentes. La estructura jerárquica del Estado-nación europeo es una consecuencia del reparto desigual de poder en la sociedad, unido a consideraciones de control político. La forma centralizada de los primeros GST se debió en gran parte a exigencias técnicas, sobre todo en el caso de los GST basados en redes físicas, como cables o raíles. Aunque las fuerzas que actuaban para darles forma eran diferentes, los sistemas de infraestructura modernos y el Estado-nación europeo moderno han ido impulsando recíprocamente su desarrollo. El telégrafo y el teléfono, en particular, han contribuido a la expansión de un sistema centralizado de administración pública, fomentando así la jerarquización política. El Estado, a su vez, ha facilitado la implantación de grandes monopolios privados, o incluso se ha encargado del desarrollo y del funcionamiento de nuevos sistemas de infraestructura. En cada caso se han ido favoreciendo unas formas organizativas jerarquizadas. Además, los nuevos GST han provocado repetidas actuaciones para reglamentarlos, reforzando así el desarrollo del Estado moderno reglamentario.

129

Los modernos sistemas técnicos de infraestructura también han reforzado las tendencias endógenas de jerarquización de la industria. Los GST se fueron convirtiendo ellos mismos en grandes sociedades mercantiles. Es más, las estructuras organizativas, las formas jurídicas y de financiación utilizadas en la construcción de los GST —y que, como en el caso del ferrocarril, han sido a veces inventadas expresamente con esa finalidad— han ofrecido modelos que luego se han aplicado en la industria.

Las tendencias hacia la jerarquización en la industria y en el Estado han encontrado su punto de unión en el complejo militar-industrial emergente, esa poderosa combinación de una gran industria de armamentos y la institución militar en contra de la cual ya nos había alertado Eisenhower (Hughes, 1991, 442). Tomados en su conjunto estos procesos interconectados han aumentado la concentración de poder en la sociedad.

Hoy en día, la antigua simbiosis entre jerarquías políticas, industriales y las de los GST se ha vuelto precaria. Con el tiempo, se han hecho patentes unos efectos secundarios negativos de estas estructuras jerárquicas, cuya perpetuación empieza a verse amenazada. El refuerzo mutuo se transforma en impedimento mutuo. El poderoso Estado jerárquico es cuestionado por toda una serie de tendencias hacia la descentralización en aras de la autonomía local y regional. El federalismo de la posguerra en Alemania, el nuevo regionalismo en España y en Italia, la descentralización en Gran Bretaña y los esfuerzos correspondientes en Francia, todo gira en el mismo sentido. Al mismo tiempo, la capacidad limitada del Estado central para resolver los problemas ha entrañado una reevaluación de la autorregulación sectorial y del gobierno de los intereses particulares (véase Mayntz y Scharpf, 1995). Y en último lugar, aunque no lo menos importante, las formas jerárquicas parecen estar violando por todas partes los valores democráticos que priman hoy en día. Este cambio de valores influye sobre el ejército y también sobre las grandes empresas industriales; tanto el uno como las otras aparecen hoy como la antítesis de la democracia.

130

Los grandes sistemas técnicos, a su vez, son criticados por la concentración de poder que representan, por su tendencia a escapar al control político y al control de los clientes, así como por los enormes riesgos asociados a su fracaso (La Porte, 1991). De hecho, con el aumento de los monopolios de los GST en el conjunto del territorio, caracterizado por la estrecha asociación interna y por unas estructuras jerárquicamente controladas, estos sistemas se hacen cada vez más impermeables al control externo: creados para servir, han pasado a ser los amos. Por lo tanto, los grandes sistemas técnicos suscitan un malestar difuso y motivan unas protestas que abarcan también los sistemas industriales y políticos a los que están estrechamente vinculados. Lo demuestran ampliamente los ataques organizados por la izquierda radical y los ecologistas contra el espectro del «Estado nuclear», según el razonamiento por el cual a causa del riesgo asociado a la energía nuclear en caso de accidentes, sabotaje o terrorismo, el control estrictamente jerárquico es inevitable. De esta forma, la reacción en contra del poder creciente de los grandes sistemas técnicos y contra la dependencia de ellos contribuye a socavar la aceptación de cualquier forma jerárquica de gestión.

Una actitud mayoritariamente negativa hacia las formas jerárquicas de gestión de la sociedad en general y de los GST en particular pudo muy bien contribuir a las políticas de desregulación propuestas por gobiernos neoconservadores en nombre del principio de menos Estado y más mer-

cado. La desregulación de los GST organizados como monopolios implica una desconcentración vertical o una fragmentación. Este proceso ya se ha llevado a cabo en el sector de las telecomunicaciones y está empezando en los sectores eléctrico y del ferrocarril. El propietario de la red, el operador del sistema, el proveedor de los servicios y el proveedor del interfaz con el usuario han dejado de ser un todo para que la separación funcional permita transformar estos elementos constitutivos en distintos centros de beneficios operativos. Una fragmentación de este tipo suele justificarse por razones económicas; sin embargo, es fácil imaginar también que la disolución de los GST estructurados jerárquicamente, en realidad, incrementará su eficacia. Querer conseguir la máxima utilidad de las distintas partes de un sistema considerándolas independientes cuando, al contrario, el sistema funciona de forma interdependiente puede generar relaciones de explotación y puede incluso tener consecuencias disfuncionales. Tales consecuencias podrían razonablemente ser el resultado de la separación financiera y organizativa del transporte y del mantenimiento técnico del sistema de tráfico aéreo. Queda por ver lo que ocurrirá en el caso del ferrocarril al separar los raíles de las empresas de transporte.

He indicado que unas determinadas propiedades técnicas de los primeros GST favorecieron la introducción de formas de organización centralizadas. Esto fue probablemente más evidente en las primeras fases de las telecomunicaciones y la informática. En los dos campos, que desde entonces se han fusionado, las innovaciones tecnológicas recientemente han alentado a la descentralización. Un ordenador personal, por ejemplo, hoy puede hacer todo lo que la unidad central era capaz de hacer hace 30 años y más aún. Los avances tecnológicos en las telecomunicaciones y la informática han hecho viable la descentralización, hasta el punto de que hoy asistimos a un cambio generalizado desde el anterior paradigma centralizado y con una organización integrada vertical hacia un nuevo paradigma, estructurado en red, coherente con la desregulación (Genschel & Werle, 1994). La versión moderna avanzada de las telecomunicaciones, a su vez, hace posible la desjerarquización, la descentralización geográfica y la gestión en red en otros campos, en particular en la economía. Una vez más, parece que el desarrollo tecnológico y las transformaciones en la gestión de la sociedad se armonizan y se apoyan mutuamente. Pero el movimiento dialéctico de la historia no se detiene aquí. Las redes en cuanto formas de organización y de gestión de la sociedad implican nuevos peligros que se harán más evidentes con el tiempo. Como dice una canción famosa, «no nos corresponde a nosotros adivinar el porvenir»; pero podemos por lo menos arriesgarnos a predecir que la co-evolución entre tecnología y gestión de la sociedad seguirá su camino hacia adelante. ©

131

NOTAS

¹ Esta comunicación se basa en gran parte en un artículo anterior en alemán (Mayntz, 1993).

BIBLIOGRAFIA

- Beniger, James, *The Control Revolution*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1986.
- Braun, Ingo y B. Joerges, «How to Recombine Large Technical Systems: The Case of European Organ Transplantation», en Ed. Summerton, Jane, *Changing Large Technical Systems*, Boulder, Westview Press, 1994, 25-51.
- Genschel, Philip y Werle, Raymund, «From National Hierarchies to International Standardization. Modal Changes in the Governance of Telecommunications», en *Journal of Public Policy*, 1994, 13:203-225.
- Hohn, Hans-Willy y Schneider, Volker, «Path Dependency and Critical Mass in the Development of Research and Technology», en *Science and Public Policy*, 1991, 18:111-122.
- Hughes, Thomas, P., *Networks of Power: Electrification in Western Society 1880-1930*, Baltimore, Hopkins, 1983.
- Hughes, Thomas P., *Die Erfindung Amerikas. Der technologische Aufstieg der USA seit 1870*, Munich, C. H. Beck, 1991.
- La Porte, Todd R., *Social Responses to Large Technical Systems. Control or Anticipation*, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1991.
- Mayntz, Renate, «Grobtechnische Systeme und ihre gesellschaftstheoretische Bedeutung», en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozialpsychologie*, 1993, 45:97-108.
- Mayntz, Renate y Fritz W. Scharpf (eds.), *Gesellschaftliche Selbstregulierung und politische Steuerung*, Francfort, Campus, 1995.
- 132 Mayntz, Renate y Thomas P. Hughes (eds.), *The Development of Large Technical Systems*, Francfort, Campus, 1988.
- Resch, Ralf, *Organisationsprobleme der Flugsicherung in Europa*, Dissertation, Colonia, 1994.
- Rochlin, Gene, «Broken Plowshare: System Failure and the Nuclear Power Industry», en Ed. Summerton, Jane, *Changing Large Technical Systems*, Boulder, Westview Press, 1994, 231-264.
- Schneider, Volker, *Institutionelle Evolution als politischer Prozeb: Die Entwicklung der Telekommunikation im historischen und internationalen Vergleich*, Habilitationsschrift, Colonia (manuscrito), 1995.
- Schneider, Volker; Graham Thomas, Thierry Vedel *et al.*, «The Dynamics of Videotex Development in Britain, France and Germany: A Cross-national Comparison», en *European Journal of Communication*, 1991, 6:187-212.
- Thomas, Frank, *Telefonieren in Deutschland. Organisatorische, technische und räumliche Entwicklung eines grobtechnischen Systems*, Francfort, Campus, 1995.
- Trist, Eric L. y K. W. Bamforth, «Some social and Psychological Consequences of the Longwall Method of Coal-Gettings», *Human Relations*, 1951, 4:3-38.
- Trist, Eric, L.; G. W. Higgins; H. Murray y A. B. Pollock, *Organizational Choice Capabilities of Groups at the Coal Phase under Changing Technologies*, Londres, Tavistock, 1963.

ENGLISH INDEX AND SUMMARIES



SPACE AND GENDER **Itineraries towards paradise**

THE SPACE OF GENDER AND THE GENDER OF THE SPACE

José Luis Ramírez González

The identification of space with the domain or power establishes a direct relationship between the masculine gender and the spatial conception of the world made by the western civilization. The technoscientific rationality is inspired by a spatial model governed by the geometry and the measure.

133

THE CULTURAL CONSTRUCTION OF THE MASCULINE AND FEMENINE DOMAINS

Dewelled spaces and non occupied sites

Nuria Fernández Moreno

The spatial segregation of the masculine and feminine genders in the public and domestic domains respectively is conceptualized by the anthropological research as an imposed cultural pattern.

ELEMENTS FOR A HISTORY OF THE RELATIONSHIP BETWEEN GENDER AND ENVIRONMENTAL PRAXIS

Itineraries towards paradise

Anna Vila i Nardi
Vicent Casals Costa

The historical background of the present approaches around the feminism and the ecology can be found in certain feminine paradigmas in their relationship and attitude towards nature and culture, natural resources and society.

FEMENINE STEREOTYPES IN PAINTING

Pale and expectant

Carmen Pena López

The dichotomy between two principles, the feminine and the masculine, encouraged by the XIX century aesthetics, is an echo of the structural changes of the industrial society. The feminine stereotype, weak and fragil, which both painting and literature represent, signifies the women's loss of power through her contribution to the family economy inside the new economical system, exclusively structured by the men's labor activities.

ZONING AND DIFFERENCES OF GENDER

Constanza Tobío

Modern town planning, based in the principle of zoning, also implies a division of space according to gender. Work space is masculine and the space of dwelling is feminine. The coherence of such traditionalistic pattern, applied even nowadays, is questioned when the new economical family patterns are based in the double occupation and income.

134

IF WOMEN DID THE HOUSES...

Carmen Gavira

The house as the cornerstone of the consumer ideology, articulates its spaces and equipes them according to the guidelines that industry and market indicate. The publicitary discourse on the house as a product is contrasted, in this article, with the reality of its construction. The role of woman is emphasized as an object of the implicit and explicit discourse of domestic publicity.

THE FEMENINE CHARACTER OF ARCHITECTURE

Poetry and seduction

Angelique Trachana

The feminine and masculine character as ideal-platonic categories are identified with the creative imagination and the rationality both necessary components of the architectonic project. When we talk about a possible feminine character or about a feminization of architecture we refer to two feminine aspects: the poetical and revealing imagination that leads to the poetical dwelling and the fantasy of seduction as the strategy of appearances which adopts the achitec-tonic production nowadays.

OPEN FORUM

THE “HOUSE”

Georg Simmel

The house as a specifically woman’s contribution to the objective culture represents the cultural universe where all the moments of the active and creative life converge.

DEBATE

Olivier Mongin, Benoît Chantre and Joël Roman

A possible “new utopian spirit” in the conception of the city would be today the one that could reinvent the conditions of a political democratic action directed to the recovery of the spirit of the city against the logic of the urbanization.

REVIEW OF PUBLICATIONS

THE LONG FAREWELL

Roberto Fernández

Manfredo Tafuri, *About Renaissance. Principles, cities, architects*, Cátedra Ed., Madrid, 1995.

135

REPORT OF EVENTS

NUEVA FORMA OR THE LUCIDITY OF AGONY

Antonio Fernández-Alba

A comment about the exhibition dedicated to the magazine *Nueva Forma* which has been celebrated in the Centro Cultural de la Villa de Madrid in October.

POST-SCRIPTUM

TECHNICAL PROGRESS, CHANGE OF THE SOCIETY AND DEVELOPMENT OF THE BIG TECHNICAL SYSTEMS

Renate Mayntz

In a macro-sociological study about the role that the big technological systems of the infrastructures are playing in the transformation process of the society, the author relates their development dynamics with the changes that occur in the management of society.

ASTRAGALO

CULTURA DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD

HA PUBLICADO LOS TEMAS

N.º 1

CIUDAD-UNIVERSIDAD

JUNIO 1994

(Agotado)

Locus Universitas. **Antonio F.-Alba**. La ciudad del saber como utopía. **Augusto Roa Bastos**. La falta de espíritu en las universidades de hoy. **Klaus Keinrich**. Entre orden y desorden. **Jean-Pierre Estrampres**. Metáforas del universo. Modelos de universidad: Institución y espacio. **Roberto Fernández**. Simulacros urbanos en América Latina. Las ciudades del CIAM. **Alberto Sato**. Fragmento e interrupción: el arcaico torso de la arquitectura. **Claudio Vekstein**. Locus Eremus. **Fernando R. de la Flor**. Vanguardia, Media, Metrópoli. **Eduardo Subirats**.

N.º 2

TERRITORIOS Y SIGNOS DE LA METROPOLI

MARZO 1995

Metrópolis de oasis oxidados. **Antonio F.-Alba**. Hacia un nuevo estatuto de los signos de la ciudad. **Françoise Choay**. Estrategias metropolitanas. **Angelique Trachana**. Nihilismo y comunidad en el espacio urbano. **Francisco León Florido**. La ciudad escrita. Fragmento sobre una arqueología de la lectura urbana. **Fernando R. de la Flor**. Geografía y lenguaje de las cosas. «La superficie y lo invisible». **Giuseppe Dematteis**. El hombre y la tierra. **Eric Dardel**. La novedad arcaica. **Roberto Fernández**.

N.º 3

HISTORIA Y PROYECTO

SEPTIEMBRE 1995

Monumento y proyecto moderno. **Roberto Fernández**. La metopa y el triglifo. **Antonio Monesteroli**. Patrimonio arquitectónico y proyecto de arquitectura. **Antonio F.-Alba**. El sentido del proyecto en la cultura moderna. **Manuel J. Martín Hernández**. Investigación histórica y proyecto de restauración. **Antoni González**. Conservación de la ciudad y de la arquitectura del Movimiento Moderno. **Javier Rivera**. La túnica de Venus. Para una reconsideración del tiempo en la arquitectura contemporánea. **Pancho Liernur**. Otras lecturas de las arquitecturas recientes en España. **José M.ª Lozano Velasco**.

N.º 4

PAISAJE ARTIFICIAL

MAYO 1996

La ciudad fractal. **Eduardo Subirats**. Construyendo el mundo de mañana. La Exposición Mundial de Nueva York de 1939. **Daniel Canogar**. Transmodernidad e hipermodernidad. Apuntes sobre la vida arcaica en Japón. **Roberto Fernández**. Técnica y nihilismo para una teoría urbana. **Angelique Trachana**. El paisaje artificial en Japón. **Félix Ruiz de la Puerta**. Liberación por ansia e ignorancia. **Kisho Kurokawa**.

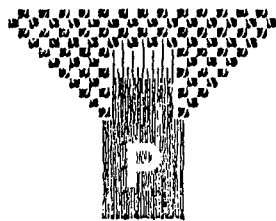
INSTITUTO ESPAÑOL DE ARQUITECTURA
UNIVERSIDADES DE ALCALÁ Y VALLADOLID

El Instituto Español de Arquitectura, centro dependiente de las Universidades de Alcalá y Valladolid, tiene por objetivos el desarrollo de actividades de investigación y formación científica en el campo de la cultura arquitectónica y del patrimonio edificado así como su correspondiente difusión.

- Cursos:**
- Cursos de Formación y Postgrado:
 - Arquitectura Sanitaria, Centros de Salud
 - Cursos Internacionales de Conservación y Restauración del Patrimonio:
 - Pintura Mural
 - Artesonados y Techos de Madera
 - Yeserías y Estucos
 - Tecnologías de Bóvedas*
 - Arqueología Urbana*
 - II Master en Restauración y Rehabilitación del Patrimonio
 - Cursos en Iberoamérica
 - II Seminario sobre Patologías en la Edificación Tradicional y Nuevas Tecnologías: La madera, la cal y la pintura mural
 - El Impacto del Turismo en el Patrimonio
 - Cursos de Verano
 - Mujer y Arquitectura*
 - Política del Patrimonio Iberoamericano*
 - Los retos medioambientales de las intervenciones urbanísticas y arquitectónicas: el caso del Corredor del Henares*
 - Restauración y Conservación de Jardines Históricos*
 - Otras jornadas
 - Universidad y Residencia
- Ediciones:**
- Arquitectura y Patrimonio*. Varios autores
 - Artes de la Cal*. Ignacio Gárate
 - Bibliografía Iberoamericana de Revistas de Arquitectura*, Ramón Gutiérrez y Marcelo Martín
 - Bibliografía de Arquitectura y Urbanismo en Iberoamérica 1980-1993*. Varios autores
 - Conservación Arqueológica*. Varios autores
 - El Libro y La Tierra. Antigua Iglesia de los Remedios. Crónica de su última restauración gráfica*. Varios autores
 - La Arquitectura de Carlos Raúl Villanueva*. Varios autores
 - La Ciudad del Saber. V Conferencia Internacional sobre Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado Iberoamericano*. Varios autores
 - Noticias de las Obras de Consolidación y Restauración de la Real Clerecía de San Marcos en Salamanca*. Antonio Fernández-Alba
- Ediciones en preparación:**
- La Ciudad Residencial Universitaria*. Varios autores
 - La Carpintería de Armar*. Enrique Nuere
 - Colección Cursos Monográficos de Restauración:
 - *Pintura Mural*. Varios autores
 - *Artesonados y Techos de Madera*. Varios autores
 - *Yeserías y Estucos*. Varios autores
 - Colección Manuales del Master en Restauración y Rehabilitación del Patrimonio
- Exposiciones y Congresos:**
- V Conferencia Internacional sobre Conservación de Centros Históricos y Patrimonio Edificado Iberoamericano del Consejo Académico Iberoamericano
 - Exposición La Ciudad del Saber
 - Exposición La Arquitectura de Carlos Raúl Villanueva
 - Exposición Arquitectura y Arte
 - Programa Alfa de la Comunidad Europea
- Proyectos de Investigación:**
- Centro Iberoamericano de Documentación del Patrimonio Arquitectónico

* Programado para 1997.







Revista de Occidente

Diciembre 1996

N.º 187

CONMEMORACIONES:

**FALLA, DESCARTES,
ARENDT/HEIDEGGER,
KEROUAC**

**CARTAS DE EMILIO PRADOS
A GERARDO DIEGO**

Textos de

Marc Fumaroli, Julián Marrades Millet,
Enrique Franco, Joaquín Nin-Culmell,
Jorge de Persia, Pedro Ignacio López García,
Hannah Arendt, Luis Fernando Moreno Claros,
Francisco Chica, Joyce Carol Oates

Archipiélago

CUADERNOS DE CRÍTICA DE LA CULTURA

¡Novedad!

26-27

FORMAS DEL EXILIO

MASSIMO CACCIARI. La paradoja del extranjero/ FÉLIX DE AZÚA. Siempre en Babel/ JEAN-LUC NANCY. La existencia exiliada/ GIORGIO AGAMBEN. Política del exilio/ EUGENIO BORGNA. La patria perdida en la *Lebenswelt* psicótica/ UMBERTO GALIMBERTI. El alma extranjera/ MIGUEL MOREY. Apología del desertor (conjeturas sobre la evasión)/ JUAN ARANZADI. El mito del «exilio» etnográfico en la obra de Lévi-Strauss/ CARLOS GARCÍA GUAL. Los privilegios del desterrado según fray Antonio de Guevara/ JEAN-PIERRE ÉTIENVRE. Los pasos perdidos del peregrino en las *Soledades* de Góngora/ MANUEL ALEGRE. Errancia y enraizamiento/ JOSÉ LUIS ABELLÁN. La revista *España peregrina* como paradigma del exilio español de 1939/ ENRIQUE DE RIVAS. Tiempo y espacio del exilio.

JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO, EL SOLITARIO DE ALCAZARÉN

Entrevista con J. JIMÉNEZ LOZANO. Conversación de un cuarto de hora/ J. Á. GONZÁLEZ SAINZ. Para que todo esto no sea todo/ ALFONS GARRIGÓS. Sobre la lectura. Carta abierta a don J. Jiménez Lozano/ ANTONIO PIEDRA. La travesía de la infamia/ ROSA ROSSI. La presencia de las mujeres en la narrativa de J. Jiménez Lozano/ JOSÉ JIMÉNEZ LOZANO. Sobre este oficio de escribir.

Últimos números publicados

- N.º 20 El cuento de la ciencia/ Ernst Jünger, la edad de los patriarcas
N.º 21 Pobreza y peligro/ Clément Rosset: el arte de disipar las ilusiones
N.º 22 El Cine: de la barraca de feria al Audiovisual/ Italo Calvino: el oficio de escribir
N.º 23 Al borde del sujeto/ Paul Ricœur: Historia de la idea de justicia/4
N.º 24 El nuevo caudillismo. Populismo, nacionalismo, demagogia/
La aventura filosófica de Eugenio Trías
N.º 25 En la salud y en la enfermedad.../ Michel Foucault: la ética como práctica de la libertad
N.º 26-27 Formas del exilio/ José Jiménez Lozano, el solitario de Alcazarén

De próxima publicación

- N.º 28 Drogas: sustancia y accidente/ Dossier sobre Chiapas

LIBROS

Miguel Morey, *Friedrich Nietzsche, una biografía*

PUBLICIDAD, PEDIDOS E INFORMACIÓN: ED. ARCHIPIÉLAGO, C/ CARDONER, N.º 23, BAJOS-IZDA. 08024 BARCELONA. TFNO. Y FAX: 93/ 210 85 03

ISEGORÍA

REVISTA DE FILOSOFÍA MORAL Y POLÍTICA

ISEGORÍA (Madrid), n.º 14, octubre 1996, ISSN: 1130-2097

14

Multiculturalismo: Justicia y Tolerancia

Derechos individuales y derechos de grupo en la democracia liberal, *por Will Kymlicka.*

La política de la diferencia: estatalidad y tolerancia en un mundo multicultural, *por Michael Walzer.*

Lealtades compartidas, lealtades divididas: la pertenencia política en Estados plurinacionales, *por Francisco Colom.*

¿Son las mujeres una minoría?, *por Raquel Osborne.*

Otros artículos:

El último estadio de la Historia (Memoria, Rememoración y *Bildung*: sobre la teoría de la Modernidad en Hegel), *por Agnes Heller.*

Tras el consenso. Sobre el giro epistemológico-político de John Rawls, *por Miguel Giusti.*

Colaboraciones de:

A. Arteta, M. Beltrán, R. del Castillo, A. G.ª Inda, A. Gomila, D. Hernández, J. M. Hernández, M. Herrera, J. M. Herrera, J. de Lucas, E. Moreno, A. Rivero, C. Thiebaut, A. Valdecantos, R. Vargas-Machuca.



Consejo Superior de Investigaciones Científicas
INSTITUTO DE FILOSOFÍA

Publicaciones y libros recibidos

Los dieciocho incas

Anglés, Vargas, Víctor
Universidad Nacional de San Antonio Abad, Cuzco, 1992

Guía ciudad histórica: Santa Cruz de Mompox:

Colombia
Colección Guías de Arquitectura
Colcultura, Proa, Santafé de Bogotá, 1996

Guía ciudad histórica: Popayán, Colombia

Colección Guías de Arquitectura
Colcultura, Proa, Santafé de Bogotá, 1996

I Muestra de 10 años de arquitectura española, 1980-1990

MOPT, CSCAE, UIMP, Madrid, 1991

II Bienal de arquitectura española 1991-1992

MOPT, CSCAE, UIMP, Madrid, 1993

Muestra de arquitectura española, 1991-1993

MOPTMA, CSCAE, UIMP, Madrid, 1994

III Bienal de arquitectura española 1993-1994

MOPT, CSCAE, UIMP, Madrid, 1995

Miguel Navarro: escultura y lenguajes

Diputación Foral de Alava, Vitoria, 1996

Potosí

Gluckmann, Daniel, fot.
Colección Ciudades Iberoamericanas.
Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1990

Cartagena de Indias

Llamazares, Vicente, fot.
Colección Ciudades Iberoamericanas.
Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1990

Buenos Aires

Gluckmann, Daniel, fot.
Colección Ciudades Iberoamericanas.
Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1993

Río de Janeiro

Gluckmann, Daniel, fot.
Colección de Ciudades Iberoamericanas.
Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1993

Santo Domingo

Llamazares, Vicente, fot.
Colección Ciudades Iberoamericanas.
Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1990

La Serena

Llamazares, Vicente, fot.
Colección Ciudades Iberoamericanas.
Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1991

Antigua

Gluckmann, Daniel, fot.
Colección Ciudades Iberoamericanas.
Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid, 1991

The gardens of Spain

George, Michael, Correcher, Consuelo, M.
Harry N. Abrams, New York, 1993

Patrimonio urbano en Colombia

Colcultura, Santafé de Bogotá, 1996

Programa reciclaje de las estaciones de ferrocarril

Colcultura, Santafé de Bogotá, s. a.

La imagen urbana en ciudades turísticas con patrimonio

histórico: manual de protección y mejoramiento
Secretaría de Turismo, México, 1995

Memorias Seminario Internacional: Vías de

confluencias culturales: un patrimonio en común.
Instituto Nacional de Vías, Santafé de Bogotá, 1996.

Publicaciones periódicas:

AUC. Revista Arquitectura

Alzada

Basa

Bia

*Boletín. Centro de Investigaciones Históricas
y Estéticas (Venezuela)*

Boletín. Patrimonio Histórico Andaluz

Bulltletí del MNAC

Ciudad y Territorio

Design and architecture

Entre Rayas

Oculum

Pensamiento Iberoamericano

Reales Sitios

ASTRAGALO

CULTURA DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Nombre (Institución) NIF:

Dirección Cod. Postal..... Población.....

Provincia País..... Teléf./Fax

P.V.P. Ejemplar: ESPAÑA 1.100 ptas. EUROPA 1.500 ptas. AMERICA 15 \$

Suscripciones
(3 números) ESPAÑA 3.000 ptas. EUROPA 4.000 ptas. AMERICA 40 \$

Forma de pago:

Talón nominativo a nombre del «INSTITUTO ESPAÑOL DE ARQUITECTURA».

Contra reembolso (más gastos de reembolso). Sólo España.

Transferencia en el Banco BBV, C/ Libreros, 8, en Alcalá de Henares (Madrid), a la cuenta núm. 016300/9.

Domiciliación bancaria: D.
autoriza al Instituto Español de Arquitectura, a la presentación de esta tarjeta,
para el cobro de ptas. a mi c/c núm.
del Banco/Caja Sucursal núm.....
sito en

* La Revista ASTRAGALO se distribuye prioritariamente por suscripción o a través de Celeste Ediciones.

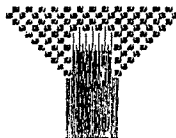
Fecha:

Firma:

INSTITUTO ESPAÑOL DE ARQUITECTURA

UNIVERSIDADES DE ALCALA Y VALLADOLID

Paseo de la Estación, 10. Palacete Laredo
28807 ALCALA DE HENARES (Madrid - España)





HAN COLABORADO EN ESTE NUMERO 5 DE ASTRAGALO

José Luis Ramírez, filósofo, profesor del Instituto Nordplan de Estocolmo.

Nuria Fernández Moreno, antropóloga, becaria del programa FPI del MEC en el Dto. de Antropología de la UNED.

Anna Vila i Nardi, licenciada en Geografía e investigadora en la Universidad de Barcelona.

Vicent Casals Costa, profesor de Ciencias Ambientales de la Universidad de Gerona.

Carmen Pena López, profesora de Teoría e Historia del Arte Contemporáneo de la Universidad Complutense de Madrid.

Constanza Tobío, profesora de Sociología de la Universidad Carlos III de Madrid.

Carmen Gavira, profesora de Urbanismo de la Universidad Politécnica de Madrid.

Angelique Trachana, arquitecto y crítico de arquitectura.

Georg Simmel, filósofo y sociólogo (Berlín, 1958-Estrasburgo, 1918). Algunas de sus obras publicadas en español son: *Filosofía de la coquetería*, *Filosofía de la moda*, *Lo masculino y lo femenino*, *Sociología*, *Cultura femenina*.

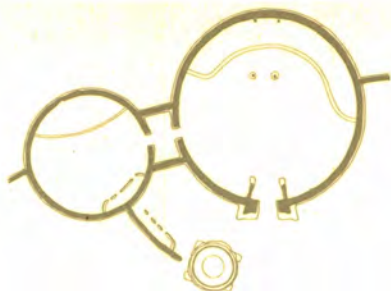
Olivier Mongin, filósofo y ensayista. Dirige la revista *Esprit*, la colección *Questions de Société* en la Editorial Hachette, y la colección *La couleur des idées* de la Editorial Seuil.

Roberto Fernández, profesor-arquitecto y crítico de arquitectura. Enseña en Mar del Plata y Buenos Aires.

Antonio Fernández-Alba, profesor-arquitecto, Universidad Politécnica de Madrid, donde dirige el estudio de arquitectura Antonio F.-Alba y Asociados.

Renate Mayntz, directora del Max Planck-Institut Für Gesellschaftsforschung de Colonia.

- La REVISTA ASTRAGALO no mantiene correspondencia que no sea la solicitada. Su información puede ser difundida citando su procedencia, a excepción de los trabajos señalados con el copyright © del autor.



REVISTA CUATRIMESTRAL IBEROAMERICANA

CONSEJO DE DIRECCION:

ANTONIO F.-ALBA/ROBERTO FERNANDEZ/EDUARDO SUBIRATS

SUMARIO

ESPACIO Y GENERO

Itinerarios al paraíso

José Luis Ramírez González

El espacio del género y el género del espacio

Nuria Fernández Moreno

La construcción cultural de los dominios masculino y femenino.
Espacios habitados, lugares no ocupados

Anna Vila i Nardi

Vicent Casals Costa

Elementos para una historia de las relaciones entre género
y praxis ambiental.
Itinerarios al paraíso

Carmen Pena López

Esteretipos femeninos en la pintura. Pálidas y esquirolas

Constanza Tobío

Zonificación y diferencias del género

Carmen Gavira

Si las mujeres hicieran las casas...

Angelique Trachana

El carácter femenino de la arquitectura. Poesía y seducción

FORO ABIERTO

Georg Simmel

La «casa»

Olivier Mongin, Benoît Chantre y Joël Roman

Debate

RESEÑAS DE LO PUBLICADO

Roberto Fernández

El largo adiós

RELATOS DE LO YA VISTO

Antonio Fernández-Alba

Nueva Forma o la lucidez de la agonía

POSFOLIO

Renate Mayntz

Progreso técnico, cambio de sociedad y desarrollo de los grandes
sistemas técnicos

ENGLISH INDEX AND SUMMARIES



UNIVERSIDAD DE ALCALA



1.100 Pta